

HABLAN EN OTRAS LENGUAS

Por
Juan L. Sherrill

Joel Cuellar

HABLAN EN OTRAS LENGUAS

Por:
Juan L. Sherrill

Primera edición



Editorial Vida
MIAMI, FLORIDA 33138

INDICE

Juan L. Sherrill añade a la investigación un estilo ágil y lúcido. Ex alumno de Davidson College y de la Universidad de Louisville, es hijo del ya fallecido profesor Lewis J. Sherrill del Union Theological Seminary de New York. Está casado con una escritora suiza y por tres años ellos han viajado y colaborado en diferentes publicaciones hasta que él fue designado integrante del cuerpo de redactores del *Guideposts* donde ha trabajado por espacio de catorce años.

El matrimonio Sherrill escribe especialmente para revistas y sus artículos se han publicado en el *Saturday Evening Post, Better Homes and Gardens, Family Circle, Coronet, Ladie's Home Journal,* y *Good Housekeeping.*

PREFACIO

Tan pronto como ingresé en el coro de nuestra Iglesia local en el otoño pasado, me di cuenta que había cometido un error. Los hermosos himnos con que me habían deleitado cada domingo, eran más difíciles de lo que me habían parecido. A medida que aumentaba mi admiración por los integrantes del coro, disminuía mi confianza en mis propias cualidades musicales. No podía leer la música, el volumen y el alcance de mi voz eran lastimosos. Pero el coro necesitaba voces masculinas y los otros miembros del coro me animaron y me dieron consejos sobre respiración, fraseo, tonalidad. Poco a poco mi mente fue absorbiendo algo de todo aquello, pero los sonidos que me salían de la garganta eran tan insatisfactorios como siempre.

Pero sucedió que una noche me senté durante un ensayo enfrente mismo de Bill Brogan. Y mientras la magnífica voz de bajo de este corpulento irlandés resonaba en la sala, algo notable ocurrió con mi propio canto. Se lo comenté después del ensayo.

—Si esto le ayuda —me dijo Bill—, le mostraré algo aún mejor la semana próxima.

El jueves siguiente se sentó a mi lado. A mitad del ensayo me susurró: —Apóyese en mí.

Le miré sin entender lo que quería.

—Recuéstese en mí —repitió. Y aunque seguía sin entender, me recosté hacia atrás, hasta que mi espalda descansó sobre su pecho.

De pronto supe lo que era cantar. La resonancia de su voz grave reforzaba mi voz y sin esfuerzo alguno pude dar tonos que jamás había pensado que pudiera tener.

Este momento de virtuosismo me duró tan sólo unos instantes; pero el incidente me impresionó porque el hecho sintetizaría otro acontecimiento de mi vida. En una ocasión anterior había yo pasado del inquirir intelectual a la realidad misma, representada por un contacto casi físico. Pero eso es la historia de este libro . . .

Juan L. Sherrill.

CAPÍTULO I

EL SALTO

Aún recuerdo que iba silbando aquella mañana de primavera del año mil novecientos cincuenta y nueve cuando caminaba por Park Avenue de Nueva York. Mi dirigía a cumplir con mi habitual visita al médico. Entré al número 655 y saludé a la secretaria, por aquel entonces era ya una antigua conocida. Desde que me habían operado de un tumor maligno hacía dos años, había visitado todos los meses al Dr. Daniel Catlin. Y la rutina se repetía en cada oportunidad. El Dr. Catlin me palpaba el cuello con sus dedos hábiles, me daba una cordial palmada en la espalda, y me decía: "Venga el mes que viene."

Pero no fue así aquel día; esta vez el dedo se detuvo, hurgó y trabajó por largo tiempo. Cuando salí del consultorio, tenía hora designada para concurrir al departamento de cirugía del Hospital Memorial el día subsiguiente.

¡Qué contraste el de aquella mañana de primavera! Regresé por la misma calle bajo el mismo sol; pero ahora un temor creciente se había apoderado de mí. Ya conocía ese temor. Todo paciente de cáncer lo conoce, si bien es cierto que procuramos olvidarlo y mantener el optimismo. Una operación podía dar buenos resultados, pero en caso de tener que volver, uno tenía motivo para estar preocupado.

Ahora, pues, no podía seguir dominando mi temor. Surgía renovado, arrasando con todo intento de detenerlo. Entré en la primera Iglesia que encontré, buscando estar a solas más que por ninguna otra razón.

Era la Iglesia Episcopal de Santo Tomás, en la Quinta Avenida. Las sirenas de las fábricas anunciaban el mediodía. Para mi sorpresa un coro de niños vestidos de blanco se preparaba para cantar. Después subió a la plataforma un joven seminarista. Una tarjeta que hallé en el banco me informó que aquel era un culto de cuaresma.

No sospechaba entonces que aquella meditación de mediodía sería la clave de la más tremenda experiencia de mi vida.

Sin embargo en aquel momento, aquello me pareció totalmente desconectado con mi problema. El joven habló brevemente sobre Nicodemo. "Muchos de nosotros", dijo, "tratamos de acercarnos a Cristo como lo hizo Nicodemo: a través de lógica humana. "Rabí, sabemos que has venido de Dios por maestro", dijo Nicodemo y agregó esta razón lógica: "Porque nadie puede hacer estas señales que tú haces si no está Dios con él."[1]

"Pero vemos", dijo el seminarista, "que mientras Nicodemo procuró alcanzar a Cristo con su lógica no pasó nada". No es la lógica sino la experiencia lo que nos permite conocer a Cristo. El mismo dijo a Nicodemo: "De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede entrar en el Reino de Dios."[2]

Por aquel entonces, como ya he dicho, aquello no significaba nada para mí. Sin embargo habría de escuchar las mismas palabras a la siguiente mañana. Mi esposa Tib, y yo estábamos tomando el café después de una noche sin dormir, cuando sonó el teléfono. Era nuestra vecina Catherine Marshall LeSourd. —Juan —dijo— ¿podrías venir con Tib a casa por unos minutos? He sabido la noticia, y tengo algo que decirte.

La misma Catherine nos abrió la puerta, vestida de entre casa, muy seria y sin maquillaje. Expresaba en su apariencia sus sentimientos de una manera mejor de lo que podrían haberlo expresado sus palabras. Nos guió hasta la sala de familia, cerró la

puerta, y nos habló sin rodeos. —En primer lugar quiero decirles que me doy cuenta que estoy pretendiendo demasiado; voy a hablarles acerca de sus vidas religiosas, y no tengo derecho de suponer que les falta algo. Después de todo ustedes han escrito por diez años en una revista como el *Guidepost;** son respetuosos de la religión y puede decirse que la han estudiado a fondo. Pero hay mucho más que eso . . .

Yo miré a Tib; estaba tiesa como una roca.

—Juan —me dijo Catherine—, ¿crees que Jesús es Dios?

Esta era la pregunta que menos hubiera esperado de ella. Suponía que nos iba a decir algo acerca de que Dios es capaz de sanar; o del valor de la oración como un maravilloso medio para superar la crisis como la que yo estaba enfrentando.

Lo cierto es que, de todos modos, el asunto estaba planteado y procuré considerarlo. Tib y yo éramos cristianos, ciertamente, en el sentido que todo el mundo lo entiende. Asistíamos a la Iglesia con cierta regularidad, enviábamos a nuestros tres hijos a la escuela dominical . . . Sin embargo sabía que éstos no eran sino meros hábitos. La verdad es que nunca antes me había enfrentado con aquella pregunta: ¿Era Jesús de Nazaret en realidad Dios? Y ahora que lo hacía me asaltaba una montaña de lógica humana. Comencé, pues, a argüir algo en respuesta a la pregunta, pero Catherine me interrumpió: —Juan, tú estás tratando de concebir al cristianismo a través de tu mente; y esto no puede ser.

Aquí estaba de nuevo. Ella continuó: —Una de las características del cristianismo es que uno no puede ir a él a través del intelecto. Tú debes estar dispuesto primero a experimentarlo, a hacer algo que no comprendas, y, por una extraña paradoja, recién entonces llega a menudo la comprensión de todo. Y esto es precisamente lo que espero hoy de ti: que sin comprender, aún sin conocer el porqué, le digas que sí a Cristo.

Reinó un silencio absoluto en la sala. Yo tenía mis reservas sobre el particular. Pero al mismo tiempo se apoderó de mí un intenso deseo de hacer precisamente lo que Catherine me sugería. La principal objeción que tenía la declaré con toda franqueza: no me parecía justo que después de años de haber sido remiso, en tiempo de bonanza, ahora que me encontraba enfermo de cáncer y que estaba entre la espada y la pared, fuese a pedir ayuda desesperadamente.

—Me siento como un hipócrita —dije.

—Juan —me dijo Catherine— esto es orgullo. Tú quieres ir a Dios por tu propio camino; cuando tú quieras; como tú quieras . . . Quizá Dios quiere que vengas a él así como estás.

Continuamos conversando por una media hora más, y cuando nos fuimos aún no había decidido dar el paso que se consideraba fundamental. Sin embargo, unos pocos momentos más tarde, precisamente cuan-
10 do nuestro automóvil iba pasando un cierto poste de teléfono de la carretera de Millwood, en Chappaqua, un poste que puedo identificarlo desde aquel día, me volví hacia Tib y le dije en voz alta: —¿Esto es lo que llaman un "salto de fe"? Muy bien, ahora estoy dando ese salto. Creo que Jesucristo es realmente Dios.

Fue una declaración razonada, desprovista de todo emocionalismo; pero con la conciencia de que todo mi ser estaba envuelto en dicha declaración.

Todas las distintas facetas de mi autoconciencia, que comúnmente llamamos yo, parecían estar envueltas en esta decisión. Es sorprendente cuánto me afectaba; cómo luchaba por subsistir, de modo que experimenté en verdad una clase real de muerte. Pero cuando al final ese "algo" murió y quedó quieto, brotó mi sencilla declaración de fe; luego había lugar en mí para algo nuevo y completamente misterioso.

La primera cosa que me dio la pauta de que había algo extraño en mí, fue un acontecimiento no muy elegante, que digamos. Un poco antes de la operación vino una bonita enfermera a ponerme una inyección.

Desde mis días en el ejército tenía horror a las inyecciones, fueran éstas puestas por enfermeras bonitas o no. Pero en esta ocasión no sentí temor alguno.

—Muy bien; dése vuelta —me dijo ella en su tono profesional. Pero cuando hubo terminado, su tono cambió: —¡Qué bien! Tiene los músculos relajados. Parece que está aquí de vacaciones.

No fue sino hasta que ella se hubo ido que me di cuenta cuán real y curioso era aquello. ¡Estaba profunda y verdaderamente relajado! Y allí, en mi cama del hospital, comencé a sospechar que algo notable me estaba sucediendo. Era como si en alguna parte secreta e indefinida de mi ser supiera que no importa cómo saliera la operación, todo era sólo una inconveniencia en una existencia ajena y completamente independiente de hospitales, cirujanos, enfermedad y recuperación.

Un poco más tarde vinieron unos camilleros. Me 11
sacaron de la cama y me pusieron sobre una camilla. Aún recuerdo los rostros de estos hombres inclinados hacia mí; una rajadura en el cielorraso pasó rápidamente por sobre nosotros; la luz fluorescente del ascensor que no funcionaba bien parpadeando continuamente. Después unas luces que brillaban sobre mi cabeza, y el rostro del Dr. Catlin que apareció con un capelo verde. Le sonreí y él hizo otro tanto preguntándome si ya estaba listo.

—Listo y esperando.

Me aplicaron otra inyección y me pareció que tan sólo unos instantes después desperté en una habitación distinta. Era de noche. Había ido a la sala de operaciones a las ocho de la mañana. ¿Por qué había estado tanto tiempo? Tenía unas sondas colocadas a ambos lados de mi pecho y de una herida en mi garganta. Cerca de mi cama algún aparato zumbaba y borbotaba.

¡Y qué dolor! El peor que yo había sentido en mi vida. Especialmente en el pecho, donde estaban puestas las sondas.

Una enfermera, viendo que había despertado, se acercó y me tomó el pulso. Traté de hablar y no pude. Le señalé inquisitivamente las sondas.

—El doctor lo verá mañana en la mañana. Trate de dormir un poco.

Hubiera querido poder decir después de haber dado el salto de fe que aquellas horas en el pabellón de recuperación fueron un triunfo del alma sobre el cuerpo: pero no fue así. El dolor me desmoralizó completamente. Algo había ido mal en la sala de operaciones y yo no tenía suficiente experiencia en la vida cristiana como para no preocuparme tanto.

A la mañana siguiente desperté en otra habitación. Sin embargo fui paulatinamente recomponiendo la imagen de mi antiguo cuarto. Las sondas estaban allí todavía, en mi pecho y en mi garganta; y el aparato cerca de mi cama aún zumbaba y borbotaba. Pero al menos conseguí un poco de información. El Dr. Catlin vino a verme. Se inclinó sobre mi cama

y en semi-inconsciencia conseguí descifrar algunas frases: —Ahora usted está mejor. Hubo un poco de dificultades en la sala de operaciones. Colapso pulmonar. Traqueotomía. Pero el mal de su cuello ya pasó. Descanse ahora.

Estuve aún otro día tendido semi-inconsciente por efectos de las drogas, despabilado ocasionalmente por la visita de mi esposa, de mi madre o del doctor. Hacia el fin del segundo día me di cuenta de la presencia de otros pacientes en la habitación. Uno de ellos, ya de cierta edad, tenía bastantes dificultades por la tos. El otro, un poco más joven, recién había llegado al pabellón de recuperación y se le veía dolorido.

Aquella noche, por primera vez después de mi operación, estuve en condiciones de pensar en orar. Traté, pues, de hablar a este Cristo a quien había conocido, pero era como hablar al aire. En ningún momento tuve la sensación de estar hablando con alguien. Estaba apenado por mis compañeros de cuarto; el muchacho dolorido y el otro hombre con su tos. Traté de orar por ellos, pero no pasó nada.

Después de un momento me dormí, consciente más que de ninguna otra cosa, de que cada uno de los que estábamos en aquella habitación nos encontrábamos muy solos.

A eso de la medianoche me desperté. Me hallaba perfectamente lúcido, sin ese estado de somnolencia que habitualmente sigue al sueño. Una pálida luz llegaba del hall y de las ventanas. Una enfermera cruzó la puerta con sus zapatos de goma. Mis vecinos estaban despiertos; uno tosiendo, el otro quejándose suavemente.

No sé cómo llegué a darme cuenta de la luz. Estaba allí, clara y nítida. Era diferente de la luz que venía del hall y de la ventana. No parecía tener en realidad una fuente de origen definida. Había en ella, sin embargo, algo notable: Tenía un centro de irradiación. Yo estaba admirado pero no temeroso. Por el contrario, tenía un sentido de reconocimiento de ella, tal como si estuviera frente a un amigo de la infancia, a quien pude reconocer a pesar de estar muy cambiado.

—¿Jesús? —dije.

La luz se movió un poco. Realmente no se movió; pero de pronto estuvo más cerca de mí sin moverse de su lugar. Pensé por un momento que el dolor se me había ido, pero no fue así. Sin embargo algo había ocurrido en este encuentro. Era como si de pronto hubiera recuperado todo mi vigor.

Mis compañeros de pieza estaban todavía tosiendo y quejándose. —Jesús —dije moviendo apenas mis labios—. ¿Podrías ayudar a aquel muchacho? La luz no se movió de mi lado pero en un instante estuvo al lado de la cama de mi dolorido vecino. Un corto "Oh" . . . llegó de allí para luego quedar todo en silencio.

—¿Y mi otro amigo?

La luz estuvo inmediatamente cerca de mi otro vecino, quien en ese momento se hallaba en un acceso de tos. La tos cesó. El anciano se dio vuelta en la cama después de dar un profundo suspiro.

Y la luz se fue:

Levanté la cabeza cuanto pude examinando el cuarto pero tan sólo se veía la amarillenta luz del hall y de la ventana. La enfermera pasó de nuevo. Afuera, en la noche, se escuchó el bocinazo de algún coche. El aparato al lado de mi cama seguía zumbando y borbotando. Todas las cosas estaban tal cual. Excepto que aquí acostado en el Hospital Memorial con mi cabeza, cuello y pecho vendados, y con un dolor que aún me mortificaba, fui lleno con una sensación de bienestar, tal como nunca había conocido antes. Por largo tiempo lloré de gozo.

Permanecí despierto hasta el alba pensando que quizá la luz volviera, mientras que mis amigos dormían plácidamente. Cuando la enfermera vino por la mañana con el termómetro, me encontró despierto.

—Parece descansado —me dijo.

—Lo estoy realmente.

Se volvió hacia mis compañeros. —¡Qué bien! Parece que ellos están dormidos todavía. Creo que haré esta habitación más tarde.

Salí del Hospital una semana antes de lo que el Dr. Catlin había predicho; tan rápidamente me mejoré.

Por varios días después de haber vuelto del Hospital traté de decir a Tib lo que me había pasado en el Hospital. Pero para mi desconcierto cada vez que abría la boca para comenzar sucedía la misma cosa: Sentía que se me llenaban los ojos de lágrimas y sabía que de pronunciar una sola palabra más, me hubiera puesto a llorar como un niño. Solamente cuando me propuse que Tib tenía que conocer mi experiencia, con lágrimas o no, fue que pude por fin dominarme.

—¿Piensas que fue un sueño? —le pregunté cuando estuve un poco más calmado.

—No creo que un sueño pudiera afectarte de tal manera.

—Ni yo tampoco.

Había otras dos personas a quienes debía hacer oír

la historia: Len y Catherine LeSourd. Les advertí que tendría dificultades en relatarles la experiencia, creyendo, a pesar de ello, que el fenómeno hablaría por sí solo. Comencé, pues, a contarles lo sucedido, cuando en la mitad de una frase sentí un nudo en la garganta.

—Ya ven lo que les espera —dije tratando de reírme de mi propia confusión. Pero Len me dijo: —Juan, esas lágrimas hacen el asunto más real para mí que ninguna otra cosa. No te preocupes por ellas.

De modo que así lo hice.

—¿Y has visto la luz de nuevo? —preguntó Catherine entre tanto.

—No.

—No creo que tampoco debieras esperarlo —dijo—. Esta clase de encuentro personal con Cristo suele suceder tan sólo una vez. A mí me pasó algo muy semejante. Con Len, por el contrario, fue completamente distinto. Pero lo que impresiona tremendamente, es ese cierto reconocimiento de Cristo, no importa cómo nos llegue.

Y entonces Catherine me dijo algo interesante. Fue una especie de profecía: —Estoy contenta de que nos lo hayas contado. Te ayudará a fijarlo en tu memoria, para el tiempo cuando el hecho no te parezca real.

Y sonriendo un poco melancólicamente agregó: —Quisiera poder sentirme siempre como tú te sientes ahora. Creo que no ocurre así. Una vez que perdemos la frescura del primer encuentro, debemos andar por fe.

Me tomó un cierto tiempo llegar a captar el sentido de lo que me quiso decir. En esos momentos, y hasta unas semanas más tarde, viví bajo la influencia de aquel encuentro. Cuando finalmente llegó el informe médico, resultó alentador saber que el cáncer había sido neutralizado por completo. Pero para mi sorpresa el asunto no me preocupó demasiado. Algo más importante estaba ocupando mi mente: Quería llegar a conocer a Cristo, con quien ya me había encontrado.

Por un tiempo me fue fácil, pensando a menudo en él. En efecto, ocurría casi automáticamente. Leer la Biblia resultó una experiencia notable y nueva para mí. Podía entender muchas de las cosas que por largo tiempo fueron enigmáticas. El hecho, por ejemplo, de cómo Jesús había reclutado a sus discípulos con sólo decirles: —Sígueme.

Fue fácil aceptarlo. Aquella presencia que yo había sentido era algo que uno hubiera seguido hasta el fin del mundo. Los relatos de las curaciones eran hechos similares a los que yo había contemplado aquella noche en el Hospital. La declaración de Juan de que "Dios es amor" llegó a ser para mí una vívida descripción, más que la simple enunciación de un principio.

Pero a medida que pasaban las semanas y los meses, la frescura de la experiencia fue menguando. Después de un tiempo no fue tan fácil tomar la Biblia; el ir a la Iglesia fue convirtiéndose en una rutina, y un día visitando a un amigo internado en el Hospital, le "recité" la experiencia en una forma completamente mecánica. Aquello, más que ninguna otra cosa, me convenció de que yo tenía un mero recuerdo, más que una realidad experimental.

¿Qué había pasado con lo que en un tiempo tuve? Me sentía un poco como los discípulos que después de haber caminado con Jesús por un tiempo, repentinamente él se retira. Tenía una profunda tristeza y un ferviente anhelo de volver a estar en contacto con él; pero como Catherine había predicho, ahora no podía hacer otra cosa que andar por fe.

Conversando con otros creyentes me di cuenta de que ésta era una experiencia muy común. Había períodos sublimes, cuando la presencia del Señor era sentida inconfundiblemente; para luego pasar lentamente hacia una posición opuesta. Había breves momentos de intenso amor, de gozo y de profunda paz; un período de real santidad, cuando sin luchas ni esfuerzo alguno por conseguirlo, se era paciente, bondadoso, amable. Había momentos de fructuosidad y momentos de seca esterilidad. ¿Debía ser siempre así? ¿Debían los creyentes vivir sólo de recuerdos? Yo tenía mis dudas sobre ello. Los recuerdos se hacen vagos y confusos.

Por fin, al cabo de un año del encuentro en el Hospital, encontré a un hombre que me relató una extraña historia. Me llamó la atención por lo singular. Aunque francamente no imaginé siquiera que fuera la contestación a mis interrogantes.

Capítulo II

LA EXTRAÑA HISTORIA DE HARALD BREDESEN

La primera referencia que tuve de Harald Bredesen fue por intermedio de la señora Norman V. de Peale, co-editora con su esposo, de la revista *Guideposts*. Estábamos teniendo la habitual reunión de los lunes por la noche cuando ella llegó casi sin aliento.

—Lamento haber llegado tarde —se excusó. Y mientras se quitaba el abrigo continuó: —Acabo de almorzar, acompañada de mi esposo, con un señor que me ha dejado pasmada y a la vez pensativa.

Yo había trabajado con Ruth Peale por espacio de unos diez años. Todos los integrantes del cuerpo de redacción valorábamos sus cualidades de equilibrio y buen criterio. Tenía la virtud de traernos a la tierra cuando nuestros pensamientos eran demasiados abstractos o soñadores. Recalco este punto por lo extraño de la historia que Ruth nos contó aquella noche. Resultaba en efecto, tan extraña que si hubiera veni-

do de otra persona, es muy probable que la hubiera rechazado de plano.

—¿Han escuchado alguna vez la expresión "hablar en lenguas"? —preguntó.

La mayoría de nosotros tenía una vaga idea de lo que aquello significaba. "Es una frase de la Biblia", pensé.

—"Si yo hablase lenguas humanas y angélicas . . ." ¿A esto se refiere? —pregunté.

—Esa es una de las referencias —contestó Ruth—. El hablar en lenguas se menciona en los evangelios, y San Pablo habla de ello en diferentes lugares. Pero en su mayor parte las referencias figuran en el libro de los Hechos. Aparentemente el hablar en lenguas ocupó un lugar preponderante en la Iglesia Primitiva. Bien, el hecho es que mi huésped me dijo que él había tenido esta experiencia y algunos de sus amigos también. Mi esposo y yo estuvimos cautivados por más de dos horas escuchando sus relatos de personas que en todo el país han tenido experiencias similares. Aparentemente "las lenguas" son a veces idiomas reales perfectamente comprensibles, aunque el que lo habla no lo hubiere aprendido jamás y no tiene la menor idea de lo que está diciendo. Esto parece una locura, ¿verdad? Sin embargo hay algo en este hombre . . . Hizo una pausa. —Bueno, me gustaría saber algo más acerca del asunto.

Después de la reunión le dije a Ruth que deseaba tener una entrevista con el que hablaba en lenguas. Pensé que tal vez pudiera ser tema para una nota interesante. Pero cuanto más consideraba el tema, tanto más me daba cuenta de que era demasiado amplio como para encararlo en un solo artículo de una revista.

Harald Bredesen es un ministro ordenado, pastor de la Primera Iglesia Reformada de Mount Vernon, New York. De más o menos mi edad, es decir de unos cuarenta años. Usa indumentaria de clérigo, y tiene un entusiasmo contagioso. Bredesen y yo almorzamos juntos en un restaurante cercano a mi oficina, y mientras tomábamos café, me contó una historia fabulosa.

Unos pocos años antes, Bredesen, aunque participante plenamente identificado con su denominación, se caracterizó por ser un no conformista declarado. Le parecía que aquella vida religiosa que llevaba le faltaba vitalidad, especialmente cuando la comparaba a las experiencias de los los cristianos de los primeros siglos.

—Había ánimo, movimiento en la vida de la Iglesia primitiva —dijo Bredesen—. La Iglesia de hoy ya hace mucho tiempo que ha perdido esto. Puede estar seguro de que tengo razón. Si no dígame ¿dónde están las vidas cambiadas? ¿Dónde las sanidades? ¿Dónde los fieles que aún estén dispuestos al martirio por Cristo?

Por las noches, en su hogar, Bredesen había comenzado a leer las referencias bíblicas sobre los acontecimientos de la Iglesia Primitiva con estos interrogantes "in mente" y casi instantáneamente creyó tener la clave del asunto. Cuanto más leía tanto más se convencía de que los primeros cristianos habían recibido su vitalidad del Espíritu Santo, y más expresamente, de una experiencia denominada en el Nuevo Testamento como "bautismo en el Espíritu Santo".

Bredesen se propuso buscar esta experiencia y para ello se tomó unas vacaciones. Se fue a las montañas, y allí, en una cabaña solitaria, comenzó a orar incesantemente. Decidió no salir de aquel lugar hasta tanto hubiera alcanzado un nuevo nivel de comunión con Dios. Día y noche lo pasó velando en oración.

Por fin una mañana mientras estaba fuera de la cabaña orando en alta voz, una quietud enorme pareció descender sobre él. Todas las fibras de su cuerpo se pusieron tensas, como si todo su ser estuviera en un nuevo plano de entendimiento. Permaneció en silencio por un momento y cuando comenzó a hablar nuevamente, lo hizo de un modo tal, que deseo con-

signar los mismos términos en que él me lo relató aquel día:

"... Fue el más hermoso brotar de vocablos y consonantes, como también de algunas sílabas extrañas, sílabas guturales. No podía reconocer nada de lo que estaba diciendo. Me daba la impresión de estar escuchando hablar en un idioma extranjero, sólo que era pronunciado por mis propios labios".

Sorprendido, picado por la curiosidad, y aún un poco temeroso, Bredesen comenzó a bajar del cerro hablando en voz alta en ese extraño idioma. Así llegó hasta un villorrio. Se detuvo frente a una cabaña donde había un anciano, mientras continuaba hablando en ese idioma que tan fácilmente fluía de sus labios. El anciano le contestó, hablando rápidamente en un idioma que Bredesen no conocía. Cuando el anciano se dio cuenta de ello, le dijo en inglés:

—¿Cómo puede usted hablar en polaco y no entenderlo?

—¿Estaba hablando en polaco?

El anciano se rió pensando que Bredesen le estaba bromeando. —Por supuesto que era polaco —afirmó.

Pero Bredesen no estaba bromeando. Y hasta donde él recordaba, nunca antes había oído hablar en aquel idioma.

Aún estaban resonando sus palabras en la relación de estos acontecimientos, cuando pasó a relatarme una segunda experiencia que tuvo. Esta vez en el hall de un hotel en Nueva York. Estaba asistiendo a una reunión matutina y había dejado su sombrero sobre una silla precisamente en el hall. Cuando llegó la hora de irse, encontró la silla ocupada, no por su sombrero, sino por una hermosa señorita.

Por aquel entonces Bredesen era soltero y su natural caballerosidad le llevó a extender la conversación más allá del formalismo habitual. La señorita notó el atuendo clerical de su interlocutor y a poco ambos estaban enfrascados en una animada conversación sobre religión. Después de unos minutos la joven se expresaba espontáneamente en cuanto a la insatisfac-

ción de su propia vida religiosa. Bredesen le manifestó que él también había notado esa falta, pero que había encontrado una nueva dimensión en su vida devocional por el hablar en lenguas.

—¿Por el hablar en qué? —preguntó ella.

—Por el hablar en lenguas; es decir en el idioma que Dios le dé a uno —le dijo Bredesen y continuó relatándole algo de su propia experiencia.

La joven le miraba entre asombrada y escéptica.
—¿Puede hablar usted en estas lenguas en cualquier momento que lo desee? —le preguntó.

—Las lenguas son dadas para orar.

—Bueno, ¿puede usted orar en lenguas cuando quiere?

—Sí, ¿quiere que lo haga ahora?

La chica miró alrededor alarmada.

—No quisiera incomodarla —dijo Bredesen al tiempo que inclinaba levemente su cabeza, para luego de una corta oración en silencio, comenzar a pronunciar palabras que para él eran ininteligibles. Los sonidos fueron entrecortados y llenos de los sonidos pe y ka. Cuando terminó y abrió los ojos, vio que el rostro de la chica estaba demudado.

—¡Pero ... pero ... Yo le entiendo. Usted está alabando a Dios. Estuvo hablando en antiguo dialecto árabe!

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Bredesen.

Supo entonces que ella era hija de un egiptólogo, que ella misma dominaba varios idiomas árabes modernos y que también había estudiado árabe antiguo.

—Usted tiene una pronunciación perfecta —dijo ella—. ¿Dónde aprendió a hablar árabe antiguo? Bredesen sacudió la cabeza negativamente.

—Nunca aprendí tal cosa. Ni siquiera sabía que existía un idioma semejante.

Mi entrevista con Bredesen me dejó más perplejo que ilustrado. Seguramente que habría alguna explicación lógica para todas las historias que me había contado. De otro modo lo que él pretendía decir era que aquellas experiencias habían sido verdaderos mi-

lagros, lo cual no coincidía con nada de lo que yo conocía en el mundo.

Bredesen me dijo que después de su experiencia había descubierto que había en el cristianismo una corriente que se destacó por el hablar en lenguas. Estos fueron los Pentecostales quienes tomaron su nombre precisamente del Pentecostés, cuando por vez primera se registró el fenómeno de las lenguas. Y aunque había oído hablar de ellos antes, nunca les prestó mayor atención por considerarlos una secta más, en la periferia del cristianismo.

¡Pero qué secta! En la biblioteca me informé de que hay unos 8.500.000 pentecostales en el mundo, más de dos millones de ellos en los Estados Unidos. Solamente en Nueva York hay unas 350 Iglesias y misiones pentecostales, la mayoría de ellas pequeñas asambleas que se congregan en locales en los sectores más pobres de la ciudad.

—Es curioso cómo pude haber trabajado en una revista interdenominacional durante tantos años y nunca haber asistido a una Iglesia Pentecostal —le dije a Tib mientras cenábamos aquella noche. Allí mismo decidimos cambiar aquella situación. Bredesen me había dicho que la Rock Church, en el sector este, tenía reuniones todos los martes por la tarde. El martes de la semana siguiente Tib se buscó una niñera y vino a verme en el centro.

Hacía mucho frío cuando nos bajamos del taxi en la esquina de calle 62 y la Tercera Avenida. Es un barrio interesante. Había sido uno de los vecindarios más pobres de Nueva York hasta que, al ser quitado el ferrocarril elevado, comenzó a evolucionar. Ahora, en un estado de transición, estaba llegando a ser uno de los sectores más aristocráticos de la ciudad. El viejo negocio de compra-venta de muebles, ahora vendía antigüedades. La sucia y pequeña ferretería se había convertido en un brillante bazar de categoría. Un anciano empujaba por la calle un carrito lleno de trapos y de botellas vacías mientras que por la

acera una dama paseaba tres perros de raza, abrigados con chalecos de lana.

La Iglesia, que en alguna ocasión había sido una residencia particular, era un edificio de ladrillos blancos; su interior estaba pintado de celeste. Detrás del coro, ventiladores de aspiración trataban valientemente de mantener el aire fresco. Esta no era distinta a una docena de Iglesias que ya conocía, excepto por una cosa: estaba tan llena de gente que era un verdadero problema conseguir asiento.

—Nunca vi nada igual en un día martes por la tarde —susurró Tib.

Por fin pudimos conseguir asiento atrás de todo; nos ubicamos y comenzamos a observar. Todos los sectores sociales estaban representados en la congregación, mucho más de lo que se ve en muchas iglesias. Había algunos tapados de piel como también ropa de trabajo. Vi asimismo algunos uniformes; varios pertenecían a enfermeras de un hospital vecino, algunas parecían ser niñeras, quienes una hora antes quizá habían estado llevando al parque un cochecito de bebé. Había un chofer con uniforme. Quizá uno de cada cinco de los presentes era hombre de color.

No podría decir si la reunión había comenzado o no. La congregación estaba expectante y anhelosa, aunque sin embargo no parecía que hubiera uno que dirigiera la reunión, ni un orden preestablecido de adoración. De pronto una mujer sentada unas filas más adelante que la nuestra, se levantó y habló en alta voz. "¡Bendito Jesús!", dijo casi cantando, y de todas partes del recinto llegaron algunas manifestaciones de aprobación. La mujer de color que se hallaba a nuestro lado, había estado sentada con su rostro levantado y sus ojos fuertemente apretados. Ahora sus manos se elevaban despacio por sobre su cabeza, con las palmas hacia arriba, como si estuviera recibiendo una bendición desde el aire. Inmediatamente los brazos de toda la congregación comenzaron a levantarse en idéntico gesto de recibir. Desde el otro lado del salón se elevó una voz de hombre:

"Gloria a Dios."

Desde el punto de vista de la psicología de las masas aquello me cautivaba. Había oído ya sobre lo que era una mentalidad colectiva, pero no creía hasta que llegamos allí, que tal cosa existiera. Había un indefinible lazo de unión, una casi palpable comunicación, entre los distintos seres humanos que había en aquel salón. El orden era algo vívido, orgánico, no una respuesta a reglas o a la dirección de una persona, sino a un impulso interior, como las células de un organismo trabajando unánimemente.

De vez en cuando alguno de la congregación se levantaba de su asiento, se dirigía hacia adelante y desaparecía en un segundo salón situado detrás de la plataforma. Me llamó la atención la sencillez y la libertad con que lo hacían, e inclinándome sobre Tib le pregunté si no quería acompañarme a ir también allí.

—Vamos —me dijo.

Entramos en un pequeño salón alfombrado. Había sillas colocadas alrededor de la habitación. Era todo el mobiliario que tenía. Diez o doce de aquellas sillas estaban siendo utilizadas, pero no precisamente como tales. Cada una era un altar privado, con el adorador arrodillado ante ella, usando el asiento sólo para apoyar los brazos. Así, y por no quedarnos allí parados como simples mirones, nos arrodillamos nosotros también. Fue un gesto innecesario. Los que estaban allí orando no advertían nuestra presencia en absoluto. Oraban en voz baja y ocasionalmente oía la palabra "Jesús". Pero escuchando atentamente me di cuenta de que la mayoría del grupo no oraba en inglés. Extrañas combinaciones de sonidos y de ritmos idiomáticos no familiares se elevaban alrededor nuestro. Parecía que oraban individualmente, sin embargo, había un sentido de adoración colectiva. El rumor de las oraciones subía y bajaba alternadamente.

—Esto debe ser el "orar en lenguas" —le susurré a Tib.

Permanecimos en la pequeña habitación por unos quince minutos. Al final de los primeros cinco, comencé a sentir, a través de la delgada alfombra, el duro piso que ya casi lastimaba mis rodillas. Sin embargo, los otros seguían orando indiferentes a la incomodidad.

De pronto, como obedeciendo a una indicación, las voces callaron a la vez.

Levanté la vista. Nadie había entrado en la habitación. No había ningún estímulo visible que afectara a todos por igual; sin embargo el grupo como un solo hombre, había cesado de orar. Una anciana se levantó y salió sin decir una palabra. Un hombre hizo otro tanto. Uno a uno todos fueron dirigiéndose al santuario nuevamente. Nosotros salimos también a ocupar nuestros asientos, contentos de haber dejado nuestros himnarios reservando el lugar.

En ese momento una mujer alta y delgada se ponía de pie y anunciaba el número de un himno. Y ¡qué cantar fue aquel! Como si el salón entero hubiera explotado. El corpulento señor de mi izquierda cantaba como si toda la reputación de la iglesia dependiera de él solo. Cantaba el bajo, pero no exactamente conforme a la partitura, sino con un tono propio que sin embargo armonizaba perfectamente. La mujer que se hallaba a mi derecha estaba completamente transportada. Con sus ojos cerrados, cantaba y se balanceaba, abstraída completamente por la música.

Esta parte me gustó aun a pesar del emocionalismo. Cuando llegamos al himno "Seguridad Bendita" (digo llegamos, porque a esta altura de las cosas Tib y yo estábamos cantando tan fuerte como cualquier otro), sucedió algo que jamás había visto antes. El director de canto hizo repetir el coro. Lo cantamos una y otra vez:

"Esta es mi historia
Esta es mi canción
Todo el día lo paso alabando a mi Señor".

La repetición en lugar de resultar algo monótona, tenía un efecto acumulativo de entusiasmo y una cualidad embriagante.

De pronto en medio del canto comenzaron a palmear. Pero no era un palmoteo sin sentido, sino un ritmo que a ratos iba en doble tiempo, a ratos en medio tiempo, admirablemente sincopado y armonizado con la música. Esto era demasiado extraño para nosotros y no nos plegamos, pero noté que el zapato derecho de Tib era tan pentecostal como cualquiera de los que estaban allí.

El canto no cesó de pronto, sino que se fue apagando poco a poco. De repente en alguna parte del salón un hombre comenzó a hablar fuertemente en un idioma que yo no conocía. Costumbres atávicas acumuladas en mí durante generaciones, me hicieron temblar ante un tono de voz más propio de un estadio de fútbol que de una Iglesia. Sin embargo nadie pareció

dar importancia al hecho. Un silencio tremendo cayó sobre la congregación. Cuando el hombre terminó, el silencio persistió. La congregación estaba expectante, como aguardando algo más aún. Y entonces desde otro sitio se oyó una segunda voz. El hombre estaba hablando en inglés, pero lo hacía en el mismo tono alto, rápido y extático que el que habló en lenguas. Estaba dando una exhortación a "... esperar grandes cosas en estos días. El Señor obra poderosamente", continuó la voz. "El ha dado la promesa y él será fiel en cumplirla..." Y así prosiguió por unos momentos.

Inclinándome a mi vecino, pregunté qué pasaba.
—Es el intérprete —me dijo. Cuando llegué a estar más versado sobre la doctrina Pentecostal, supe que el don de interpretación es considerado a la par con el don de lenguas, y que en realidad es considerado un don acompañante, que se debe buscar con las lenguas. Una interpretación busca dar el contenido del mensaje expresado en una lengua desconocida, difiriendo de una traducción en que el intérprete no

comprende más de aquella lengua que el mismo que dio el mensaje. El intérprete, simplemente, siente que a él le es dado misteriosamente un conocimiento de lo que ha sido dicho en lenguas y él lo comparte con la congregación. Aquella tarde, como ya he dicho, no sabía nada de todo esto. Pero sí me di cuenta, que cuando alguien hablaba en lenguas lo suficientemente fuerte como para ser oído por la congregación (y esto sucedió en tres oportunidades), alguien se levantaba enseguida y hablaba en inglés.

El sermón de aquella tarde duró cuarenta minutos. El texto en el cual estuvo basado fue el de Moisés cruzando el mar Rojo. Fue un sermón común, excepto en una cosa: el predicador mantenía un contacto con la congregación que era más de lo que yo estaba acostumbrado a ver. Sus afirmaciones eran puntualizadas por los oyentes con muestras de aprobación tales como: "Sí, hermano", y "amén", y aún, "Aleluya", lo cual nunca había oído antes, fuera de la música de Pascua, decir en alta voz. Llevada la con-

gregación a un punto culminante de su mensaje, la animó, como anteriormente lo había hecho el director de canto, a entonar reiteradamente el himno:

"El cruzó el mar. Sí, Moisés cruzó el mar.
Las aguas se abrieron, y él lo cruzó.
Sí, Moisés cruzó el mar".

El sermón terminó. Las luces de la calle brillaban a través de la puerta de entrada cuando la congregación llenó los pasillos del salón para ganar la salida. Mientras me ponía el sobretodo, me di cuenta de que habíamos estado en la Iglesia, un martes por la noche, por espacio de unas tres horas. Ya era tarde y al salir, vimos nuevamente los tres perros de raza, apurados ahora por su dama para llegar a la casa a tomar la cena.

Al dirigirnos a casa, advertimos que las experiencias vividas esa tarde nos habían confundido bastante. Las horas habían transcurrido rápidamente, y por el colorido y lo variado de las acciones, nos

parecía como si hubiéramos visitado un país extranjero en un día de fiesta. Pero se notaba también un gran estímulo en todo ello. Sentí íntimamente que allí había pasado algo grande. Al mismo tiempo me sentí un poco confundido al pensar en la gente que manifestaba sus emociones delante de otras personas, y enredando las cosas de una manera tan poco urbana.

Saliendo de la Iglesia, le pregunté al predicador de dónde sacaban ellos una forma tan particular de adoración. —De la Biblia —me contestó—. De la última parte de 1a. Corintios 14.

Aquella noche, frente al fuego de nuestra sala en Chappaqua, Tib y yo buscamos el pasaje. Allí, como si hubiera sido escrito sobre el culto de aquella noche, leímos las palabras de Pablo:

"¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación. Si habla alguno en lengua extraña, sea esto por dos, o a lo más tres, y por turno; y uno interprete. Y si no hay intérprete, calle en la Iglesia, y hable para sí mismo y para Dios . . . Así que, hermanos, procurad profetizar, y no impidáis el hablar en lenguas; pero hágase todo decentemente y con orden".[1]

Aquella noche, después de que Tib subió al dormitorio, me senté a solas por un momento; la sala estaba apenas alumbrada por alguna llama ocasional de la chimenea. Se me ocurrió que aquel fuego se podía comparar un poco con mi experiencia con el Señor: ardiente por unos instantes, pero decreciendo y casi apagado en el presente.

¿Debía necesariamente desvanecerse el fuego de una experiencia espiritual? Había leído el libro de los Hechos y me pareció muy evidente que en los primeros cristianos no fue así; no se habían enfriado en su relación con el Señor. Tampoco lo era para estos pentecostales adorando en su curiosa iglesita el martes por la tarde. Por todo lo raro de aquella

reunión, me pareció que esta gente estaba experimentando una vívida compañía con Cristo que yo podía comprender porque la había tenido también una vez; en el Hospital. El lenguaje de ellos podría resultar extraño, y sus acciones extravagantes; pero si uno mira más allá de sus amaneramientos, en lo que dicen sus rostros, verá gozo y verá vida.

CAPÍTULO III

SORPRENDENTE TESTIGO

Al día siguiente, amaneció muy frío, nevando y muy ventoso. A eso de las diez fuimos con los chicos a sacar la nieve del sendero; especialmente para el cartero. Por alguna razón, el entusiasmo del día anterior parecía haber pasado. Entre palada y palada les dije a mis chicos (Scott y Donn) algo acerca de la reunión a la cual habíamos asistido la noche anterior. Pero para un chico de nueve años y otro de seis, lo asombroso era que alguien hubiera ido a la Iglesia aun cuando no fuera domingo.

Necesitaba darle algunas cartas al cartero, así que aposté a Elizabeth, de tres años de edad, junto a la ventana del piso bajo para que cuando lo divisara fuera a avisarme al desván. La escuela de los chicos estaba cerrada ese día a causa de la nieve y al escucharles abajo en sus juegos, de pronto tuve sensación de que habían tenido razón. En realidad el culto del día anterior había sido absurdo. Era de mal gusto saltar en medio de la reunión y ponerse a gritar. Así como era ridículo levantar y agitar las manos en alto. Había tenido razón en mi primera calificación: era

un interesante material para un estudio de psicología colectiva.

—¡Ahí viene! —con tono de gran emoción Elizabeth anunció la llegada del cartero. Bajé, pues, y le entregué las cartas a la vez que él me daba también algunas.

La primera que tomé tenía el sello de Mount Vernon; sabía que vendría de Harald Bredesen. Yo estaba desilusionado con el resultado de los últimos acontecimientos; y me encontré dejando relegada para lo último la carta de él. Por fin me quedó ella sola sobre el escritorio y la abrí sin mucho entusiasmo. Dentro había varias páginas de la revista *Life*, con una pequeña nota al margen: "Pienso que esto puede interesarle. H.B."

Me interesé, particularmente porque el escrito era de alguien a quien yo conocía: el Dr. Henry Pitney Van Dusen, por aquel entonces presidente del Union Theological Seminary en Nueva York. Pero más aún me interesé cuando vi el tema sobre el cual el Dr. Van Dusen había escrito: "La Tercera Fuerza en el Cristianismo", y trataba en parte, de los Pentecostales.

¿Qué tendría que decir el presidente de uno de los más grandes e intelectuales centros de estudios del país, acerca de la gente menos ilustrada de todas? Terminé mi desayuno y me acomodé para leer el relato que el profesor hacía de su viaje alrededor del mundo. Había andado por más de veinte países y en cada uno de ellos se había entrevistado con los líderes más destacados de las Iglesias Protestantes tradicionales. En todas partes encontró idéntico interés sobre el fenómeno de crecimiento registrado en los grupos "no conformistas", especialmente los Pentecostales.

—¿Está usted preocupado —le preguntó a un obispo anglicano— porque este nuevo movimiento está alcanzando a la gente que ustedes no han alcanzado o porque le están sacando adherentes?

—Por ambas cosas —fue la respuesta.

Para cuando el Dr. Van Dusen había terminado de recopilar los datos tomados de su viaje, habló de una

"... tercera y poderosa fuerza del Cristianismo", adoptando una intrépida postura junto a católicos por un lado y protestantes por el otro, y en el mismo centro de esa fuerza, arde el avivamiento Pentecostal.

"Hay varias fuentes de energía que han hecho de la tercera fuerza el fenómeno religioso más extraordinario de nuestro tiempo (escribió el doctor Van Dusen). Los grupos que lo componen predican un mensaje eminentemente bíblico y comprensible. Por lo general, ellos prometen una experiencia transformadora en la vida, procedente del Dios viviente en Cristo, la cual es mucho más significativa para muchas personas, que la versión que se les brinda en las Iglesia convencionales.

"Ellos abordan directamente a la gente en el hogar, en la calle, o en cualquier otro lugar, y no esperan meramente que las gentes asistan a la Iglesia. Tienen un gran fervor espiritual, y, aunque abarca el aspecto emotivo, no siempre significa que sea excesivo. Guían a los nuevos conversos a una estrecha y provechosa relación con el grupo; característica de toda vital renovación cristiana desde que el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos en Pentecostés. Recalcan el Espíritu Santo, tan descuidado por muchos cristianos tradicionales, como la inmediata y poderosa presencia de Dios en el alma del hombre y en la comunión cristiana. Esperan, además, que sus seguidores practiquen una actividad evangelizadora continua.

"Hasta hace poco, otros protestantes no prestaron mucha importancia al movimiento por considerarlo un fenómeno pasajero. Ahora hay un serio y creciente reconocimiento de su verdadera dimensión y probable permanencia. La tendencia primitiva de menospreciar su mensaje como inadecuado está siendo reemplazado por una seria investigación de los secretos de su poderosa propagación."[1]

Era una declaración notable. Deseando conocer más sobre el asunto, le escribí al doctor Van Dusen aquella misma tarde pidiéndole una entrevista.

Unos diez días más tarde Tib y yo fuimos a verlo. La visita fue particularmente significativa para mí porque mi padre había enseñado en el Seminario de la Unión hasta su muerte. Sentados en el departamento del doctor Van Dusen en el Seminario, podía ver a través del patio la oficina que había ocupado mi padre. Al doblar una esquina del edificio, sabía que se encontraba el departamento que fuera de mis padres, donde por espacio de seis años habíamos traído a nuestros chicos todos los domingos. El regreso ahora estaba poblado de recuerdos.

El Dr. Van Dusen debía haberse dado cuenta lo que este retorno significaba para Tib y para mí, puesto que se había tomado el trabajo de prepararnos té. Trabajo, porque habiendo salido su esposa y la sirvienta, él mismo debía ocuparse en preparar el té. Se sentó por fin frente a nosotros y probó la infusión.

—Demasiado fuerte —dijo sacudiendo la cabeza—, demasiado fuerte. Voy a traer algo para cortarlo poco.

Volvió luego a probar su té; hizo una mueca y puso la taza en la mesa.

—¿Unos bizcochos? —preguntó—. Estoy realmente contento de verles. Ustedes quizá sepan que estoy muy interesado en los pentecostales.

El Dr. Van Dusen, nos contó luego de su viaje por el Caribe, donde por vez primera, ya hacía algunos años, asistió a una Iglesia Pentecostal.

—Usted sabe —agregó— el cargo que se me hizo. Pensar que el presidente del Seminario de la Unión había hecho semejante viaje al Caribe con el único propósito de asistir a una reunión Pentecostal. Monstruoso.

Nos dijo que de estas experiencias había obtenido algunas impresiones. La primera, singularmente extraña:

—Me sentí cómodo allí. A pesar de las muchas y grandes diferencias, me sentí realmente cómodo. Me sentí como volviendo atrás en el tiempo a una primitiva y vital experiencia cristiana. Creo que Pedro, Bernabé o Pablo, se sentirían más a gusto en una buena reunión Pentecostal, que en un culto formalista y ritualista de la mayoría de nuestras Iglesias.

Con relación a las lenguas, así como nosotros, él había escuchado y visto, fascinado, a la gente orando "en el Espíritu".

—Me parece —dijo— que esto de hablar en lenguas es en cierto sentido una terapéutica espiritual. Llegué a la conclusión de que era liberación espiritual muy saludable. La gente quedaba mejor, liberada, relajada.

—Nunca tuve esta experiencia —continuó el doctor Van Dusen—, pero puedo comprender mejor aquello cuando pienso en algunos de nuestros grandes poetas. A menudo ellos alcanzan un punto donde sencillamente no comunican ninguna idea inteligible. Blake, por ejemplo, y Aden, y Gerard Manley Hopkins. Todos ellos han escrito frases completamente irracionales. Este es a mi criterio el aspecto irracional de hablar en lenguas. El corazón del hombre alcanza a veces un punto donde las palabras —según el significado del diccionario—, no son adecuadas para expresar todo lo que está pugnando por salir.

Me impresionó la seriedad con que él hizo esas declaraciones. Pero fue sin embargo, justo en el momento de salir, que el Dr. Van Dusen dijo algo que para mí inclinó la balanza y me decidió definitivamente a investigar todo lo relacionado con los pentecostales.

Ya había llegado la hora de irnos. Tib se puso de pie, sin embargo el Dr. Van Dusen permaneció sentado; evidentemente él tenía algo más que decir.

—He llegado a sentir —dijo, eligiendo sus palabras cuidadosamente— que el movimiento Pentecostal con su énfasis sobre el Espíritu Santo, no es un avivamiento más. Es una revolución en nuestros días. Es una revolución comparable con el establecimiento de la Iglesia Apostólica y con la Reforma protestante.

Me tomó un tiempo captar el sentido de estas palabras. El Dr. Van Dusen estaba diciendo que este avivamiento, representado en parte por la pequeña Iglesia donde se agitaban los brazos, hablaban en lenguas y palmeaban, que Tib y yo visitamos un martes por la tarde, no era ya comparable con la fundación de las mayores denominaciones protestantes, tales como el metodismo o el presbiterianismo, sino que era comparable en cambio, con el Protestantismo y con el Catolicismo mismos. Volvimos a casa, la cabeza hecha un torbellino. ¿Cómo era posible para el Dr. Van Dusen comparar el pentecostalismo con la fundación de la Iglesia Primitiva? ¿Sería esto meramente una impresión personal? En las semanas siguientes leí extensamente sobre el asunto. Y fue precisamente en estas primeras lecturas superficiales que descubrí dos pistas de fundamental importancia.

Lo primero que llegué a conocer era que el movimiento Pentecostal estaba más diseminado de lo que jamás hubiera soñado. Incluía no solamente más de ocho millones de miembros de Iglesias pentecostales; más significativamente incluía un número incalculable de personas en las Iglesias tradicionales establecidas, la Católica y la Protestante, quienes experimentaban (en su medio) las mismas manifestaciones de un poder sobrenatural e inexplicable.

Lo que en segundo término descubrí fue que el Dr. Van Dusen no era el único que evaluaba de ese modo el fenómeno. Figuras claves dentro de las Iglesias Protestantes y Católicas se expresaron en idéntico sentido. Hice una lista y la ubiqué en un archivo que ya había comenzado bajo el tema "Historias de Lenguas" y me propuse que algún día entrevistaría a aquellos hombres.

El problema era que esta investigación amenazaba llevarme más tiempo del que yo podía disponer. El tema me fascinaba, pero en tanto, me esperaban los encargos de las revistas que eran los que producían nuestras entradas. Sentía que una creciente frustración se apoderaba de mí por estar cada vez más consciente de que había tropezado con aquella "Gran Historia" que llega a todo escritor sólo una vez en la vida. Y no podía hacer nada.

Entonces algo pasó que cambió completamente la situación. En una reunión social en la vecindad una noche, conté la historia de Harald Bredesen hablando en polaco. Había descubierto que era buen material para una fiesta. Ya estallara la gente en indignación o hilaridad, aquella historia parecía siempre interesar a la gente. Pero había un hombre en aquella reunión esa noche a quien nunca había visto antes: Samuel Peters. Cuando nos levantamos de la mesa me llevó aparte.

¿Sabe —me dijo— estoy fascinado con la historia. Me gustaría oír algo más. ¿No podría venir a mi oficina?

Resultó que Peters trabaja en una casa de publicaciones. Lo visité en su oficina en Manhattan y varias semanas más tarde fue contratado para escribir un libro sobre el fenómeno de las lenguas y lo que ello significaba; el publicista financiaría la investigación.

—Debemos poner en claro una cosa —le dije a Peters al final de la conversación—, usted ha estado diciendo continuamente: esas lenguas "suyas". No son "mis" lenguas, Peters, y no tengo interés en que lo sean. Estoy interesado, intrigado, pero de ninguna manera identificado. Como usted sabe, yo soy episcopal, y pienso que somos bastante formalistas.

Peters sonrió. —Lo sé, y nadie le pide que se comprometa; sino que haga un buen trabajo. Es todo lo que queremos.

—Bien —le dije— así nos entendemos. Siempre he dicho que el mejor reportero es el que sabe conservar la distancia.

CAPÍTULO IV

EL DISPARATE DE STONE

Había empezado a sentir que la distancia que me separaba de estas personas sería fácil de mantener.

Estaba sentado en la sala principal de lectura de la biblioteca pública de Nueva York, ante una pila de libros agotados, y nada me parecía más alejado de mi barrio que el mundo al que me transportaban. Estaba tratando de descubrir quién fue el primero que habló en lenguas en los tiempos modernos. Entre los candidatos a esa distinción figuraba un granjero montañés; un predicador ambulante de color. También un hombre que tenía a su cargo una escuela gratuita. Hubo indios de Chile, nativos africanos, parias de la India. Tib sintetizó la distancia que nos separaba de ellos.

—Ninguno de ellos —dijo cuando le comuniqué el resultado de la investigación— tuvo que preocuparse porque los insectos le arruinarán el césped bien cuidado.

Tenía razón. No muchos de ellos habían tenido céspedes de que preocuparse, y el que los tuvo, había puesto una vaca a pastar allí.

Fue en los Estados Unidos en el año 1900 cuando un joven misionero metodista, Carlos F. Parham, decidió hacer algo con su vida religiosa. Había estado leyendo el Libro de los Hechos y las cartas de Pablo y comparado la debilidad de su propio ministerio con el poder que se reflejaba allí. ¿Dónde estaban sus nuevos convertidos? ¿Dónde los milagros y las sani-

dades? Seguramente los cristianos primitivos tenían un secreto que él y su Iglesia ya no poseían.

En octubre de ese año Parham se propuso encontrar ese poder.

Llegó a la conclusión de que iba a necesitar hacer un estudio de la Biblia más profundo de lo que podría hacer por sí solo. Decidió abrir entonces una Escuela Bíblica en la que sería a la vez director y estudiante. No iba a cobrar nada por la enseñanza, cada estudiante simplemente contribuiría con lo que pudiera para solventar sus propios gastos.

El primer paso era localizar algún edificio apropiado para alquilar por poco, o nada, al mes. Encontró uno en Topeka (Kansas). No era sólo grande sino también pintoresco. Un hombre de Topeka llamado Stone había comenzado a construir una mansión. A la mitad de la obra se quedó sin dinero. La planta baja era magnífica: escaleras labradas, enormes chimeneas, costoso artesonado. Pero la planta alta estaba terminada en pino barato. En Topeka el edificio tenía un apodo. Lo llamaban "El disparate de Stone".

Carlos Parham se mudó al "Disparate de Stone" y anunció que cualquiera que quisiera acompañarle allí para estudiar el Nuevo Testamento sería bien recibido. Aparecieron unos cuarenta estudiantes. Esto debe haber dado que hablar al pueblo de Topeka más que lo hecho por Stone mismo. Llegaron en carros, carretas y a pie, llevando con ellos sus mujeres y sus niños, y todo lo que necesitaban para vivir. Pronto la magnífica mansión de Stone tenía pañales colgando de una soga en el jardín de atrás de la casa . . . y una vaca pastando en el césped del frente.

Carlos Parham sabía la dirección que deberían tomar sus estudios. Por cincuenta años muchos protestantes habían estado prestando creciente importancia a una experiencia religiosa que ocurre generalmente algún tiempo después de la conversión. Era una experiencia de la que se podía precisar una fecha

y que algunos llamaban "una segunda obra de gracia", otros "la segunda bendición" y otros "santificación". Pero la esencia de la experiencia era siempre un encuentro con el Espíritu Santo.

La promesa de alguna clase nueva de relación con el Espíritu Santo es un hilo que corre a través de toda la trama del Nuevo Testamento. Se hace evidente desde los primeros capítulos de los Evangelios. Los judíos por un tiempo creyeron que Juan el Bautista sería el Mesías prometido. Pero Juan le dijo: "Viene tras mí el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar encorvado la correa de su calzado. Yo a la verdad os he bautizado con agua; pero él os bautizará con Espíritu Santo".[1]

—El Bautismo con el Espíritu Santo —decía Juan —sería la señal distintiva del Mesías.

Hacia el final de su vida, Cristo comenzó a poner un creciente énfasis en el Espíritu Santo. El sería el Consolador de los discípulos, acompañándolos en la tribulación, guiándolos a la verdad, tomando su lugar cuando él ya no estuviera. Después de su crucifixión Cristo apareció a sus discípulos "y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días."[2]

Los discípulos esperaron como habían sido instruidos y entonces: "Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen".[3]

Este revestimiento con el Espíritu Santo señala el comienzo de la Iglesia. Nueva, pequeña, rodeada de enemigos; sin embargo esta joven Iglesia tenía poder

para sanar, para convencer, para crecer. Las Iglesias que surgieron con el correr del tiempo, guardaron en sus tradiciones un vestigio de esta primitiva dependencia de una llenura específica del Espíritu Santo como la fuente de su poder. Los católicos, los luteranos, y episcopales, todos preservan en sus servicios de confirmación, la idea de que en ese momento el confirmante recibe un don especial de poder para ser un cristiano efectivo.

Pero grupos como los metodistas wesleyanos y el grupo de la Santidad vislumbraron el hecho de que esta ceremonia de confirmación no era nada más que un rito y que no impartía realmente ningún poder. Recalcaban el Bautismo como una experiencia que no venía automáticamente sino que tenía que ser buscada, una y otra vez si fuera necesario, hasta que el creyente estaba seguro de que había sido lleno con el Espíritu Santo.

¿Cómo podía una persona estar segura? Algunos decían que no había evidencia directa; que el creyente aceptaba por fe el hecho de que había sido bautizado. Otros decían que el creyente sabía que había recibido el Espíritu Santo cuando la vida de oración se llenaba de poder. Pero estas eran opiniones bastante imprecisas. La tarea que Carlos Parham y sus compañeros de estudio decidieron emprender fue descubrir un criterio en el que se pudiera depender.

En "el disparate de Stone", Parham y sus amigos ocupaban su tiempo leyendo la Biblia, lavando platos, ordeñando la vaca, orando y buscando esa evidencia segura de la presencia del Espíritu Santo.

En diciembre Parham tuvo que salir de viaje por tres días. Antes de salir de Topeka dejó a sus discípulos un encargo.

"Mientras yo estoy ausente", dijo, "quiero que lean el libro de Los Hechos. Estudien cada relato de las ocasiones en que se recibe el Bautismo del Espíritu por primera vez. Vean si pueden encontrar algún elemento constante, algún común denominador".

Cuando volvió encontró a la Escuela hirviendo de entusiasmo. Los estudiantes, después de estudios individuales, habían llegado todos a la misma conclusión; en las cinco diferentes descripciones que hace el libro de Los Hechos del Bautismo, al ser recibido por primera vez, se menciona específicamente, o se puede deducir por el contexto, el curioso fenómeno de hablar en lenguas.

La primera vez fue en Pentecostés: "Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen".[4]

La segunda fue en Samaria: "Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la Palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan; los cuales, habiendo venido, oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo; porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos sino que solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús. Entonces les imponían las manos, y recibían al Espíritu Santo. Cuando vio Simón que por la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero, diciendo: Dadme también a mí este poder, para que cualquiera a quien yo impusiere las manos reciba el Espíritu Santo".[5]

La tercera vez fue en Damasco donde Pablo recibió el Bautismo: "Fue entonces Ananías y entró en la casa, y poniendo sobre él las manos, dijo: Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Y al momento le cayeron de los ojos como escamas, y recibió al instante la vista; y levantándose, fue bautizado".[6]

La cuarta vez fue en Cesarea cuando la casa de Cornelio recibió el Bautismo: "Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso. Y los fieles de la circuncisión que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo. Porque los oían que hablaban en lenguas . . ."[7]

Y la quinta ocasión registrada es en Efeso: "Aconteció que entre tanto que Apolos estaba en Corinto, Pablo, después de recorrer las regiones superiores, vino a Efeso, y hallando a ciertos discípulos, le dijo: "¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creisteis? Y ellos le dijeron: Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo . . . Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas y profetizaban."[8]

Parham estaba intrigrado pero no convencido.

—Veo las lenguas en tres de los Bautismos —dijo— pero no en Samaria. Ni en el caso de Pablo.

—No —dijeron sus discípulos— pero más tarde vemos que Pablo tenía el don de lenguas en su ministerio. "Doy gracias a Dios que hablo en lenguas más que todos vosotros"[9]—les dijo a los corintios. ¿Cuándo recibió este don? ¿No pudo haber sido en su Bautismo?" Parham consideró esto en silencio.

—¿Y qué me dicen de Samaria? —dijo por fin.

En Samaria, Simón el Mago estaba tan impresionado por algo que vio cuando la gente era llenada del Espíritu Santo que ofreció dinero para tener este poder. ¿Qué podía haber visto que fuera tan especial? Milagros, no; tampoco sanidades, porque ya había visto a los creyentes hacer estas cosas. Había estado siguiendo a Felipe por espacio de varias semanas sólo por estas señales. No, cuando Pedro y Juan llegaron a Samaria y los creyentes recibieron el Espíritu Santo, Simón vio algo nuevo, algo diferente. ¿No podían haber sido las lenguas? Parham también se contagió de entusiasmo. ¿Podría ser esta evidencia la que ellos habían estado buscando? Ya era bien entrada la noche.

"Me pregunto qué sucederá" —dijo— "si mañana nos reuniéramos a orar para recibir el Bautismo en la misma forma que está descrito en la Biblia; con el hablar en lenguas".

A la mañana siguiente todos en el "disparate de Stone" se reunieron a orar; oraron toda la mañana y toda la tarde. La atmósfera en la mansión estaba cargada de expectación. Pero el sol se puso y nada fuera de lo común había ocurrido.

Entonces, a eso de las siete de la tarde, en aquella noche de víspera de Año Nuevo del año mil novecientos, una joven estudiante llamada Inés N. Ozman recordó algo: "¿No era cierto que muchos de los Bautismos que se describen en los Hechos estaban acompañados por una acción, además de la oración? ¿No imponía sus manos frecuentemente la persona que ofrecía la plegaria sobre aquel que quería recibir el Bautismo? Recordando las referencias bíblicas allí estaba en Samaria, en Damasco, en Efeso, siempre la palabra "manos". "Poniendo sus manos sobre él . . ." "Entonces pusieron sus manos sobre ellos . . ." La señorita Ozman fue a buscar a Carlos Parham y le comentó lo que pensaba.

—¿Oraría usted por mí de esta manera? —le preguntó.

Parham caviló un instante, lo suficiente como para hacer un corta oración pidiendo dirección en lo que iban a hacer. Entonces puso paternalmente sus dos manos sobre la cabeza de Inés Ozman. Inmediatamente, y en forma suave, vino de sus labios un torrente de sílabas que ninguno de los dos pudo entender.

Los pentecostales recuerdan la noche de la víspera de Año Nuevo del 1900 como una de las fechas claves en su historia. Ellos la señalan como la primera vez desde la época de la Iglesia Primitiva que el Bautismo del Espíritu Santo había sido buscado, y hallado, y el hablar en lenguas esperado como la evidencia inicial.

En "el disparate de Stone", ahora todos oraban con creciente fervor por la venida del Espíritu Santo. Una de las espaciosas habitaciones sin terminar del piso superior de la mansión fue convertida en sala de oración, en un decidido esfuerzo por restablecer el Aposento Alto de Jerusalén en Pentecostés. Durante los tres días subsiguientes hubo muchos bautismos, cada uno señalado con las misteriosas lenguas. El 3 de enero el mismo Parham y una docena de pastores de distintas denominaciones que estaban con él en esa habitación recibieron el Bautismo y hablaron en lenguas. En su entusiasmo hicieron planes para una gran gira misionera, que llevara este nuevo mensaje desde Topeka a través del país hasta Canadá.

Llegaron hasta la ciudad de Kansas. Allí los recibieron con hostilidad. Nadie quería escuchar aquel mensaje del que Parham estaba tan seguro. La prensa y el clero desplegaron tenaz oposición. El pequeño grupo se dispersó. Parham se quedó entonces sin apoyo, sin fondos, sin púlpito, y al final se quedó también sin comida. A las pocas semanas volvió a Topeka y allí le esperaba otro golpe: El "disparate de Stone" iba a ser vendido. Aquel viejo adefesio que tanto había significado para la pequeña Escuela, tenía que ser abandonado; y con la pérdida del lugar de reunión el mismo grupo se desbandó.

Carlos Parham comenzó a predicar en las esquinas de las calles. Designó a su ministerio y a su mensaje como del "Evangelio Completo" queriendo significar con ello que el Evangelio debía ser predicado en su integridad, no dejando fuera las lenguas o la sanidad, o cualquier otro don prometido del Espíritu Santo. Tres años pasaron y aún nadie escuchaba. Fue entonces, en el verano de 1903, que Parham llegó a la ciudad de veraneo para enfermos de El Dorado Springs, Missouri. Y precisamente allí es donde ocurrió un cambio dramático en su ministerio.

Las aguas de El Dorado Springs tenían fama de ser buenas para toda clase de dolores y enfermedades. Parham entonces aprovechó la atmósfera de necesidad para predicar en los mismos escalones de las vertientes. Después de cada sermón invitaba a cualquiera que estuviera enfermo o con dolores a que visitara la pequeña casa que había alquilado con

su esposa cerca del lugar, para orar. Muchos vinieron. Y desde el primer momento muchos declararon que su condición había mejorado. Se corrió la voz de que allí había un hombre dotado de un poder sobrenatural. Y era evidente que no estaba buscando ganancias personales, ya que nunca había cobrado nada ni levantado ofrendas.

Unas de las personas que fueron a sus reuniones de sanidad, era una mujer llamada Mary Arthur. Se estaba quedando ciega. Ya le habían hecho dos operaciones y en cada una su estado había empeorado. El día que visitó a los Parham veía sólo con un ojo, y esto con mucho dolor.

Durante la reunión, Parham puso sus manos sobre los ojos de ella y oró para que el Espíritu Santo fluyera a través de él para sanar. La señora Arthur se levantó de sus rodillas temblorosa e incrédula. Aunque sólo unos minutos antes había tenido que cerrar sus ojos para evitar el dolor que la luz le producía, ahora podía mirarla directamente sin sentir el más ligero malestar.

La señora Arthur volvió a su hogar en Galena, Kansas, y comenzó a contar a todos de este nuevo y maravilloso ministerio. Unas semanas más tarde invitó a los Parham para ir a Galena y tener reuniones en su casa. La aceptación de esta invitación marcó un cambio fundamental en el ministerio de Parham, porque en Galena el mensaje Pentecostal se esparció como fuego.

En pocos días la sala de la familia Arthur se llenó de bote en bote. Algunos amigos levantaron una carpa en un terreno baldío contiguo. Esta también resultó chica porque la gente llegaba a Galena desde varios kilómetros a la redonda. Decidieron entonces alquilar un viejo depósito en los suburbios de la ciudad. Como ya llegaban los primeros fríos, tuvieron que calentar el ambiente con sus viejas estufas de hierro; los bancos se improvisaron con tablones puestos sobre barriles. Y allí, en este depósito convertido en

templo, Carlos Parham predicó el mensaje completo de Cristo, con el Bautismo del Espíritu Santo. Noche tras noche una verdadera multitud invadía la tosca Iglesia para retirarse varias horas después contando historias de sanidades y de experiencias místicas. El periódico *Enquirer* (Inquiridor) de Cincinnati envió a un periodista a Galena para que informara sobre el avivamiento.

"Es dudoso (escribía el corresponsal), que en los últimos años haya ocurrido algo que despertara tanto el interés, incitara el comentario o dejara perpleja a la gente, como las reuniones del Rdo. C. Parham lo han hecho.

"Casi tres meses han pasado desde que este hombre llegó a Galena y durante esa época ha sanado a más de mil personas y convertido más de ochocientas . . . Personas que por años no habían caminado sin la ayuda de muletas se han levantado del altar con sus piernas totalmente sanas, de modo que pudieron abandonar sus muletas . . . Aquí sus seguidores reciben lo que llaman "el Pentecostés" y adquieren la capacidad de hablar en lenguas extranjeras; idiomas que, sin este poder son para ellos totalmente desconocidos. Esto se considera una de las cosas más extraordinarias de la reunión. La semana pasada una mujer se levantó y habló por espacio de unos diez minutos sin que aparentemente nadie la entendiese; sin embargo un indio que ese día había venido a la reunión de la reserva india Panwee, dijo que ése era el idioma de su tribu y que había podido entender todo lo que la mujer había dicho . . ."[10]

Parham se quedó en Galena más de tres meses predicando y sanando. Cuando finalmente se fue, lo hizo para cumplir un sueño que había acariciado desde que tuvo que cerrar el "disparate de Stone": empezar una nueva escuela. Cinco años después de haber abierto la escuela de Topeka, anunció la formación de una segunda, esta vez en Houston (Texas).

A esta escuela llegó un día un estudiante que estaba

destinado a ser otra figura clave en la historia de los pentecostales: W. J. Seymour, hombre de color, ministro ordenado. Fue él quien llevó el mensaje pentecostal a California, a una de las direcciones más famosas en la historia pentecostal: Calle Azusa 312, Los Angeles.

Seymour, valija en mano, llegó a Los Angeles sin imaginar el furor que iba a despertar su presencia en aquel lugar. Había sido invitado a predicar en una pequeña Iglesia local de gente de color. Con su experiencia de la escuela de Parham todavía fresca, comenzó lo que iba a ser una serie de sermones que recalcaban la obra del Espíritu Santo y el fenómeno de hablar en lenguas. Eso fue demasiado para los ancianos de la pequeña Iglesia. Al día siguiente, cuando llegó al lugar para predicar, encontró las puertas del templo cerradas.

Uno de los miembros de la Iglesia, sin embargo, no había estado de acuerdo con aquella medida. Le dijo a Seymour que si quería podía ir a su casa a predicar allí mismo. La casa, que estaba en un barrio antiguo, era mejor que nada.

Por tres días Seymour predicó allí, presentando en forma lógica y serena la base bíblica de su posición. Pero en la noche del 9 de abril de 1906, mientras él hablaba, la gente que le estaba oyendo comenzó a recibir el Bautismo. Hablando en lenguas, se reían, gritaban y cantaban hasta que la escena debió haberse asemejado al Pentecostés original, cuando Pedro y sus compañeros fueron acusados de "estar llenos de mosto".

La noticia se desparramó. A la mañana siguiente, temprano aún, se había congregado una multitud en el destartalado edificio y muchos más estaban afuera esperando poder entrar. Los cantos y exclamaciones, los "aleluya" y "gloria a Dios", resonaban en el precario techado. Cuando empezaron a palmear y a golpear el suelo con los pies, el viejo edificio comenzó a sacudirse. Nadie se apercibió de ello. Fue entonces

cuando, con un particularmente alto "Gloria a Dios", los cimientos de la casa cedieron; el piso se hundió, las paredes se derrumbaron y el techo se vino abajo.

Nadie resultó herido. Pero se hizo evidente que la creciente congregación necesitaba un lugar de reunión más amplio (y firme). Luego de un poco de búsqueda encontraron el lugar ideal: Calle Azusa 312.

Era en un barrio modesto de la ciudad. Tenía por edificios vecinos un aserradero, un establo, y un taller de lápidas. Por lo menos allí nadie se iba a sentir molesto por el "mosto" de la congregación. El edificio constaba de dos plantas; en otro tiempo había sido una cochería, abandonada luego a causa de un incendio que la destruyó parcialmente. Un techo plano reemplazaba al original, destruido en el incendio, dando al edificio el aspecto de haber sido aserrado en su parte superior.

Los feligreses blanquearon el frente del edificio e improvisaron asientos con barriles. Seymour se sentaba calladamente en un extremo del salón grande de la parte baja orando constantemente y predicando rara vez. El era el líder pero su liderazgo se expresaba en sugerencias más que en órdenes.

El avivamiento de la Calle Azusa duró tres años. Ricos y pobres iban a ver qué pasaba. La gente llegaba de ciudades vecinas, del Medio Oeste, de Nueva Inglaterra, de Canadá, de Gran Bretaña. Había blancos y de color, viejos y jóvenes, educados y analfabetos. Periodistas de todo el país llegaban a investigar y, así fueran favorables o no en sus impresiones, siempre tenían una buena historia que contar.

Durante mi trabajo de investigación mantuve correspondencia con uno de los pocos testigos oculares que quedan del avivamiento aquel: Harvey Mc Alister, de Springfield, Missouri, quien me escribió diciendo que había visitado la misión muchas veces. El relata un caso particularmente interesante:

"Mi finado hermano Roberto estaba en Los Angeles cuando ocurrió el siguiente incidente, que él me contó

posteriormente, además de conocer yo personalmente a la chica, llamada Catalina Scott, y de haber escuchado a sus padres relatar el mismo hecho: Sucedió en el lugar que se conoce como "La Vieja Misión de la Calle Azusa". La gente viajaba de todas partes del mundo para investigar lo que allí sucedía. Había un salón en la planta baja y un "Aposento Alto" en el piso superior. El lugar estuvo abierto día y noche durante varios años, con reuniones de predicación dos o tres veces al día. En el "Aposento Alto", había gente orando día y noche. Hacia allí se dirigía la congregación después de las reuniones de predicación. Cuando era la hora de predicación, se oía un timbre y todos bajaban al culto.

Catalina, que era entonces una adolescente, estaba en el aposento alto. Un hombre entró en la casa y oyendo a la gente que oraba subió las escaleras. En el momento que él entró, Catalina, movida por el Espíritu Santo, se levantó y señaló al hombre parado al borde de la escalera y habló por espacio de varios minutos en un idioma que no conocía.

En ese momento se oyó el timbre llamando a la gente a la reunión de predicación. Toda la gente se levantó para dirigirse a las escaleras. El hombre, al acercarse Catalina, la tomó del brazo y la guió hasta abajo, al lugar del predicador y esperó hasta que se restableció el orden en la sala. Luego habló:

"Yo soy judío y vine a esta ciudad a investigar el "hablar en lenguas". Nadie en esta ciudad sabe mi nombre, porque estoy aquí bajo un nombre supuesto. Nadie sabe mi ocupación, ni quién soy. Acostumbro escuchar a los predicadores con el propósito de criticar sus sermones y usarlos para dar conferencias contra la religión cristiana.

"Esta chica, cuando entré yo en la habitación del piso alto, empezó a hablar en hebreo. Me llamó por mi nombre, y me dijo el porqué de mi estada en la ciudad, cuál es mi ocupación actual, y luego me llamó al arrepentimiento. Me dijo cosas de mi vida que

ninguna persona de esta ciudad podía saber."

"Luego (concluye la carta del Rdo. Mc Alister) el hombre cayó sobre sus rodillas y lloró y oró como si su corazón fuera a partirse."

Este fue el avivamiento de la calle Azusa. Sin pompa, sin publicidad, ni coros, ni bandas, ni ninguno de los acompañamientos clásicos de una campaña; el movimiento que nació en un viejo establo y que fue adelante, de día, de noche, por más de mil días.

CAPÍTULO V

UNA TREMENDA MANERA DE CRECER

Había llegado la primavera del año 1960, y con ella un cambio de implementos en el garaje. Se guardaban las palas para nieve y se sacaban la cortadora de césped y la esparcidora para abonos. En el buzón encontré un volante: "¿Se sentirá usted orgulloso cuando sus amigos vean el césped este verano?" Y pronto me hallé pensando en la vaca en el césped del frente del "disparate de Stone".

La primavera había llegado y mi viaje al extraño mundo de los Pentecostales era aún un asunto sin riesgos y remoto, y no me importaba más de lo que me hubiera importado un viaje por un país extranjero donde pudiera ver a hombres y mujeres en sus trabajos, a través de la ventanilla de un tren rápido.

Había algo que yo estaba dispuesto a admitir: algo misterioso y fuera de lo común ocurrió durante esos primeros años de avivamiento Pentecostal. Por todo el mundo habían surgido iglesias Pentecostales, más

o menos todas al mismo tiempo; en el espacio de unos pocos años, inmediatamente antes y después del cambio de siglo. Lo extraño acerca de ello era que a menudo no había una relación discernible entre los diferentes grupos, ninguna conexión que permitiera al historiador señalar y decir: "La iglesia B se desarrolló de la iglesia A."

Algunos de los primeros visitantes de la misión de la calle Azusa por ejemplo, era un grupo de inmigrantes armenios que no encontraban nada nuevo en las manifestaciones Pentecostales. Veinte años antes, un movimiento semejante con oración en lenguas, había surgido entre los presbiterianos en Armenia. Cuando estos presbiterianos pentecostales emigraron a California trajeron sus formas de adoración con ellos, y permanecieron solos y aislados hasta que, sorprendidos, descubrieron que un movimiento paralelo estaba desarrollándose en la calle Azusa.

En medio de las montañas Unicois en Carolina del Norte, miembros de la pequeña Iglesia Bautista Camp Creek comenzaron en forma independiente a hablar en lenguas. Anteriormente no habían tenido ningún contacto con gente que hablara en lenguas; en realidad no sabían que existiera un fenómeno semejante.

En la India, miembros de la formalista Sociedad Misionera de la Iglesia de Gran Bretaña se sorprendieron porque una joven hindú de 16 años cuando oraba comenzaba a hablar en un lenguaje que nadie podía identificar. Se consultó al canónigo de la catedral de Bombay; él invitó a algunos amigos a orar con la chica deseando que alguien entendiera el lenguaje; finalmente alguien lo entendió: el lenguaje era árabe, y las oraciones que ella hacía eran por la seguridad de la Iglesia en Libia, un país que, por lo que ellos sabían, ella no conocía. Luego otros cristianos hindúes empezaron a experimentar este fenómeno de hablar en idiomas que nunca habían aprendido y pronto un completo avivamiento estaba en marcha.

Se publicó la historia en una hoja editada por la misión en septiembre de 1906. ¡La circular estaba siendo impresa y distribuida cuando llegaron a la India las primeras noticias de que hechos semejantes estaban ocurriendo en los Estados Unidos!

Yo estaba intrigado por estas lenguas que surgían espontáneamente y sin relación entre sí en distintas partes del mundo. ¿Qué podría significar esto?

Aun cuando el impulso de una experiencia era fácilmente identificable con otra, la prontitud con la cual el mensaje era aceptado me parecía poco común. Era como si el terreno espiritual y emocional de esos tiempos fuera tal que con tan sólo un folleto que apareciera en el momento preciso y entre la gente adecuada, podría encender rápidamente la chispa de un movimiento entero. La señora Minnie Abrams, una de las mujeres de la Sociedad Misionera de la Iglesia en la India, escribió un libro pequeño acerca de sus experiencias allí y lo mandó a algunos amigos suyos de todo el mundo. Uno llegó a la rectoría de la Iglesia Metodista Episcopal de Valparaíso (Chile). El pastor W. C. Hoover lo leyó con mucho interés. Esta es su descripción de lo que ocurrió:

Durante el año siguiente después de haber recibido el libro, o quizá más, compartíamos con nuestra gente las extrañas buenas noticias. Entonces, nos propusimos de todo nuestro corazón tener un avivamiento. La primera noche . . . al invitar a la oración, ocurrió algo asombroso, toda la congregación, de unas 150 personas más o menos, prorrumpió en una oración en alta voz. Hubo manifestaciones sorprendentes y sueños en uno y otro, y . . . todo culminó en experiencias con un gran número de personas, tales como las que están descritas en Hechos Capítulo 2. Multitudes vinieron a ver . . . la asistencia creció enormemente. La noche del domingo, superó las 900 personas."[1]

Algunas veces el avivamiento se produjo en un lugar, simplemente como resultado de una historia de un diario acerca de algún avivamiento ocurrido en algún otro sitio. Así, el movimiento alcanzó el sur

de China. Los misioneros en las escuelas Wochow leyeron en el diario acerca de los extraños acontecimientos de la calle Azusa. Un sábado por la noche, poco después, en el medio de una tranquila reunión de oración, un miembro del cuerpo de profesores de Wochow empezó a hablar en un idioma que no entendía. Fue el comienzo del gran avivamiento chino.

Los hombres y mujeres que fueron pioneros del moderno movimiento Pentecostal eran en general gente sencilla, que no llamaba la atención. No había ningún Lutero entre ellos, ningún Knox o Calvino, ningún Fox, ningún Wesley, ningún individuo sobresaliente que atrajera adeptos a su mensaje por la mera fuerza de su personalidad. La gente que iba a la calle Azusa era, por lo general gente pobre y sin educación. Pero al volver a sus hogares, había algo en lo que decían que encendía el fuego. Muy pronto donde esta gente vivía, surgían pequeños grupos de Pentecostales. En Chicago, Winnipeg, Nueva York y Little Rock. Y en el extranjero en Londres y Sunderland, Amsterdam y Oslo, en Calcuta y Allagahad y Mukti porque a la calle Azusa había ido gente de todo el mundo.

En todas partes la historia era similar. La gente común volvía a su casa con un mensaje y descubría que era recibido instantáneamente. Parecía que afortunadamente no precisaba propaganda, porque ellos de vendedores no tenían nada. A menudo era como si sus oyentes hubieran estado esperando largo tiempo estas noticias; no bien había un destello de reconocimiento, el trabajo de persuasión estaba hecho.

Pero al lado de este fuego abrasador, de este esparcimiento aparentemente sin esfuerzo del mensaje Pentecostal, hubo una reacción opuesta, igualmente fuerte, igualmente instantánea; un enconado antagonismo hacia él.

Yo podía reconocer este sentimiento antagónico. Lo había sentido en una forma suave al día siguiente de nuestra visita a la Iglesia Rock, cuando de pronto

repelí todo aquello y no quise oír nada más acerca del asunto. Pero esta reacción de mi parte era un chaparrón de verano comparado con el huracán de oposición que trajeron los Pentecostales en algunos sitios.

El escenario fue un edificio de escuela de un solo salón en Camp Creek, en las montañas de Carolina del Norte. Había comenzado un avivamiento. La gente llegaba hasta desde 50 kilómetros, caminando o en carretas tiradas por bueyes. Durante el día se reunía en el jardín de la escuela. A la noche, lo hacían adentro bajo la luz de las lámparas. En las reuniones de cada día había sensación de expectativa creciente.

"En épocas de oración ferviente (escribe Carlos W. Conn en su interesante relato de este avivamiento),[2] uno o dos de los miembros llegaban a estar tan absorbidos con Aquel a quien oraban que se hallaban impulsados por el Espíritu Santo . . . y hablaban en lenguas desconocidas. Pero aquellos creyentes sencillos no lo podían entender porque ni aun los más viejos miembros recordaban que algo semejante hubiese ocurrido alguna vez. Una total ignorancia de la Historia de la Iglesia les impedía que supieran de manifestaciones similares a las de otros períodos de avivamiento. Pronto otros empezaron a tener experiencias semejantes y, sin tener en cuenta lugar, tiempo ni circunstancias particulares, una manifestación fue uniforme: ellos hablaban en lenguas, o idiomas desconocidos para aquellos que escuchaban con admiración y expectativa . . ."

"Las noticias de este derramamiento se esparcieron como reguero de pólvora en todas direcciones a punto tal que curiosos e incrédulos corrían juntos a presenciar esta rareza. En Condados distantes se dejó de arar al mediodía; la crema para hacer mantequilla fue dejada en las ollas, agriándose; se ordeñaron las vacas cuando el sol estaba alto; los bueyes fueron alimentados a la apurada, y las carretas eran dirigidas por caminos montañosos hacia Camp Creek."

Al principio las iglesias locales recibieron muy

bien el avivamiento. Los hombres volvían a sus propios pueblos y contaban acerca de vidas cambiadas y de una nueva relación con Cristo. Los dirigentes religiosos casi no podían creer lo que oían; y animaban a su gente a asistir.

Luego llegó la reacción. Vino inesperada y velozmente como el avivamiento original. De la noche a la mañana, los mismos líderes se mostraron hostiles. Los ancianos de una Iglesia Bautista impidieron a 33 miembros asistir a una conferencia. El cargo: habían hablado en lenguas. Un grupo de ministros fue a unos funcionarios de un Condado y los persuadieron de que retiraran el permiso para usar la escuela. Cuando estos creyentes fueron a reunirse una noche encontraron las puertas y las ventanas cerradas. Sin desanimarse, simplemente construyeron ellos mismos una pequeña iglesia de madera.

La oposición adoptó medidas más enérgicas. Algunos chacareros, una noche lluviosa, fueron a la misma iglesia y la incendiaron. La lluvia apagó el fuego, entonces noches después, demolieron la iglesia con dinamita. Los creyentes la reconstruyeron. Más tarde, una mañana —esta vez a pleno día— llegaron más de 100 hombres al edificio de la pequeña iglesia. Entre ellos había ministros ordenados, diáconos, ancianos, un juez de paz y un comisario. Mientras los miembros de la iglesia permanecían sin poder hacer nada, el grupo desarmó la iglesia madera por madera, las apiló al lado del camino y les prendió fuego. Al haber desarmado la iglesia antes, dijeron, no estaban quemando la propiedad sagrada, sino una pila de maderas.

Los creyentes no trataron de reconstruirla otra vez, sino que empezaron a reunirse en los hogares de cada uno. Entonces el comité de "vigilancia" usó tácticas más personales. Arrastraban de noche a los miembros de la nueva congregación de sus camas y los azotaban. Cada mañana los patios de las casas donde se habían llevado a cabo reuniones, aparecían llenos

de piedras y de vidrios rotos. Les disparaban con rifles a través de las ventanas. Los arroyos que les proporcionaban agua eran ensuciados, las casas quemadas hasta los cimientos. Estas notas de violencia continuaron durante varios años pero fueron finalmente aquietadas por la voz de una mujer.

Se llamaba Emilina Allen, y era la esposa de uno de los líderes del nuevo movimiento. Un día un grupo estaba en una reunión en casa de los hermanos Allen cuando 25 ó 30 hombres se agolparon en el patio, blandiendo garrotes, cuchillos y revólveres y demandando que se dispersara la congregación o quemaban la casa con ellos adentro.

"La intrépida esposa de Allen, Emilina, con dulce y desarmante autoridad (relata Conn), enfrentó a los hombres en el patio y los invitó a entrar, a lo que ellos se negaron murmurando y amenazando . . . Ella les dijo: "No hay ninguna razón para que se escondan detrás de máscaras ya que les conozco. Ustedes son nuestros vecinos así que no tienen por qué esconderse cuando visitan nuestro hogar. Ahora, sáquense ese disfraz y les prepararé una cena caliente. Pero nosotros no dejaremos de servir al Señor".

"Los hombres trataron, inútilmente, de reasumir su ferocidad anterior, pues habían sido desarmados por la actitud cristiana de esta mujer valiente. El grupo poco a poco se desintegró tratando de cubrir su confusión con violencias. No cumplieron sus amenazas ni molestaron a los creyentes nunca más."[3]

Casi todas las primeras reuniones Pentecostales enfrentaron persecuciones semejantes. W. C. Hoover las enfrentó en Chile. Algunos periodistas habían empezado a asistir a sus servicios en busca de historias sensacionales y Hoover se vio metido en el centro de una sensacional publicidad. Un diario lo acusó de acción criminal, diciendo que daba a beber un brebaje dañino llamado "la sangre del Cordero", que producía un letargo y que luego la gente caía al suelo".

Hoover se encontró pronto en dificultades con sus

superiores. Su obispo trató de darle vacaciones; Hoover se negó a salir. Al final, se le obligó a renunciar a la Iglesia Metodista y a dirigir su congregación en forma independiente.

Lo interesante es que la persecución, lejos de destruir al movimiento Pentecostal, solidificó grupos pequeños e inciertos y les dio una unidad que en otro momento quizá nunca hubieran alcanzado. El avivamiento del Camp Creek continuó hasta convertirse en la Iglesia de Dios, una de las denominaciones Pentecostales más grandes. El avivamiento en Chile finalmente se convirtió en la Iglesia Metodista Pentecostal que hoy tiene una membrecía de más de 600.000 personas.

Pero a pesar de su evidente inutilidad, la persecución a los Pentecostales continuó. Gente que buscaba asidero para no suavizar su antagonismo, lo halló generalmente en "las manifestaciones físicas de los

Pentecostales". El hablar en lenguas, gritar, llorar, rodar por el piso, a muchos les parecía una clase de emocionalismo que destruye la alabanza. Pero aunque estas cosas podían provocar aversión, no eran las más importantes causas del enojo que los Pentecostales provocaban tan a menudo. El doctor Van Dusen estaba quizá más cerca de la raíz del problema, cuando le preguntó al obispo anglicano de dónde venían los conversos Pentecostales. Muchos llegaban de las filas de los paganos. Pero muchos sin duda, procedían de las otras iglesias.

Los católicos romanos fueron especialmente afectados. Docenas de congregaciones Pentecostales de habla española surgieron en Nueva York. Entre los católicos circuló la historia lamentable de que los Pentecostales tenían una nueva traducción de la Biblia. En la Biblia Católica la orden de Jesús a Pedro era, "¡Alimenta a mis ovejas!" Pero la versión Pentecostal tendría, "¡Roba mis ovejas!" Y en el robo de ovejas ellos se habían convertido en maestros.

Las iglesias protestantes tampoco se vieron libres

de esto. Estadísticas del gobierno sobre el crecimiento comparativo de iglesias entre 1926 y 1936 mostraron que durante este período las iglesias tradicionales perdieron 2.000.000 de miembros, o sea el 8% del total. En el mismo período los Pentecostales mostraron el siguiente aumento:

Asambleas Pentecostales:	más de 264,7%.
Asambleas de Dios :	más de 208,7%.
Iglesia de Dios :	más de 92,8%.

La gente empezó a preguntar de dónde vendría toda esta naciente membresía y si tendría relación con los 2.000.000 que faltaban.

Se preguntaban *a dónde* iban sus adeptos, pero no el *porqué* se iban. ¿Qué era lo que los Pentecostales les decían y qué tenían que atraía tanto? Nadie se molestó en preguntarlo y cuando los Pentecostales dieron la información por propia voluntad lo hicieron
de tal modo que provocaron el antagonismo. Estalló
entonces una guerra de folletos entre Pentecostales y cualquier otra denominación que se atreviera a contestarles. Agresivos, evangélicos, con lealtad de mártires a sus creencias, los Pentecostales ganaron la reputación de estrechez mental: si usted no lo hace como yo entonces está completamente equivocado. Para ellos el más equivocado era el "liberal" que pasaba su tiempo construyendo hermosas iglesias y modernizando el evangelio.

Rápidamente, se levantaron muros divisorios entre Pentecostales y el resto de la criastandad. Las iglesias tradicionales calificaron a estos habladores en lenguas como devotos de una manía pasajera. Los Pentecostales a su vez calificaron a las iglesias tradicionales como de haber perdido contacto con el poder dinámico que fue la razón principal del nacimiento de la Iglesia.

Ocultos unos y otros detrás de sus paredes, los dos

bandos marcharon por caminos separados. No había ningún intento de parte de ninguno de los dos de buscar valores en el otro, ninguna noción siquiera de que tales valores existieran. Durante 50 años ello no estuvo en el panorama ni en el pensamiento de ninguno. Y entonces, abruptamente se registra un cambio.

CAPÍTULO VI

LAS PAREDES SE DERRUMBAN

—¿Cómo va el libro? —preguntó Tib. Ella estaba pasando los platos de los armarios de la cocina a los canastos para embalar que nos había provisto la empresa de mudanza.

—No sé . . . —. Miré hacia afuera por la ventana de la cocina la radiante tarde de junio—. Estoy harto de las riñas de iglesia. Los últimos tres libros que saqué de la biblioteca no hablan de otra cosa que de "lo errados que están todos los demás".

El hecho era que ahora que los jugadores eran ya muchos en el campo de golf que observaba desde mi ventana del altillo, todo el tema de religión y experiencia real con Dios y visiones místicas en el hospital, parecían absolutamente remotas. Había deseado, por un momento, que mis investigaciones de la historia Pentecostal produjeran también una respuesta personal. Respuesta a la aridez que sentía en la vida religiosa, y que ellos aparentemente no sentían.

Pero me estaba pareciendo que no había respuestas sino sólo problemas candentes, y el libro se estaba convirtiendo en un trabajo aburrido más que en una

aventura. Los pentecostales eran sólo seres humanos confundidos; y yo otro tanto.

Un vendedor de helados venía por la calle haciendo ruido y como por arte de magia aparecieron tres caritas por detrás del biombo. —Podemos —empezó Donn.

—No —dijo Tib desde adentro de un armario—. Vamos a tomar helado después de la cena. Las caras desaparecieron.

Ibamos a mudarnos para que todos los de la familia pudieran tener un dormitorio particular. Tib es también escritora y nuestras oficinas, juntas, ocupaban el altillo de la casa actual ya demasiado pequeña. Abajo había dos dormitorios. Scott y Don estaban en uno, Elizabeth y el lavarropas en el otro, y Tib y yo dormíamos en el sofá-cama en el living. Recientemente habíamos encontrado una casa más amplia y en dos días nos íbamos a mudar.

Y yo debía dar la noticia de que había invitado a cenar a una persona a fin de tener una entrevista que consideraba clave para el desarrollo del libro.

—Hablando de cena —empecé, pero Tib saliendo del armario aún pensando acerca de la investigación, dijo: —Creo que sé cuál es tu problema, me parece que has estado pasando demasiado tiempo en la biblioteca y no lo suficiente con personas.

El cielo mismo pareció darme la oportunidad buscada. —Tienes razón —dije sinceramente—. Estoy muy de acuerdo. En realidad, he invitado a alguien a pasar la noche con nosotros. El ruido de papeles cesó de repente.

—¿Has qué?

—Un predicador.

Los ojos de Tib se fijaron en la viruta de madera en el piso de la cocina y en las cajas amontonadas en la sala.

—Su nombre —continué rápidamente— es David du Plessis. Es sudafricano y actualmente es uno de los Pentecostales más importantes del mundo. Y sólo

va a estar en la ciudad esta noche y . . .

Ahora Tib me observaba como si estuviera tomando mis medidas para mi propio cajón.

—. . . Y le he reservado una habitación en Kittle House. Aproveché el suspiro de alivio que dio, para agregar: —El sabe que nos estamos mudando y dice que no le importaría comer frijoles fríos en el envase mismo.

—Esto es más o menos como va a ser —dijo Tib. Pero yo había dado la noticia con tanta habilidad, que ella al decir esto me sonrió, perdonándome.

Había oído muchas veces hablar de David du Plessis. Aparentemente, era uno de esos hombres introvertidos y defensivos como el que más, que en la mitad de su vida se convierte en una personalidad extrovertida y comunicativa, que habla amablemente y sin cansar a gente de otras tradiciones. —Está ocurriendo un cambio entre los Pentecostales —me dijeron—. Si usted quiere saber de qué se trata, realmente, debería verse con David du Plessis—. Cuando supe que él iba a estar en Nueva York lo invité, fuera o no semana de mudanza.

David du Plessis resultó ser el tipo de persona a quien uno llama "David" desde el primer momento. Se podía distinguir la chispa en sus ojos hasta cuando caminaba por la vereda de acceso a la casa. A los 10 minutos de haber entrado en nuestra casa, ya se había sacado el saco y nos ayudaba a envolver la vajilla.

—Ustedes tienen ahora a un experto ayudante —dijo en el suave acento sudafricano que a los norteamericanos suena como británico—. Mi esposa y yo nos hemos mudado tan a menudo que he llegado a envolver los platos como un especialista.

Así pasamos todo el resto de la tarde, empaquetando y hablando. Tib tenía razón: yo no había pasado suficiente tiempo con gente. De David du Plessis obtuve la visión de un mundo Pentecostal muy distinto del antiguo sobre el cual había estado leyendo. El cambio había ocurrido en una generación, y la

historia personal de David era un ejemplo.

David du Plessis había tomado parte en el movimiento Pentecostal casi desde el principio. En 1908 —sólo dos años después de la calle Azusa— dos norteamericanos que habían presenciado ese avivamiento llegaron a Johannesburg, alquilaron el edificio abandonado de la Iglesia Presbiteriana, y empezaron a predicar. Su mensaje del Bautismo del Espíritu Santo con el hablar en lenguas era nuevo en Sud Africa y desde el principio grandes multitudes se juntaron a escuchar.

El padre de David era una de las personas que entraron a la iglesia por curiosidad. David tenía sólo 9 años en aquel entonces, pero aún puede recordar el efecto de esa predicación en su padre. "Procedía inspirado de ardoroso entusiasmo", recuerda David. "Quería dejar sus negocios enseguida y hacer algo para el Señor". Era carpintero y casi antes de que la familia se diera cuenta ya estaban en plena selva africana, donde su padre construyó estaciones misioneras para Pentecostales que llevaban el mensaje a territorios nativos.

La familia de David —y más tarde él mismo— entraron al movimiento Pentecostal cuando más eran pasados por alto por las iglesias tradicionales. David creció en una atmósfera cargada de resentimientos y antipatía. Cuando siendo ya un joven decidió entrar al ministerio Pentecostal sabía quienes eran los enemigos: el pecado, el diablo, y los religiosos liberales.

David ascendió paulatinamente en el movimiento Pentecostal. Durante 20 años después de su ordenación se quedó en Africa, predicando en su iglesia, trabajando como editor de un diario Pentecostal, y actuando luego como secretario ejecutivo en las Asociaciones Pentecostales en Sud Africa. Con el tiempo llegaron oportunidades para trabajar en el movimiento Pentecostal internacional y se encontró en Ginebra, París, Londres, Estocolmo. Para 1949 era

secretario general de la Conferencia Mundial de Asociaciones Pentecostales. Y en cada trabajo, tanto él como otros contribuyeron a poner nuevos bloques en el muro del desentendimiento, separando a los Pentecostales de las iglesias tradicionales.

Luego tuvo un accidente automovilístico. Tal accidente tuvo un efecto profundo en él, en su ministerio, y finalmente en todo el movimiento Pentecostal.

Cuando ocurrió el accidente, David estaba en los Estados Unidos, haciendo arreglos para la Segunda Conferencia Mundial Pentecostal que iba a ser llevada a cabo en París el verano de 1949. David, como secretario ejecutivo, tenía la responsabilidad de planear la conferencia desde su concepto más general hasta el detalle más ínfimo.

—No lo estaba haciendo bien —recuerda—. Me impacientaba cuando las ideas de otro diferían de las mías. Tenía tendencia a mirar las cosas con criterios extremos, y a pensar en la gente como villanos o héroes. Había llegado a mis convicciones por el camino difícil —a través de la experiencia— y rehusaba escuchar las opiniones de cualquier otro que apuntaran en una dirección diferente. En resumen, estaba repitiendo en pequeña escala el mismo modelo que todo el movimiento Pentecostal estaba haciendo en gran escala. Entonces, en un instante todo eso cambió.

Era de noche, tarde, y David se trasladaba apresurado de un compromiso a otro, en una región montañosa de Tennessee. Un amigo, Paul Walker, se había ofrecido para llevarlo en su auto a fin de ahorrar tiempo. La noche estaba oscura y lluviosa; la niebla impedía ver el camino. La conversación había casi cesado a causa de lo tarde que era y de lo difícil del manejo. De repente Walker miró atentamente a través del parabrisas cubierto de agua. David recuerda haberle oído decir: "Tendría que haber un puente blanco . . . " pero nunca terminó su frase. De entre la niebla, de repente, surgió la figura de una locomotora, parada sin luces a través de la ruta.

Walker trató de frenar el coche, pero el camino estaba resbaloso y el auto chocó contra el tren.

Paul Walker apenas se lastimó. Pero la cabeza de David atravesó el parabrisas. Fue tirado hacia atrás a través del vidrio, cortándose al ir y venir. Su pierna izquierda estaba rota arriba de la rodilla. Su espalda torcida, su hombro herido.

Doce horas después, David recobró el conocimiento. Su pierna estaba en el tensor. Su cara —con 37 puntadas— tenía un vendaje tan apretado que no podía ver. Pero, algo muy extraño estaba ocurriendo.

—Cuando recobré el conocimiento —recuerda David— me sentía como si me estuviera despertando de un buen sueño. El doctor me preguntó:

—¿Cómo se siente, pastor?

—Muy bien —le dije—.

El doctor se rió, pero yo lo decía en serio. Después de estar una semana en el hospital otros médicos fueron a hacerle preguntas. Estaban intrigados. David no tenía nada de fiebre. Comía normalmente. Dormía normalmente, sin drogas. —Usted debiera estar teniendo alguna reacción —dijo uno de los doctores—. Al menos un poco de fiebre. Usted está terriblemente enfermo.

—Oh no, doctor —contestó David—, está equivocado. No estoy enfermo. Solamente tengo huesos rotos.

Aunque por razones diferentes, David estaba también asombrado por su condición al igual que los médicos. Empezó a preguntarse si no había algún propósito oculto de Dios detrás del accidente. Los daños habían sido particularmente inofensivos. Paul Walker no se había lastimado seriamente; el automóvil fue adecuadamente arreglado por el seguro; inclusive el ferrocarril se hacía cargo de la cuenta del hospital. Y no sentía ni el más mínimo dolor.

—El único efecto real del accidente —dice David— fue apaciguar mi empecinamiento ante la próxima

conferencia de París. De repente tuve que dejar algunos de los arreglos para que los hicieran otros. Tuve que pedir ayuda de otra gente, y de Dios.

Durante las semanas siguientes, acostado en su cama en el hospital, David escribió literalmente miles de cartas a través de un dictáfono. Sin quererlo, él notó un cambio sutil en el tono de sus cartas; de uno que sostenía firmemente una posición, a alguien que estaba "escuchando", por así decirlo, la voz de Dios, aunque ello significara prestar atención a hombres que estaban en contra de él.

—La Conferencia, fue un éxito, supongo —dice David—. Pero no creo que ese haya sido el resultado principal del accidente. Descubrí que yo había pasado por un proceso suavizante. Simplemente, no era la misma persona. Ahora era paciente, más bondadoso, más suave para hablar, mientras que en la Primera Conferencia Mundial había procedido con apresuramiento, con determinación, había hablado fuerte.

El accidente parecía haberme modelado para ser el hombre que Dios necesitaba para una situación especial.

David pensó, al principio, que la situación especial había sido la Conferencia. Y la Conferencia tuvo, en realidad, un espíritu distinto. Pero fue lo que ocurrió después lo que más le intrigó. Al pasar los años empezó a pensar más y más a menudo acerca de un grupo de gente que él una vez había desechado: los religiosos liberales, quienes, a su criterio, estaban desvirtuando el Evangelio. ¿Por qué debían ellos estar en su pensamiento? Seguro que Dios no quería que se viera envuelto con los liberales. "Nunca pasaré más allá de sus secretarias", se dijo para sus adentros. "Sólo obtendré indiferencia, y no quiero vivir entre la indiferencia".

David tiene la costumbre de orar en voz alta. Las más de las veces lo hace en una especie de diálogo con Dios en el que le llega, como una voz interior, la orientación necesaria. David ha aprendido con los

años a prestar mucha atención a esta voz. En ese momento le llegó claramente, usando las palabras de un viejo himno, que en el original dice: "Confía, y obedece". Esas parecían ser las órdenes.

Lo extraño era que aquel "confía" parecía relacionado de alguna forma, con aquellos muros que él y sus compañeros Pentecostales habían construido en un esfuerzo para defender la integridad del Evangelio. "Confía en mí", parecía estar diciéndole el Señor. "Deja caer los muros. Extiende tu mano de amistad a cualquiera que la quiera tomar." La impresión era tan clara que no podía ignorarla. Por lo menos haría el experimento. Iba a intentarlo yendo a la sede misma de los más liberales, los más intelectuales, los más ecuménicos de los modernistas. Para David este grupo no era difícil de nombrar: sería el Concilio Mundial de Iglesias.

"Está bien, Señor, si tú lo dices", dijo David, levantando el teléfono para hablar a su agente de viajes a fin de solicitar un pasaje a Nueva York. El estaba en Dallas; la sede del Concilio Mundial estaba en Nueva York. "Iré al Concilio Mundial el próximo lunes a la mañana y veremos qué pasa".

¡Inmediatamente la voz interior habló! "No, no vayas el lunes. Pide reservaciones para el jueves a fin de que puedas estar en las oficinas del Concilio Mundial el viernes".

David pensó un poco, luego dejó el teléfono. "Un momento, aquí hay algo extraño". Lo pensó un poco más.

"¿Por qué debo ir allí en el fin de semana y no el lunes cuando todos están descansados?"

"El lunes no habrá nadie en la oficina".

David estaba todavía confundido, pero fue y reservó un vuelo para el jueves por la noche. El viernes a la mañana entró en las oficinas del Concilio Mundial en Nueva York. No había arreglado ninguna entrevista. Casi no conocía el nombre de ninguno de

los hombres de allí. No sabía qué debía decir si los encontraba.

Pero entró. La joven recepcionista levantó la vista. David explicó quién era él y luego dijo: —Está, este . . . el doctor Carpenter desocupado? —se aventuró a preguntar, mencionando uno de los pocos nombres que conocía.

—No, lo siento, no está.

—Bueno, entonces — dijo David— ¿el doctor Barnes?

—Lo siento.

—¿Hay alguien en la oficina a quien yo pudiera ver?

—No señor, nadie.

Bueno, allí estaba. Era la indiferencia que había esperado. ¿Qué le había hecho pensar que podía ser diferente? La palabra "Pentecostal" había sido recibida siempre con un portazo en algunos círculos, por

sobre todo . . .

—Están todos en conferencia en este momento —continuó la recepcionista—. Pero habrán terminado dentro de muy poco, y luego creo que podrá ver a quien quiera.

Dio una mirada al calendario de su escritorio y se rió. El personal administrativo ha estado ausente de sus oficinas toda la semana. He tenido que postergar gran cantidad de entrevistas. Pero hoy han venido todos porque tienen junta. Es una suerte para usted.

David se sentó, sintiéndose un poquito mejor acerca de su guía. Pudo ver a varios del Concilio Mundial ese viernes, y no sólo escucharon sino que con mucha atención, tomaron notas mientras él hablaba, y leían las notas a otros, por teléfono.

Era el comienzo. Posteriormente el proceso moderador del accidente empujó a David a través de muchas puertas nuevas y extrañas. Se encontró siendo presentado a los hombres que justamente él había tratado de evitar durante toda su vida. Un teólogo

llamaba a otro para presentárselo. Fue llevado del colegio a la Universidad y de la Universidad al Seminario.

—¿Cuáles? —pregunté.

—Bueno, vamos a ver.

Sacó de su bolsillo una libreta de anotaciones muy usada. —Aquí había algunas citas del otoño pasado. El 27 de octubre estuve en el seminario Congregacional en Myerstown, Pennsylvania. Al día siguiente, octubre 28, fui invitado a hablar en la Escuela de Divinidad de la Universidad de Yale. Y en octubre 30 y 31 estuve con profesores de Harvard, Yale, Union Drew y Chicago en un retiro especial en Greenwich, Connecticut. Luego en noviembre 2, estuve en el Seminario de Princeton. El 5 de noviembre fui al Seminario de la Unión en Nueva York . . ."

David guardó la libreta en el bolsillo. —¿Sabe? —dijo— algo muy extraño estaba ocurriendo. Yo realmente disfrutaba al reunirme con estos profeso-
res, eruditos, líderes y religiosos. Yo, que ni siquiera he terminado mi segundo año en la Universidad. Pensé que el estar con gente así me haría sentir cohibido y asustado de mi propia ignorancia. Pero para mi sorpresa, me sentí completamente tranquilo. Nunca escribí mis mensajes. Ni siquiera usaba notas. Simplemente me entregué al Espíritu creyendo que él podría usarme si quería. Y lo interesante es que Dios me dio facultad de expresarme, superior a la que generalmente poseo.

En la Seabury House, la sede central de la iglesia Episcopal, le hicieron una pregunta delicada —la que precisamente había despertado más mala voluntad hacia los Pentecostales que ninguna otra. Había estado hablando a un grupo de ministros durante 30 minutos, más o menos, acerca de la experiencia Pentecostal cuando uno de ellos se paró de repente y dijo con cierta aspereza:

—Señor du Plessis, usted está queriendo decir que ustedes los Pentecostales tienen la verdad y nosotros,

de las otras iglesias, ¿no?

David admite haber orado intensamente. —No —contestó—. Eso no es lo que yo quiero decir.

Buscó una forma de expresar la diferencia que los Pentecostales sienten que existe entre su iglesia y otras —sentimiento tan a menudo mal entendido— y súbitamente se encontró pensando en un artefacto doméstico que él y su esposa habían comprado al mudarse a Dallas.

—Los dos tenemos la verdad —continuó—. ¡Mire, cuando mi esposa y yo nos trasladamos a los Estados Unidos compramos un artefacto maravilloso llamado congeladora, y allí guardamos algunos bifes tejanos bastante buenos! Ahora bien, mi esposa puede sacar uno de esos bifes, sólidamente congelado, y ponerlo sobre la mesa. Ese bife, muy bien, no hay duda de ello. Usted y yo nos podemos sentar al lado y analizarlo: podemos discutir su linaje, su calidad, de qué parte fue cortado. Lo podemos pesar y hacer una lista de sus valores nutritivos. Pero si mi esposa pone ese bife sobre el fuego, algo diferente empieza a ocurrir. Mi hijo pequeño siente el aroma desde el patio y viene gritando:

—¡Eh, mami, qué rico olor tiene eso! Dame un pedazo.

—Señores —dijo David—, esa es la diferencia de nuestra forma de tomar la misma verdad. Ustedes tienen la suya en el hielo; nosotros tenemos la nuestra en el fuego.

David estuvo con nosotros 24 horas y dejó seis meses de trabajo detrás de sí. Yo había llenado hoja tras hoja de una libreta, con nombres y direcciones de gente que no era de las iglesias Pentecostales, sino de otras denominaciones —metodistas, bautistas, luteranas, presbiterianas— que habían recibido el Bautismo.

Me daba cuenta que sería un trabajo enorme relacionarme con toda esa gente. Sólo el escribir a cada

uno me tomó tres semanas. Luego, con las respuestas llegó el trabajo de arreglar entrevistas. Con algunos, tuve que viajar para verlos; otros planeaban estar en Nueva York durante ese año. A otros los entrevisté por teléfono, hubo a quienes les conocí por correspondencia. Y con unos pocos experimenté una nueva técnica: una conversación grabada donde yo explicaba la naturaleza del libro y hacía preguntas de un lado de la grabación y ellos me contestaban del otro.

Dos de las personas que conocí por teléfono eran Carlos y Elena Maurice, de Richmond (Virginia). Ni bien recibió mi carta, Carlos me llamó de larga distancia y, mientras yo me culpaba preguntándome cuánto le estaría costando, contestó toda la lista de preguntas que le había formulado en la carta. Era gente a quien deseábamos conocer, quizá porque eran una familia sencilla con problemas muy parecidos a los nuestros y que asimismo sentía mucho entusiasmo por el Bautismo en el Espíritu Santo.

—Ellos tienen cizaña en el césped —le dije a Tib.

Carlos, o su esposa, llamaban frecuentemente después de eso, sin importarles las cuentas del teléfono de fin de mes, sólo para averiguar cómo iba el libro o para ofrecerme más direcciones de gente que hablaba en lenguas, cuyos nombres ellos creían que yo no tenía.

Carlos me dijo que tenía un bufete de abogado en Richmond, y era Procurador Asistente de Distrito de la ciudad. El y Elena estaban tan llenos de buen humor y de alegría de vivir que empecé a desear tratarlos personalmente; y se lo dije.

Carlos pensó un momento. —¿Oyó usted alguna vez algo acerca de la Fraternidad Internacional Cristiana de Hombres de Negocios del Evangelio Completo? —dijo él.

—Repítalo, más despacio.

—La F.I.H.N.E.C., abreviado. Es un grupo de gente de negocio y profesionales de todas las denominaciones que han recibido o están buscando el

Bautismo en el Espíritu Santo y se reúnen varias veces al año para compartir sus experiencias.

La F.I.H.N.E.C. iba a tener su reunión anual en Atlantic City a fines de noviembre, me dijo Carlos, y Elena y él iban a ir. Si Tib y yo podíamos ir, sería una oportunidad para encontrarnos.

—Es algo fuerte, muy animado —me previno—. Pero si viene sin prejuicios nunca volverá a ser el mismo.

—Seguro —dije, sin sospechar siquiera a qué estaba dando mi consentimiento—. Anótenos y nos veremos allí.

Así casualmente fue arreglada la cita: 30 de noviembre, 1960.

Lo que hacía difícil esta investigación sobre las lenguas entre miembros de las iglesias convencionales, era el elemento de secreto que lo rodeaba. Había excepciones, como los Maurice, pero la mayoría de los no-Pentecostales que hablaban en lenguas guardaban el hecho como una fórmula atómica. Una respuesta típica a mis cartas al principio de 1960 era ésta de un ministro de una pequeña ciudad en el Medio Oeste:

"Sería un placer para mí compartir mis experiencias si ello pudiera contribuir en algo al adelanto del Reino bajo la dirección del Espíritu Santo. Por ahora no obstante, ya que hay sólo una familia creyente con la cual comparto lo concerniente al Espíritu Santo y sus manifestaciones, debo pedirle que mi nombre no sea usado".

Muchas veces durante los primeros meses de aquel año, terminaba una entrevista con un presbiteriano, bautista o metodista que había recibido el Bautismo, sólo para oírle decir: —Ahora bien, usted comprende que lo que le acabo de decir es confidencial . . .

Aquí y allá aparecía un artículo sobre el tema, pero nunca muy personal, nunca dando nombres. El periódico episcopal, *The Living Church,* por ejemplo, publicó un editorial que decía en una de sus partes:

"El hablar en lenguas ha dejado de ser un fenómeno de alguna secta extraña alejada de nosotros. Está en nuestro medio, y está siendo practicado por pastores y laicos que son conocidos por su madurez y buena reputación en la Iglesia. Su introducción amplia en nuestro medio chocaría contra nuestro sentido estético y algunos de nuestros preconceptos más poderosamente arraigados. Pero sabemos que somos miembros de una Iglesia que definitivamente necesita choque — si Dios ha elegido este tiempo para poner dinamita a lo que el Obispo Sterling de Montana llamó "respetabilismo Episcopal" no conocemos explosivo más terriblemente eficaz."[1]

Y luego, aquel explosivo estalló. Un hecho ocurrió que repentinamente lanzó las lenguas al primer plano, y rompió el velo de secreto. Ocurrió en una Iglesia Episcopal muy grande en Van Nuys (California).

El pastor Dennis Bennet era un hombre de éxito. Nacido en Londres, educado en la Universidad de Chicago y en el Seminario Teológico de esa ciudad, se dedicó a levantar la Iglesia Episcopal San Marcos en Van Nuys en 1953. Bajo su dirección se registró un notable crecimiento hasta que llegó a tener 2.600 miembros y cuatro ministros.

Pero el Rdo. Bennett sentía que algo faltaba en su propia vida religiosa. A los 11 años tuvo una experiencia de conversión que le había dejado un recuerdo de calor y amor que casi nunca pudo sentir en otra ocasión posterior.

Fue entonces que, un día a principio de 1960, el Rdo. Bennett recibió una llamada de un pastor amigo, el cual había notado que algo misterioso ocurría en su iglesia. Dos de sus feligreses estaban mostrando un cambio sorprendente. El siempre los había considerado como creyentes sólo de nombre; pero súbitamente habían empezado a asistir a todos los cultos que podían, a ofrecerse para trabajar, traían amigos a la iglesia con ellos, triplicaron sus ofrendas. Investigando, aquel pastor supo que la pareja había recibido lo que ellos llamaban el "Bautismo en el Espíri-

tu Santo", y que junto con este Bautismo les había sido dado el don de hablar en lenguas que no entendían. Varias personas en la iglesia habían tenido la experiencia, y todos estaban mostrando esta nueva vida y renovado entusiasmo.

El Dr. Bennett fue invitado a ir y ver por sí mismo. Asistió a una reunión de oración de fieles llenos del Espíritu y quedó tan impresionado que pidió oraciones para que él también pudiera recibir el Bautismo.

—Sólo hay una cosa —dijo el Rdo. Bennett—. Me gustaría el Bautismo sin las lenguas.

—Lo lamentamos, pastor —le dijeron—. Pero las lenguas son parte integral del Bautismo. Por lo menos, en la Biblia, eso es lo normal.

Oraron por el pastor Bennett, él recibió el Bautismo acompañado de las lenguas, y desde entonces todo ha cambiado en su vida.

Como los miembros de su propia iglesia le preguntaran acerca de ese cambio que notaban en él, les contó lo que había ocurrido. En unas pocas semanas unos 70 miembros de su Iglesia pidieron y recibieron el Bautismo. Eran líderes de la congregación, uno de los capilleros, el presidente de la sociedad femenil, un diácono y todos éstos, que habían sido Bautizados, estaban muy entusiasmados con la experiencia.

Otros no obstante, sentían algo distinto. De los cuatro sobreveedores de la iglesia dos habían recibido el Baustimo y dos no. Los dos que no lo habían recibido estaban realmente en contra de la idea y pronto tuvieron muchos seguidores. Un cisma de proporciones amenazaba a la iglesia, y el pastor Bennett se dio cuenta de que tenía que hacer algo. El 3 de abril de 1960, dio un mensaje acerca de su experiencia para que no hubiera nadie en la congregación que no estuviera al tanto; contó toda la historia, incluyendo el hecho de que había hablado en un lenguaje que no podía entender. Esto fue demasiado para muchos. Uno de los pastores asociados, en medio de la reunión se quitó las vestiduras sacerdotales y anunció que

bajo tales circunstancias, él no tenía otra alternativa más que renunciar. Después del culto el tesorero de la iglesia sugirió a Bennett que sería más apropiado que él presentara su renuncia. Y así lo hizo.

Los diarios publicaron la historia al día siguiente. Los servicios noticiosos la esparcieron. En una noche la historia era conocida en toda la ciudad: el hablar en lenguas había aparecido en una iglesia decente, común, y había causado oposición, división y desacuerdos. *Time* publicó la historia. *Newsweek* también.

Mi primera reacción fue pensar que esto confirmaba, en 1960, lo que la historia de los Pentecostales ya me había hecho sospechar. Las lenguas hacían pelear a la gente. El obispo Francis Eric Bloy de Los Angeles emitió una pastoral en el sentido de prohibir el hablar en lenguas con el auspicio de la Iglesia. El Rdo. Bennett fue mandado a Seattle donde se hizo cargo de una pequeña iglesia misionera. Me parecía un esfuerzo bastante claro para sacar un obstáculo del camino. Le escribí al Pastor Bennett a su nueva dirección; le conté del libro que estaba escribiendo, y le pedí su versión de lo que estaba ocurriendo en Van Nuys.

Me llegó la respuesta, escrita sin ayuda de secretaria. "Por favor perdone los errores de dactilografía", empezó, "estoy haciendo esto yo mismo, y soy un dactilógrafo muy pobre y lleno de errores". Escudriñé la carta rápidamente, esperando encontrar en ella la clave de una personalidad que había causado oposición, división y desacuerdos en Van Nuys. No encontré nada. Bennett sólo se refirió, de pasada, a Van Nuys: toda su atención estaba en el trabajo a realizar en Seattle.

"La respuesta de la Iglesia Episcopal en esta zona con relación a mi testimonio sobre el Espíritu Santo y las lenguas ha sido tremenda, y he estado ocupado día y noche. No ha sido menos tremenda la resurrección de la pequeña Iglesia San Lucas que tomé en julio pasado. Cincuenta tienen ya el Bautismo en esta

pequeña Misión. Unos 14 ministros de esta diócesis ya han recibido el don de lenguas. ¡Gloria, pues, al Señor!

En ningún lugar —ni una sola vez— en toda la correspondencia que mantuvimos, el Rdo. Bennett se quejó de algún maltrato recibido, ni criticó a la gente que no estaba de acuerdo con él. Mucho después lo encontré en Nueva York, y comprobé todo esto personalmente. Era callado y compuesto a pesar de evidenciar una inmensa energía. Estaba tan lleno de la significación del "aquí y ahora" que no tenía tiempo para pensar en los hechos de ayer. En su única referencia a lo pasado, una vez dijo: "He tratado por supuesto, de imaginarme por qué nosotros en Van Nuys fuimos señalados para recibir toda esta publicidad sensacionalista cuando centenares de otras iglesias en todo el país están teniendo el Bautismo, el cual aparece en su medio sin ningún problema."

"A la única conclusión que llegué es que Dios quería que algunos hablaran de su experiencia con el Espíritu Santo. Todos habíamos permanecido bastante callados ante de Van Nuys. Ahora, según creo, la gente empezará a compartir sus experiencias."

Era verdad. De repente casi no daba abasto con la inundación de correspondencia de gente que deseaba contarme sus experiencias y firmarlas. Escribían de todas partes. Todo el cuerpo de ministros de una iglesia Presbiteriana reservada del suburbio de Nueva Jersey recibió el Bautismo. El 85% de la membrecía de una Iglesia Bautista en el mismo Estado recibió el Bautismo. En Wheaton (Illinois), miembros de la Iglesia Episcopal Trinidad recibieron el Bautismo.

Estudiantes en Princeton, Yale, Harvard, U.C. L.A., Stanford, Wheaton, empezaron a hacer reuniones de oración donde el Bautismo era buscado y recibido. En Yale, por ejemplo, 20 hombres incluyendo un miembro del profesorado, cinco diáconos de la Capilla de La Universidad, un estudiante graduado

Phi Beta Kappa, otro que había recibido su título con la más alta distinción, recibieron el Bautismo y empezaron a practicar la oración en plenitud del Espíritu.

Mi investigación había indicado que en los primeros tiempos el movimiento Pentecostal tendía especialmente hacia la gente poco o nada educada. Ahora, echando un vistazo a mi ficha de correspondencia noté esta interesante lista de ocupaciones:

Matemático
Psiquiatra
Médico
Jefe de Policía
Dentista
Corredor de bienes raíces
Ama de casa
Ministro evangélico
Tambero
Fabricante de herramientas
Vendedor
Matricero
Agente del F.B.I.
Enfermera diplomada
Propietario de agencia de automóviles

Psicólogo
Fotógrafo de Hollywood
Artista
Esposa de fabricante de aviones
Ingeniero de I.C.B.M.
Mozo de estación
Procurador
Funcionario del Departamento de Estado
Rabino judío
Dueño de restaurante
Agrónomo
Biólogo
Profesor
Director de colegio

Un creciente número de líderes de iglesias estaban dando cada vez más informes del movimiento Pentecostal dentro de sus propias denominaciones:

El Rdo. Samuel M. Shoemaker: "No importa qué quiera decir el antiguo y a la vez nuevo fenómeno de "hablar en lenguas", es sorprendente que irrumpa, no sólo en grupos Pentecostales, sino entre Episcopales, Luteranos, y Presbiterianos. No he tenido esta experiencia. Conozco gente que la ha tenido, y ello los ha bendecido y dado un poder que antes no tenían. No pretendo entender este fenómeno. Pero estoy bastante seguro de que indica la presencia del Espíritu Santo en una vida, como el humo de una chimenea

indica el fuego debajo. Lo que sí sé, es que Dios está tratando de entrar en la Iglesia, que es con frecuencia formalista, ceremoniosa, egoísta, con un poder que la hará radiante, animosa y abnegada. Debemos tratar de entender y ser reverentes hacia este fenómeno, antes que pasarlo por alto o menospreciarlo."[2]

El doctor James I. McCord, presidente del Seminario Teológico de Princeton: "Nuestra época se debe convertir en la Edad del Espíritu de Dios activo en el mundo, sacudiendo y destrozando todos nuestros moldes y estructuras, brindando respuestas acordes con el Evangelio y las necesidades del mundo."[3]

El doctor Ernest Wright de Harvard: "... la consumación del Reino de Dios debe ser señalada por un gran avivamiento de las manifestaciones carismáticas. Tanto los líderes como el pueblo serán llenos del Espíritu y fortalecidos por el Espíritu en una escala hasta ahora desconocida."[4]

Billy Graham: "En las denominaciones principales hemos mirado un poco de soslayo a nuestros hermanos de las iglesias Pentecostales a causa de su énfasis en la doctrina del Espíritu Santo, pero yo creo que ha llegado el momento de darle al Espíritu Santo su lugar adecuado en nuestras iglesias. Necesitamos aprender una vez más lo que significa ser Bautizado con el Espíritu Santo."[5]

En Europa, la Iglesia de Inglaterra también estaba informada:

El obispo Leslie Newbigin en su libro La Casa de Dios, hacía una lista de tres fuentes principales de vida dentro de la Iglesia Cristiana. La primera es católica. La segunda es protestante. Y la tercera es Pentecostal.

El doctor Philip Edgecumbe Hughes, editor de la publicación teológica Anglicana *The Churchman,* visitó California donde había oído que algunos episcopales estaban hablando en lenguas. Antes de partir

de Inglaterra, él había atribuido esto a "un encandilamiento, bajo el caluroso sol californiano, con las extravagancias del Pentecostalismo" pero salió con la opinión contraria. "El hálito del Dios viviente", escribió, "está soplando entre los huesos secos de las denominaciones mayores, respetables, antiguas y particularmente en la Iglesia Episcopal."[6]

Con la elección de Juan XXIII un énfasis nuevo en el Pentecostés se empezó a evidenciar dentro de la Iglesia Católica Romana. El Papa a menudo se refería al Concilio Vaticano como un Nuevo Pentecostés. Y con ese término quería decir un Pentecostés con las mismas manifestaciones carismáticas del Espíritu tan desplegadas en las Iglesias Pentecostales, incluyendo el hablar en lenguas. El Mensajero Católico, discutiendo las noticias que salían del Concilio, definió esta palabra "carisma" que estaba apareciendo con tanta frecuencia en los círculos Católicos:

"Parece que tendremos que agregar "carisma" a nuestro vocabulario, porque las noticias actuales procedentes de Roma consideran el tema como uno de los más importantes del concilio.

Viene de una palabra griega, continúa el artículo, que significa literalmente un don de amor. Usada por teólogos, describe un talento especial derramado libremente por el Espíritu sobre un individuo para beneficio de otros, más que para su propio provecho ... Con este tono el Cardenal Suenens de Bélgica dijo que debemos reconocer hoy la existencia de carismas para tener un concepto adecuado de la Iglesia, no viéndolos como una añadidura accidental, sino como parte de su naturaleza."[7]

El Padre Daniel J. O'Hanlon, profesor de teología en el Colegio Alma, Los Gatos, California, escribió un artículo para América, semanario católico nacional, en el que decía:

"Pocos son los católicos que miran a los Pentecostales con algo más que diversión, si es que se dan cuenta de su existencia. Inclusive la mayoría de los Protestantes guardan su distancia de estos cristianos

no convencionales y les cuesta decir algo bueno de ellos. No obstante, el crecimiento rápido del movimiento Pentecostal en todo el mundo y la apelación extraordinaria que tiene para la clase de gente a quienes nuestro Señor se dirigió especialmente, los pobres y desposeídos, nos debería mover a abandonar nuestros prejuicios y a observarlos más atentamente.

"¿Cómo conseguirán los católicos este observar atentamente?"

El Padre O'Hanlon hace una sugerencia poco usual en su iglesia.

"La mejor, si no la única forma de llegar a saber cómo son los Pentecostales, es visitar sus cultos, aunque esto para muchos católicos es cruzar y visitar un mundo nuevo y extraño. Aquellos que los llegan a conocer, al principio encontrarán mucho que admirar y posiblemente hasta algo que imitar."[8]

A mi escritorio siguen lloviendo informes. Recibo la noticia de que un obispo Episcopal, el Rdo. Chandler W. Sterling, ha recibido el Bautismo. Estudiantes en la Universidad Estatal de Oregón están haciendo reuniones de oración llenas del Espíritu. También miembros de la Parroquia de los Holy Innocents, Corte Madera, California. Iván S. Gamble, pastor de la Primera Iglesia Presbiteriana de Prince Rupert, B.C., Canada, dijo a su congregación que él ha recibido el Espíritu Santo, y que su vida ha sido transformada. David du Plessis acepta una invitación a predicar desde el púlpito de la Catedral Episcopal en Detroit.

El doctor John Peters, ministro Metodista y presidente de World Neighbors, recibe el Bautismo cuando un pastor Bautista ora por él. Todos los sábados un grupo de oración lleno del Espíritu se reúne en una habitación en el Hotel Benjamín Franklin en Filadelfia. La experiencia Pentecostal viene a la Iglesia Luterana de Zión, Glendive, Montana y a la Iglesia Luterana Trinidad, San Pedro, California. El editor de la publicación Frontier de la Convención Bautista Americana, es lleno del Espíritu, y las publicaciones oficiales de las Iglesias Luterana y Metodista, respectivamente, publican noticias del movimiento Pentecostal, dentro de sus denominaciones. Los artículos son cautelosos pero no hostiles. La experiencia la recibe la Iglesia Metodista Casa Linda, en la gran ciudad de Dallas (Texas), y la Iglesia Episcopal del Advenimiento, en Alice, Texas. Viene a los presbiterianos de las ciudades en las regiones de carbón, como Alpine (Tennessee). Y en el centro de la ciudad, como la iglesia presbiteriana de Hillside de Jamaica, Long Island, Nueva York.

Y así continúa. La marea crece. Después de unos 65 años, la revolución pentecostal está a las puertas.

CAPÍTULO VII

UNA VISITA DE LYDIA

Pero si vivíamos en una revolución, era difícil descubrir en qué nos afectaba en nuestra conducta diaria. Nuestro nuevo prado era todo malezas. Fui a las ventas de fin de estación y me fijé en el precio de las cortadoras de césped. —Tib sacó la ropa de invierno de los chicos y atravesó el drama anual de descubrir que nada les iba bien.

Vino una carta de los Hombres de Negocios del Pleno Evangelio. Habían sido hechas dos reservaciones a nuestro nombre para la convención que celebrarían dentro de dos meses; si por favor podíamos mandar nuestro cheque. Carlos Maurice no se había olvidado. Su entusiasmo, cuando nos llamó telefónicamente de larga distancia en la primavera, había

hecho parecer interesante la Convención; pero ahora lo veía como algo soberanamente aburrido, y estaba arrepentido de haberme metido en eso. Puse mi carta en la carpeta "Asuntos pendientes" junto con una propaganda para una suscripción a precio reducido de una revista en la que tampoco estaba muy interesado. Ambas eran sugestiones que podía seguir algún día.

Por aquel entonces, tomaba el tren a la ciudad casi todos los días. Había decidido, pues, conseguir unas grabaciones de gente hablando en lenguas, con la idea de pasarlas ante algunos expertos en idiomas y ver qué sacaban en conclusión. Nuestro hogar en Chappaqua quedaba demasiado lejos para invitar a alguien, y entonces hacía las sesiones de grabación en la oficina del *Guidepost* en la ciudad de Nueva York.

El personal del *Guidepost* se había acostumbrado bastante a las personalidades enérgicas de los Pentecostales que entraban a hablar en el grabador. La primera vez que la recepcionista fue saludada con un resonante "¡Buen día, hermana! ¿Está el hermano Sherrill?" Su respuesta fue un poco fría. Pero poco después ya los trataba de "hermano" y "hermana" a la mayoría de ellos, y en realidad esperaba ansiosa estas pequeñas variaciones en el día rutinario de oficina.

Para hacer la grabación, llevaba a mi visitante a una oficina particular donde estaba el grabador y cerraba la puerta. Si deseaba así aislar el resto de la oficina de ruidos molestos, aquello era en vano. Los Pentecostales no se sienten nunca cohibidos en cuanto al hablar en lenguas. El volumen del sonido aumentaría, sílabas, y ritmos extraños saldrían en cantidad de la pequeña habitación donde estábamos con mi visita, y por el silencio reinante en las oficinas de afuera podría afirmar que toda actividad había cesado y todos los oídos estaban atentos a lo que ocurría detrás de nuestra puerta.

Las lenguas se convirtieron en el tema de conversación favorito en las tertulias del mediodía, desplazando, por lo candente, hasta al Campeonato Mundial de Béisbol. Las reacciones de las distintas mecanógrafas y redactores iban del entretenimiento a la hilaridad. Llegó mi cumpleaños y, aparte de la torta tradicional con que la oficina homenajea en semejantes ocasiones, encontré un pequeño paquete. Dentro había una miniatura de arte antiguo con una larga inscripción grabada en raros caracteres alrededor de su borde.

"Juan, todo esto es chino para nosotros", decía la nota atada al vaso, "pero sigue grabando. Feliz cumpleaños".

La dedicatoria tenía tono de broma. Sin embargo pensé que expresaba las serias dudas que muchos de la oficina tenían sobre este fenómeno, y que yo ciertamente compartía. Dina Donohue, la redactora de nuestro departamento, nos lo resumió un mediodía lluvioso en que habíamos almorzado sandwiches. Cuando estábamos sentados alrededor de la mesa, Dina anunció: —Yo también puedo hablar en lenguas. Escuche.

Y empezó: extraños gruiños y golpes y sílabas sin sentido, dispuestas con mucha expresión y notablemente semejantes a un lenguaje. Hubo aplausos para la fluidez de Dina, pero en el silencio que siguió mi secretaria dijo:

—Realmente, ¿quiere usted decirnos que puede notar la diferencia entre lo que Dina acaba de hacer y estas "lenguas" que esta gente dice hablar?

Tuve que admitir que personalmente no podía.

¿No era ése, en resumen, todo el problema? No que los que hablaban en lenguas estuvieran tratando de engañar a nadie, sino que ellos se engañaban a sí mismos. Bajo el peso de la emoción religiosa y con una fuerte tradición que los llevaba a esperar ciertos acontecimientos, ¿no estarían ellos confundiendo una simple jerigonza tal como cualquiera podía idear, con la obra de Dios?

Cuando estos pensamientos estaban más fuertes en mi mente, tuve la visita de Lydia.

Ya había oído hablar de Lydia Maxam a varias personas. Aristocrática era la palabra usada con mayor frecuencia para describirla. Era de familia distinguida de Filadelfia, una episcopal, y una de las pocas personas no pentecostales que había aceptado hablar en lenguas en mi grabador.

Me gustó Lydia desde el momento en que entró a mi oficina: alta, digna, sonriente. —Hablaré ante este aparato sólo con una condición —dijo ella cuando estábamos solos en la pequeña habitación y le había explicado el trabajo del grabador—. Para mí, las lenguas significan siempre oración. Una clase especial de oración, también las uso cuando estoy orando por un problema para el que mi propia mente no tiene solución — más frecuentemente cuando oro por alguno que no me es posible conocer en todos
82 los aspectos y complicaciones. Entonces si usted quiere que yo hable en lenguas, me tendrá que dejar orar por algún problema real — preferentemente algo que le concierne a usted o a alguien cercano a usted.

Pensé un momento. No había nada que realmente me preocupara; entonces recordé el manuscrito de Tib. Era una historia para una revista en la que ella había estado trabajando durante semanas. Versión tras versión habían terminado en el cesto de papeles, y esa mañana me había dicho, tan cerca del llanto como nunca antes la había visto por su trabajo, que el vencimiento era el siguiente día y que no se sentía más cerca de una solución que el día en que aceptó la responsabilidad.

Se lo conté a Lydia. —¿Es ésa la clase de cosas a que usted se refiere?

—Exactamente —dijo ella—. Si su esposa estuviera aquí, le pediría que se sentara en aquella silla. Luego, simplemente, pondría mis manos sobre su cabeza, y rogaría al Espíritu Santo que me usara como

un medio a través del cual entrar a esta situación. Le pediría que removiera cualquier distracción o problema personal que estuviera bloqueando la comprensión perfecta, que es uno de sus dones. Le pediría tomar esta historia para su propia gloria. Las lenguas serían simplemente el testimonio de una sumisión de mi voluntad y entendimiento al suyo.

En ausencia de la persona para quien era ofrecida la oración, Lydia dijo que alguna otra persona podía ocupar su lugar. ¿Me sentaría yo en la silla en el lugar de Tib para recibir la oración en su beneficio? Acepté, y en seguida me arrepentí. ¿Acaso no estaría terriblemente consciente de todos esos oídos escuchando afuera de la puerta? ¿Cómo podía personalmente apoyar algo acerca de lo cual tenía sentimientos tan confusos?

Pero era demasiado tarde para volverme atrás. Puse a funcionar el grabador, coloqué la silla frente 83
a la ventana, lo más lejos posible de la puerta, y me senté. E inmediatamente me enfrenté con algo peor que mis oyentes. Dando justo a mi ventana había un piso de costura donde alrededor de 15 chicas estaban sentadas en sus máquinas de coser. Y que parecían, se me ocurrió de repente, singularmente desinteresadas en sus trabajos. Nuestra ventana había dado una con otra durante muchos años; ésta era la primera vez que el hecho me preocupaba. Lydia, sin embargo, parecía haber olvidado todo lo que la rodeaba. Se paró detrás de mi silla, apoyó, suavemente, ambas manos sobre mi cabeza, y comenzó a orar, en inglés, por la remoción de lo que estaba impidiendo la creatividad de Tib. Una de las chicas del taller miró hacia nuestro lado. Le dijo algo a la chica de la máquina de al lado y enseguida estaban las dos mirándonos. Cerré los ojos para dejar de lado influencias distrayentes pero esto lo empeoró, porque en mi imaginación veía a todo el personal de la fábrica reunido ante la ventana observando a la dama elegante orando sobre el señor calvo.

Lo risueño de la situación era demasiado para mí. Empecé a reírme, pero me contuve porque Lydia estaba orando con mucha sinceridad. Y fue en este momento, cuando yo estaba todavía luchando con la risa, que ocurrió algo extraordinario.

Sin ningún cambio en el tono de su voz, Lydia comenzó a orar en lenguas. Y en este instante yo sentí —realmente sentí— una ola de calor que pasaba de las manos a mi cabeza y después rápidamente bajaba a través de mi pecho y brazos. La sensación fue de calor, pero sin el efecto del calor: no me sentí acalorado. Era como acercarse a alguna fuente enorme de calor, una fundición o un sol, que, sin embargo, no podía quemar en lo más mínimo.

Esto continuó todo el tiempo que duró la oración de Lydia en lenguas, aunque la sensación no fue tan intensa después del primer momento. Y de repente descubrí que yo estaba llorando. Grandes lágrimas

me rodaban por la cara y caían sobre la corbata. Las lágrimas no estaban relacionadas con mis emociones, lo mismo que el calor que yo había estado sintiendo no lo estaba con el radiador de la pared. Seguía estando bien consciente de las chicas en el otro edificio; no me atrevía a abrir los ojos por miedo a encontrarme con los de ellas. Mientras Lydia seguía orando, me iba poniendo más y más consciente de mí mismo. Cuando al final, ella terminó y sacó sus manos de mi cabeza, giré rápidamente apartándome de la ventana y me ocupé por un buen rato del grabador. En la oficina de afuera las máquinas de escribir empezaron a funcionar nuevamente.

Lydia se fue poco después, tan serena y con un aplomo como si hubiéramos estado discutiendo la apertura de la temporada de ballet, pero yo me quedé solo en mi pequeña oficina casi todo el día. Me sentía como un hombre que se agacha a acariciar un gatito y se encuentra con un tigre. ¿Cuál era el poder palpable que había invadido esta habitación con la oración en lenguas de Lydia? Era posible quo yo hubiera

estado mirando equivocadamente a este fenómeno como algo incidental? ¿Tenía el hablar en lenguas en sí mismo algún poder misterioso?

Tib me encontró en la estación de tren esa tarde, con una expresión en la cara como la del gato que se comió al canario.

—¿Cómo está el manuscrito? —le dije al empuñar el volante del coche.

—Despachado —me respondió, dándome lugar en el asiento—. Lo deposité en el buzón en el camino hacia aquí. No sé por qué tuve tanto trabajo con esa historia. Era simple, lo había estado complicando inútilmente. Me senté a hacerlo a mediodía y me di cuenta que lo tenía todo delante de mi nariz. Se hizo prácticamente solo.

No le dije nada acerca de la oración de Lydia. No sabía cómo contárselo. Antes de decirle nada más, iba a tener que pensar, indagar e investigar mucho más.

Después de la cena, esa noche, anoté tres preguntas sobre las cuales deseaba tener respuesta:

1) ¿Dice algo la Biblia acerca de que las lenguas tengan poderes extraños?

2) Si en realidad lo tienen, ¿por qué se dejaron de usar por tantos siglos?

3) La gente que usa las lenguas hoy en día ¿tiene este poder?

Empecé con la Biblia. A la mañana siguiente saqué mi Concordancia y descubrí que el Nuevo Testamento contiene unas 30 referencias a las lenguas. Pero hasta la lista más somera de ellas me mostraba que la Biblia estaba hablando acerca de dos usos muy distintos de este fenómeno.

El primero era con el que yo estaba familiarizado: donde las lenguas son consideradas una señal de que el Espíritu Santo ha entrado en cierto creyente. Las lenguas parecen tener poca importancia en sí mismas;

su valor consiste en ser prueba de alguna otra cosa.

De este caso de las lenguas se habla por primera vez —por lo menos de acuerdo al orden cronológico de la Biblia— en el Evangelio según San Marcos. Jesús ha sido crucificado, resucitado, y ahora aparece a sus discípulos con instrucciones de predicar el evangelio por todo el mundo.

"Y estas señales acompañarán a aquellos que creen", les dice, "... hablarán nuevas lenguas ..."[1]

Como palabras del propio Cristo, este pasaje, por supuesto, tiene gran autoridad y los Pentecostales le dan mucha importancia. No obstante, pronto descubrí que no todos lo aceptan como igualmente auténtico. La traducción inglesa del Rey Jacobo de la Biblia fue hecha de un manuscrito llamado el Codex Alejandrino con fecha del siglo V y tiene este versículo. Manuscritos anteriores, con fecha del siglo IV, no contienen el versículo. Por supuesto, en el siglo IV las palabras de Cristo pueden haber sido parte de una tradición oral, no escrita aún. Quizá la experiencia consecuente de un gran grupo de cristianos los haya convencido de que esta tradición pertenecía a la herencia escrita de la iglesia.

El libro de los Hechos, escrito hacia el final del siglo I, y que no se cree que haya tenido agregados posteriores, se refiere varias veces a las lenguas como una señal de la presencia del Espíritu Santo. Tres cosas, pensé, eran dignas de mención sobre estas referencias:

1) Se aceptaba a las lenguas como prueba irrevocable de que el Espíritu había descendido sobre una persona dada o sobre un grupo de personas. "Y los fieles de la circuncisión que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo. *Porque los oían que hablaban en lenguas ...*"[2]

2) Era igualmente indudable que las lenguas eran el resultado del propio Espíritu que hablaba a través de los hombres. "Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, *según el Espíritu les daba que hablasen.*"[3]

3) Las lenguas en sí mismas llamaban muy poco la atención. Cuando Pedro estaba relatando sus experiencias en Cesarea a la Iglesia de Jerusalén, no se molestó en mencionar las lenguas para nada, aunque habían sido una parte importante de lo ocurrido allí.[4]

Hasta aquí, las lenguas han sido tratadas como una señal de la venida del Espíritu Santo. Pero cuando leía las cartas de Pablo me pareció evidente que el apóstol consideraba las lenguas de una forma muy distinta. Pablo consideraba a las lenguas no como un derramamiento momentáneo, sino como una experiencia continua. Eran importantes, no sólo como pruebas de la presencia de Dios, sino porque su uso confirió ciertos beneficios a la iglesia. Eran un don del Espíritu para beneficio de los creyentes, para ser usado, junto con los otros ocho dones, en la edificación del pueblo de Dios. Desde el punto de vista de Pablo, parecía haber tres formas principales en que las lenguas eran de valor:

1) En la oración privada, las lenguas ayudaban al peticionante a alabar a Dios.

2) Le permitían orar hasta en aquellos momentos en que no estaba muy seguro sobre qué pedir.

3) Y en la alabanza pública, cuando acompañado por otro de los nueve dones, "la interpretación", las lenguas proveían de un vehículo de comunicación directa entre Dios y el hombre.

Esta primera carta a los Corintios fue escrita alrededor del año 54 d. de Cristo. Pablo vivía en Efeso cuando se enteró de que la iglesia de Corinto tenía

problemas. Entre las irregularidades y abusos que habían entrado en las prácticas cristianas, había una especie de confusión en la adoración pública, proveniente del mal uso de alguno de los dones del Espíritu, especialmente las lenguas. Los capítulos 12, 13 y 14 de la carta están dedicados a una discusión de estos dones con un énfasis considerable sobre las lenguas. Para prevenir a los cristianos, a fin de que no usaran mal sus dones esprituales, Pablo nos dejó un cuadro bastante claro de cómo debían ser usados. Recorrí los tres capítulos y saqué las siguientes conclusiones:

Lo primero que noté fue la actitud de Pablo hacia los hechos ocurridos en Corinto. ¡No había sugerencia de sorpresa, ni de haberse escandalizado por lo que ocurría allí! Estaba bastante familiarizado con los distintos fenómenos consignados. Los acepta sin discusión, como una parte genuina de la experiencia cristiana y sólo está interesado en que sean puestos en la perspectiva correcta.

Pablo considera que el Espíritu Santo es la fuente de las lenguas. "A cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho. Porque a éste es dada por el Espíritu, palabra de sabiduría . . . a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas".[5]

Creo que su uso es señalado por Dios "y a unos puso Dios en la iglesia . . . los que tienen don de lenguas".[6] Pero él ve a las lenguas sólo como uno de los varios dones que manifiesta el Espíritu. Hace una lista de nueve de ellos:

— La palabra de sabiduría.

— La palabra de ciencia.

— Fe.

— Dones de sanidades.

— Hacer milagros.

— Profecía.

— Discernimiento de espíritus.

— Diversos géneros de lenguas.

— Interpretación de lenguas.[7]

Pablo considera que todos los dones, incluyendo las lenguas, son dados por una razón. "Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho".[8]

En el caso de las lenguas, el propósito es el de fortalecer al que las usa. "El que habla en lengua extraña, a sí mismo se edifica".[9]

Y, cuando van acompañadas por la interpretación, son también eficaces en edificar a la iglesia. "Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene . . . lengua, tiene interpretación".[10]

Sin embargo, las lenguas no están entre los dones más altos e importantes. Pablo los pone al final de la lista. " . . . puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después . . . los que tienen don de lenguas".[11]

Pablo considera las lenguas como una forma de oración. "Porque si yo oro en una lengua . . . "[12]

El asocia esta forma de oración principalmente con la alabanza a Dios y acción de gracias. "Porque si bendices sólo con el espíritu . . . "[13]

El también ve las lenguas (carta a los Romanos) como una forma de oración cuando la mente está perpleja. "Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo in-

tercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos".[14]

No está hablando teóricamente sino por experiencia personal. El mismo usa mucho las lenguas. "Doy gracias a Dios, que hablo en lenguas más que todos vosotros".[15]

El no solamente ora en lenguas, sino que también canta en lenguas. "...cantaré con el espíritu, pero cantaré también con el entendimiento".[16]

No espera que el lenguaje hablado sea reconocido por los oyentes (distinto del Pentecostés en que cada oyente reconocía su propio idioma). "Porque el que habla en lenguas no habla a los hombres, sino a Dios; pues nadie le entiende..."[17]

No cree que el ministerio de lenguas sea dado a todos. "¿Hablan todos en lenguas?"[18] El contexto
90 aquí requiere una respuesta negativa. No, no todos hablan en lenguas. Los pentecostales dicen que en estos tres capítulos Pablo está tratando las lenguas solamente como un don, no las lenguas como la señal inicial del Bautismo en el Espíritu Santo. Ellos creen que todos hablan en lenguas, no importa si es por poco tiempo, en el momento de su bautismo, le sea dado o no el don de lenguas en forma posterior para su uso diario en la vida cristiana.

A pesar de todas las sanas recomendaciones en cuanto a su abuso, Pablo recomienda a los corintios que hablen en lenguas: "Así que, quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas..."[19] "...y no impidáis el hablar en lenguas".[20]

Entonces, si estas dos manifestaciones de las lenguas, como señal y como don eran conocidas por los autores del Nuevo Testamento, y si con ellas había beneficios tan notables ¿por qué las lenguas desaparecieron en las iglesias?

A esta segunda de mis preguntas encontré una

respuesta inmediata: No desaparecieron.

Las lenguas siguieron desempeñando durante siglos un papel en la experiencia cristiana. Se las recalcó menos probablemente, como resultado de las recomendaciones de Pablo. La persona que las experimentaba no lo hacía manifiesto, de manera que es fácil que pase desapercibida toda referencia a ellas. Pero en el momento que uno las buscaba, allí estaban.

Volviendo a la segunda mitad del siglo II, algunos cristianos se quejaban de que la iglesia había perdido su contagioso fuego primitivo. Un avivamiento dirigido por Montano urgió a los cristianos a buscar un nuevo Pentecostés y a esperar las mismas manifestaciones que habían acompañado al primero.

Al principio, el montanismo fue bien recibido. Dos de los más respetados e influyentes de los padres de la iglesia, Tertuliano e Ireneo, encontraron en el movimiento mucho de lo que debía conocerse y lo
apoyaron. Pero al ir aumentando las lenguas y otros 91
fenómenos carismáticos, la iglesia católica temió el exceso. El montanismo fue calificado de herético y ni siquiera la influencia de Tertuliano y de Ireneo pudieron suavizar el cargo. Hay, sin embargo, otros ejemplos de "carisma" aunque no tan notables. San Agustín, que vivió en el siglo IV, escribió. "Nosotros todavía hacemos lo que hacían los apóstoles cuando ponían sus manos sobre los samaritanos y pedían que el Espíritu Santo descendiera sobre ellos por medio de la imposición de manos. Se espera que los conversos hablen en nuevas lenguas."

También en el siglo IV, San Pacomio, fundador del primer monasterio cristiano, es citado como uno que podía hablar en griego y latín, y no había aprendido ninguno de los dos. Esta habilidad misteriosa para hablar en un lenguaje no aprendido aparece otra vez en los siglos XIV y XVI en las vidas de San Vicente Ferrer y San Francisco Javier.

Las lenguas aparecen al principio de muchos de los grandes avivamientos. Los antiguos valdenses ha-

blaban en lenguajes desconocidos. También lo hacían los jansenitas, y los cuáqueros; los shakers y los metodistas. "Mientras esperaba en el Señor", escribió W. C. Braithwaite en un relato de las reuniones de cuáqueros antiguos, "recibíamos a menudo el derramamiento del Espíritu sobre nosotros . . . Hablábamos en lenguas nuevas."

Comenzando con el siglo XIX, encontré una fuente de material original en la biblioteca y más referencias a las lenguas.

Escocia, 1830: María Campbell, una joven de Fernicarry, está planeando convertirse en misionera. Una noche, mientras oraba con un grupo de amigos, la señorita Campbell empieza a hablar en un lenguaje que ella no conocía. Cree, al principio, que es un lenguaje que la ayudará en su trabajo misionero, pero nunca pudo identificarlo.

Inglaterra, 1834: Un ministro joven y de buen tono y de una iglesia presbiteriana de Londres, Eduardo Irving, encuentra, y alienta, el hablar en lenguas en su Iglesia.

EE.UU., 1854: Un cierto V. P. Simmons, informa sobre el hablar en lenguas en Nueva Inglaterra. En 1854 el anciano F. G. Mathewson habló en lenguas y el anciano Eduardo Burnham interpretó lo mismo.

EE.UU., hacia 1855: Los mormones hablan en lenguas en su colonia de Nauvoo, Illinois. El séptimo artículo de fe de los Santos de los Ultimos Días especifica que ellos "creen en el don de lenguas, profecía, revelación, visiones, sanidad, interpretación de lenguas".

Rusia, hacia 1855: En el interior de la Rusia de los zares, se anuncian manifestaciones pentecostales en la Iglesia Ortodoxa Griega.

Inglaterra, 1873: Las lenguas aparecen en las campañas de predicación de Dwight L. Moody. "Cuando

llegué a la habitación de la Asociación Cristiana de Jóvenes", escribe Roberto Boyd después de que Moody había visitado Sunderland, Inglaterra, "encontré la reunión llena de fervor. Los jóvenes hablaban en lenguas y profetizaban. ¿Qué quería decir? Solamente que Moody les había estado hablando esa tarde".

EE.UU., 1875: R. B. Swan, un pastor en Providence (Rhode Island), escribe: "En el año 1875 nuestro Señor empezó a derramar su Espíritu sobre nosotros: mi esposa y yo con unos pocos más, comenzamos a hablar en una lengua "desconocida."

EE.UU., 1879: En Arkansas, W. Jethro Walthall habla en lenguas. Nada sabía de las enseñanzas bíblicas relativas al Bautismo o al hablar en lenguas.

Armenia, 1880: Entre los presbiterianos armenios en Kara Kala hay un fuerte movimiento pentecostal, con el hablar en lenguas.

Suiza, 1880: María Gerber manifiesta que en los momentos de alegría especial, que ella describe como "la entrega de mi corazón turbulento al Espíritu", entonó canciones espirituales en un lenguaje que ella nunca había aprendido. Luego María vino a los Estados Unidos, sin poder hablar inglés. Un día, cuando oraba por un amigo enfermo, sus palabras, para sorpresa de ambos, fueron dichas en un inglés perfecto.

La diferencia entre estas manifestaciones casuales del hablar en lenguas y el movimiento pentecostal que empezó en el siglo XX parece ser que antes de Carlos Parham y su escuela bíblica en el "disparate de Stone" nadie le dio ningún significado a las lenguas. No hubo ningún intento de persuadir a otros a hacer lo mismo; ningún fervor evangelístico que siguiera a la experiencia. Las lenguas permanecieron aisladas, casuales, desapercibidas. No obstante lo cual, permanecieron.

Capítulo VIII

¿POR QUE PUEDE ALGUIEN QUERER HABLAR EN LENGUAS?

La tercera cosa que me había propuesto hacer después de la visita de Lydia era hablar a todos los que hablaban en lenguas que conocía, y averiguar si ellos creían que tal práctica agregaba, de algún modo, una nueva dimensión a sus vidas, que, con la oración en inglés, no obtenían. Todavía recordaba esa misteriosa ola de calor de las manos de Lydia —y el hecho de que al llegar a casa, la oración que ella había hecho por Tib había sido contestada. "¿Eran estas cosas sólo coincidencia, y aún un poco de imaginación de mi parte, o tenían otras personas experiencias similares?"

Es claro que cuando les preguntaba a los Pentecostales qué significaban las lenguas para ellos, la primer respuesta era siempre: "Asegurarme que he sido bautizado en el Espíritu Santo". Era ésta la seguridad que buscaban Parham y sus discípulos cuando comenzaron su largo estudio bíblico, y por supuesto, ello tiene un valor inapreciable en la vida de un creyente: es decir, saber sin dudas que el propio Espíritu de Dios se manifiesta dentro de uno. Los pentecostales creen que las lenguas dan esta seguridad. En realidad, para ellos es un dogma el hecho de que el Bautismo en el Espíritu Santo es siempre acompañado de lenguas.

"El Bautismo de creyentes en el Espíritu Santo", dice la constitución de las "Asambleas de Dios", es atestiguado por el signo físico inicial de hablar en otras lenguas conforme el Espíritu de Dios les daba

que hablasen. La Declaración de Fe de la Iglesia de Dios dice esencialmente lo mismo: "Nosotros creemos en el hablar de otras lenguas según lo faculta el Espíritu, y que ello es la evidencia inicial del Bautismo en el Espíritu Santo".

Fuera de las denominaciones pentecostales, de todos modos encontré que la gente no estaba tan segura de eso — inclusive aquellos que habían hablado en lenguas en el momento del Bautismo.

Un ministro luterano, Larry Christesen, pastor de la Iglesia Trinidad, San Pedro, California, expresa lo que probabelmente sea el punto de vista de muchos no pentecostales que hablan en lenguas. Revisando los relatos del Bautismo en el libro de los Hechos, preguntó:

"¿Quiere decir esto que todos los que reciben el Espíritu Santo hablan en lenguas — y que si uno no ha hablado en lenguas no ha recibido realmente el Espíritu Santo? No creo que se pueda hacer esa afirmación por las Escrituras, sin embargo, sí creo que el Libro de los Hechos nos sugiere un modelo adecuado: 1) Recibir el Espíritu Santo es una experiencia definida, clara, instantánea. 2) Una forma simple e indicada por Dios para que uno manifieste objetivamente el don del Espíritu Santo, es el alzar la voz en fe, y hablar en lengua nueva por inspiración del Espíritu Santo.[1]

Y en el extremo opuesto de los Pentecostales hay gente que está convencida de que ha recibido el Bautismo en el Espíritu Santo, pero niega que las lenguas sean una parte normal de la experiencia. Uno de éstos es el doctor E. Stanley Jones. Tib y yo le hablamos a este veterano misionero a la India acerca de lo que él piensa sobre el tema y luego recibimos una carta en la que nos contaba acerca de una experiencia que había tenido en el Colegio Asbury en Wilmore (Kentucky).

"Estaba en una reunión de oración en la habitación

de uno de mis condiscípulos", escribió el doctor Jones, "con otros tres o cuatro sin ninguna emoción o expectación especial cuando súbita y soberanamente fuimos todos llenos del Espíritu Santo, una especie de transporte. No dormí el resto de la noche, solamente podía caminar por la habitación alabando al Señor. No se dictaron clases por tres días, eran todas reuniones de oración. Algunos que venían del campo se convertían antes de entrar al auditorio. Caían sobre sus rodillas en el parque del Colegio y se entregaban al Señor. No había predicación, solo oración y testimonios de libertad y victoria. Todos los estudiantes del colegio se convirtieron.

"Me preguntaba qué significaría esto. Pronto lo descubrí. Fui preparado por esta visitación para el trabajo de mi vida. Me encontré diciendo "sí", a mi llamado como misionero.

"¿Las evidencias del Espíritu Santo? El propio Espíritu Santo era la evidencia. No se necesitaba ni se deseaba ninguna otra evidencia. Pedir evidencia sería como pedir evidencia del sol al mediodía. Nadie hablaba en lenguas, porque ello no fue enseñado."

Así que aquí se hallaba toda la gama de opiniones acerca de la importancia de las lenguas para determinar la presencia del Espíritu: desde "esencial" a "útil", hasta "innecesario".

Pero las lenguas tenían reputación de tener otros usos además de simplemente servir como señal del Bautismo. Cuando San Pablo habló de las lenguas como un don, las relacionó con la capacidad de alabar a Dios.

Tuvimos una oportunidad interesante de verificar esta función de las lenguas en la experiencia contemporánea cuando hablamos con un joven graduado en Yale. Roberto V. Morris había sido miembro de la Asociación Cristiana de Yale, y encontraba su vida religiosa bastante completa con la excepción del aspecto de la alabanza. Recuerda haberse detenido en

una reunión de la Asociación cuando era su turno dirigir las oraciones. Estaba usando una forma familiar de expresión que incluía las palabras "Te alabamos, Te adoramos . . . " cuando, de golpe se paró.

"No, yo no", dijo con la franqueza que hacía tiempo el grupo había alcanzado. "Yo no sé qué quiere decir adorar a Dios."

El sabía qué era, ciertamente, agradecerle por cosas específicas. Y a menudo se había entusiasmado al oír durante una reunión una hermosa música de órgano o al ver un hermoso vitraux. Pero alabanza a Dios en y por sí mismo —no en razón de algo que él había hecho, ni procurado por la destreza humana— eso, él admitió a sus amigos, era algo que todavía no había obtenido.

No fue mucho después de esto que ocurrieron los hechos en Yale que fueron tan ampliamente difundidos en diarios y revistas de todo el país. Muchos en la Asociación y otros en la Universidad de Yale recibieron el Bautismo en el Espíritu Santo con manifestaciones carismáticas, incluyendo las lenguas. Aunque la prensa tomó las lenguas como para hacer la mejor historia, Bob Morris y los otros les dieron poco énfasis en su propio pensamiento, sintiendo que los dones de profecía, de sanidad, sobre todo el fruto de amor que el Espíritu había derramado sobre el grupo, era mucho más importante. Pero en la vida religiosa personal de Bob las lenguas llenaron un vacío muy especial.

"Para mí", nos contó Bob, "el don de lenguas resultó ser el don de la alabanza. Al usar el lenguaje desconocido que Dios me había dado, sentí levantándose en mí el amor, la reverencia, la adoración pura y no accidental, que yo no había podido alcanzar con la oración pensada. Alabanza y adoración son básicamente cosas no conceptuales, y el don de lenguas es oración no conceptual. Nos libera de nuestra de-

pendencia de procesos específicos y detalladamente pensados, introduciéndonos a una conciencia directa de Dios — así como estamos conscientes del impacto de una personalidad humana sin necesidad de enumerar los detalles que la hacen".

Esta nueva dimensión en oración no era sólo real cuando Bob estaba orando en lenguas. Notó al momento, una nueva habilidad para alabar y magnificar a Dios en inglés. A menudo, empezaba sus devociones en lenguas, sentía el aumento de esta nueva capacidad en él, y luego cambiaba al inglés, encontrando toda su vida de oración transformada.

"He notado una nueva capacidad para alabar a Dios revelada en Cristo", escribió para la revista Trinity (Trinidad) en el furor del interés nacional que siguió a los hechos en Yale. "No sólo acción de gracias intelectuales — sino alabanzas que parecen brotar de profundidades desconocidas en una forma no emocional pero plena."

Y luego agrega algo más. "Yo he sentido también muy definidamente un poder físico literal y capacidad para enfrentar las tareas de la vida diaria."[2]

Este fortalecimiento físico y capacidad era otro propósito de las lenguas, destacado por San Pablo. "El que habla en lengua extraña, a sí mismo se edifica; pero el que profetiza, edifica a la iglesia."[3]

Nosotros tenemos un amigo que acostumbraba cruzar en *"ferry"* desde Staten Island y Manhattan en la ciudad de Nueva York. El cruce duraba cerca de media hora y podría haber sido una frustración en un día ocupado. Pero este hombre, David Wilkerson, usaba el tiempo en el barco para orar en lenguas. Comenzaba pensando en todas las cosas por las cuales tenía que estar agradecido. A la inversa de la secuencia de Bob Morris, él las revisaba una por una en su mente, en inglés, alabando a Dios por cada una de ellas.

Paso a paso, en su interior, sentía una sensación de gozo cada vez mayor. Estaba consciente de ser amado y cuidado. Empezaba a vislumbrar un propósito y designio en todo lo que le sucedía. Y, repentinamente, tratando de expresar su gratitud, hallaba una barrera de lenguaje. El inglés ya no podía expresar lo que sentía. Era simplemente inadecuado para el Ser que percibía. En este punto prorrumpía en una expresión que no estaba limitada por el vocabulario. Su espíritu, al igual que su mente, comenzaba a alabar a Dios.

Inevitablemente, para cuando David llegaba al desembarcadero de Manhattan había sufrido una transformación. Estaba edificado en cuerpo y espíritu. Se sentía animado, listo para afrontar tareas imposibles, vigorizado y refrescado; preparado para lo que el día le ofreciera. Y esto era a menudo importante, ya que David Wilkerson es un obrero entre jóvenes de las bandas callejeras de los barrios bajos de Nueva York —una tarea que lo pone en contacto con adolescentes adictos a las drogas, muchachas prostitutas, jóvenes asesinos, y algunos de los problemas más desalentadores e intratables del mundo de hoy.

Transcribo algunas respuestas similares a mi pregunta acerca del valor de las lenguas:

"¿Cuál es la utilidad del hablar en lenguas? De la única forma que yo puedo contestar eso es diciendo: ¿Cuál es la utilidad de un ruiseñor? ¿Cuál es la utilidad de una puesta de sol? Unicamente elevación constante, sólo gozo inexplicable y con él salud, paz, descanso y liberación de cargas y tensiones". Marianne Brown, ama de casa, Parkesburg, Pennsylvania.

"A menudo —realmente muy a menudo— tengo que dormir de noche sentado en un ómnibus de la Greyhound o en un avión. No lo recomiendo como sustituto de un buen colchón. Pero tengo un secreto: en el momento en que cierro los ojos empiezo a orar en

el Espíritu. Oro así toda la noche, despertándome y volviéndome a dormir, siempre orando. No duermo mucho, pero sí descanso mucho. A la mañana siguiente estoy descansado, fuerte y listo para un día pleno de trabajo." David du Plessis, ministro Pentecostal, Oakland, California.

"Cuando empecé a orar en lenguas me sentí, y aún la gente me decía que parecía, 20 años más joven. Mi mente consciente no sabe lo que estoy diciendo, pero mi inconsciente y subconsciente sin duda que lo saben, porque ocurre justo lo que San Pablo dijo que sucedería, "aquel que ora en una lengua desconocida se edifica a sí mismo". He sido edificado y recibido gozo, valor, paz, sensación de la presencia de Dios; y yo tengo una personalidad débil que necesita esto." William T. Sherwood, ministro Episcopal de 75 años de edad, San Petersburgo, Florida. Cuando el Rdo. Sherwood llegó a la edad de retirarse hace diez años, escribió que estaba contento: durante años se había sentido mal físicamente, continuamente cansado, sin energías. Después de esto fue bautizado en el Espíritu Santo, y siguieron los años de trabajo más productivos de su vida.

Otro uso de las lenguas sugerido en la Biblia es el de orar hasta cuando en nuestras mentes no tenemos idea de qué pedir en una situación dada.[4]

Lydia Maxam, evidentemente, confiaba mucho en esta clase de oración en lenguas cuando ella intercedía por otras personas, dándose cuenta de lo poco que podía saber de la situación de ella. Yo me preguntaba si otras personas utilizaban las lenguas de este modo.

Lo que sigue es parte de una carta que recibí de un psiquiatra:

"Cada mañana antes de que empiecen las consultas del día", dijo el médico, "mi esposa y yo tenemos un rato de oración juntos. Oramos por nuestras propias necesidades y luego por cada paciente que voy a ver ese día . . . Primero mencionamos lo que sabemos de su problema, usando las notas tomadas durante las sesiones, y lo que sabemos de medicina y psiquiatría. Pero luego, dándonos cuenta de cuánto falta entender de enfermedades mentales, incluimos la oración en lenguas. Frecuentemente quedo asombrado por el poder terapéutico que se evidencia en las sesiones que siguen a estas oraciones.

"Uno de los ejemplos más sorprendentes que conozco es el que me contó William C. Nelson, cuando el intelecto simplemente se negó a orar en una emergencia. El Rdo. Nelson es ahora editor de "Fronteras" para la Convención Bautista norteamericana, pero cuando ocurrió este incidente era pastor de la Primera Iglesia Bautista en Whitman (Massachusetts).

Una noche a fines de 1959 sonó el teléfono al lado de la cama del Rdo. Nelson. Buscando torpemente el receptor, se hallaba todavía medio atontado, y una voz de mujer se identificó como una enfermera del hospital cercano. "Se había producido un accidente automovilístico", continuaba la voz.

—Tenemos aquí a Carol Vinall. La madre dio el nombre suyo como pastor. Es mejor que, si piensa venir, lo haga enseguida. El médico no cree que viva otra hora.

—Estaré allí.

El Rdo. Nelson se vistió apresuradamente y recorrió velozmente los kilómetros que lo separaban del hospital. En la mesa de entrada ya habían sido avisados de que él llegaría, y para que lo mandaran al tercer piso. El reloj enfrente del ascensor indicaba las 3:15 de la mañana.

—Por acá —dijo una enfermera.

Carol, de 13 años de edad, yacía en una cama de costados altos sin dar señales de vida. Su madre estaba al lado de la carpa de oxígeno.

—Fue un choque de frente —dijo ella—. No se ha movido desde que llegué.

Aparentemente, Carol había sido arrojada a través del parabrisas. Un médico explicó que había lesión en el cerebro mismo.

—Si vive —dijo la señora Vinall— dicen que tal vez quede lisiada.

El Rdo. Nelson sabía que debía orar. El era su ministro. La señora Vinall tenía derecho a esperar apoyo y consuelo de él. Pero ¿qué debía pedir?

Miró a Carol y sintió que el cálculo del doctor de una hora era demasiado largo. La niña se hallaba aún vestida; su sweater negro estaba desgarrado y manchado. Su cabello, echado hacia atrás de la cara lastimada y con moretones, estaba cubierto de sangre. Las puntas de emergencia mantenían cerradas las heridas que se veían hinchadas e irritadas.

Y se daba cuenta de que las heridas peores eran precisamente las que no se podían ver. La base de la cavidad craneana estaba fracturada. ¿Qué daño habría en el mismo cerebro? ¿Tenía derecho de orar por su recuperación física cuando existían todas las posibilidades de que Carol se convirtiera en una criatura, más semejante a un vegetal que a un ser humano? Aunque, seguramente, él no podía orar porque muriera.

El Rdo. Nelson se acercó a la niña y le puso las manos en la única porción del cuerpo que parecía sana: su brazo derecho. Pensamientos humanos, negativos, le asaltaban. "Señor", dijo, "ayúdame a saber cómo orar".

Y en ese mismo instante un versículo de las Escrituras saltó a su mente. "Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál

es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos."[5]

¡Qué bien se adaptaban allí esos versículos! El Rdo. Nelson respiró hondo y se puso a orar no con su mente sino con su lengua y sus labios solamente, abandonando todas las dudas y vacilaciones de su humanidad, usando los sonidos que Dios le dio. Tornó la oración, enteramente, al Espíritu Santo, sabiendo que él amaba a Carol más de lo que podía amarla cualquier ser humano. Sintió que había una extraña paradoja en la situación: en la medida en que él podía tornarse pasivo y sumiso, ése era el grado en que llegaba a ser un cauce eficaz para Dios.

El Rdo. Nelson oró así en el Espíritu, silenciosamente y en un murmullo, durante 15 ó 20 minutos. Estaba tan solo vagamente consciente de la realidad que le rodeaba; la lámpara fija que arrojaba sus rayos sobre la pared opuesta; las botellas de solución salina; la carpa de oxígeno; las botellas de plasma cerca de la cama de Carol; la otra paciente en la habitación que miraba en silencio con los ojos muy abiertos. Se hallaba sí, bien consciente de la vigilia tranquila de la señora Vinall, y por sobre todo, de dos cosas que estaban ocurriendo dentro de sí mismo: la corriente de calor que fluía a través de él a la pequeña, cuyo brazo sostenía suavemente durante la oración, y la extraña certeza, que crecía a cada momento, de que Carol se curaría.

Entonces Carol se movió.

Eso fue todo. Sólo un movimiento fugaz. Un suspiro de vida que tocó su pequeño cuerpo y luego se fue. Pero le dio a Guillermo Nelson la valentía para decir lo que estaba cantando en su corazón. Aquello de lo que estaba seguro. ¡Lo que sabía!

—Señora Vinall, Carol se va a curar.

Una vez que lo había dicho, las palabras le sonaron absurdas. ¡Cómo se atrevía él! Una enfermera se

inclinó sobre la cama, imperturbable, llevando el control de la respiración y alimentación con plasma.

El reloj en la pared del corredor indicaba las 3:45 de la mañana. El Rdo. Nelson había estado allí media hora; parecía mucho más. La señora Vinall lo acompañó hasta el ascensor como si quisiera quedarse cerca de la única voz de esperanza que había oído. En el ascensor le volvió a decir aquello que él mismo no entendía: —Carol va a mejorar.

Y el Rdo. Nelson tenía razón. Doce semanas más tarde, Carol estaba de vuelta en la escuela. Hoy cinco años después de su accidente, los únicos efectos que le quedaron son algunas cicatrices pequeñas en la cara y en los brazos. Es tan real hoy, cree el Rdo. Nelson, como lo era cuando Pablo lo escribió a los Romanos, que cuando no sabemos como orar, "el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad".

La cuarta y última característica que encontramos en la Biblia de las lenguas es que —junto con el don compañero de interpretación— son un medio de Dios para comunicarse directamente con un grupo de cristianos reunidos en adoración.

Seré franco al decir que hasta donde iban las aplicaciones modernas de los dones, era este uso de lenguas en la adoración pública lo que me llamó la atención como sospechoso. Había, para entonces, asistido a muchos servicios Pentecostales, y tomado notas sobre ellos.

"Me perturba", había escrito después de uno de esos servicios, "que esta gente tenga que hablar en forma tan fuerte y monótona. Cuando hablan en lenguas o cuando interpretan algo, parecen casi en trance, lo que puede querer decir que están genuinamente poseídos por el Espíritu, o que sólo desean aparentar estar así". Otra noche yo había escrito simplemente: "Muy teatral."

Noté que a menudo no había correlación entre la duración del mensaje en lenguas y la duración de la interpretación. Con frecuencia tenía la sensación de

que una interpretación (a menudo dada por el ministro), era producida sólo porque Pablo insistía sobre ella, y no en respuesta a una necesidad interior urgente. Muchas veces me desilusionaba el contenido de la interpretación: bastante a menudo era una exhortación estereotipada a "... permanecer firmes en los últimos días..." "...andad en el camino... Andad en el camino del Señor..." Me molestaba, también que el lenguaje que se usaba era exclusivamente el inglés de la versión de Rey Jacobo. ¿Por qué Dios, si él estaba realmente usando estos medios para comunicarse con gente de hoy en día, no usaba el lenguaje de hoy en día?"

Hasta que una tarde tuve una experiencia personal con esta clase de mensaje de Dios que en lo sucesivo influiría en cualquier cosa que pensara acerca del asunto. Tib y yo habíamos ido a Filadelfia a una reunión de "El Grupo del Sábado". Un grupo deliberadamente no organizado de cristianos, que hablaban en lenguas, procedentes de la mayor parte de iglesias denominacionales, que alquilaban una sala en el Hotel Benjamín Franklin un sábado al mes para una reunión de oración llena del Espíritu y que duraba todo un día.

La semana anterior a que saliéramos había tomado una decisión que me ha estado molestando continuamente desde entonces. Implicaba a un joven a quien había conocido unos años antes en relación con una historia para una revista. Investigando para el artículo acerca de la delincuencia juvenil, tomé parte en conseguir para él y algunos otros que se les suspendiera una sentencia por una acusación de robo. Desde aquella época había estado más o menos en contacto con su familia; le ayudé a conseguir empleo y fui llamado dos veces a una consulta cuando le acusaron de robo en su trabajo. Ahora estaba otra vez preso, las evidencias eran incontrovertibles y yo había llegado a la difícil conclusión de que tratando de sacarlo, intercediendo en su favor, interponiéndome

entre él y las consecuencias, nunca había estado haciéndole un bien.

Era un asunto largo, complejo, que comprometía a un grupo de la iglesia y otras personas, pero en realidad la decisión había sido mía; y ahora vacilaba entre convicción profunda y duda profunda. Algunos miembros de la familia del joven habían escrito acusándome de ser un amigo falso, y otros adjetivos difíciles de negar.

De todos modos, ese fin de semana fuimos a Filadelfia. En la primera hora, más o menos, después de que nos juntamos con el grupo en la sala del piso once, la reunión fue semejante a otras que habíamos asistido. Habían muchas oraciones en lenguas, pero eran privadas; o individuos solos alabando silenciosamente, o pequeños grupos de tres o cuatro "ministrando" el uno al otro.

De repente, sin embargo, una mujer, ministro metodista, se paró en el centro de la habitación y dio un mensaje en lenguas que estaba destinado a ser oído por todo el grupo. Hubo un silencio inmediato. Luego una voz de hombre interpretó. No podía verlo desde donde estaba sentado, pero no había sensación de trance en su tono. El lenguaje usado era simple, en un inglés moderno, hablado con calma.

"No se alarme. Estoy complacido con la posición que ha tomado. Esto es difícil para usted pero traerá muchas bendiciones a otro."

Estas palabras me golpearon con un poder indescriptible; sabía que eran para mí, en ese momento. En realidad, me dieron valor para seguir con mi decisión en las semanas que siguieron, aún enfrentando una gran presión. Los hechos probaron luego que en realidad, ése era el camino correcto en este problema particular. Pero lo que importaba para la pregunta que había hecho acerca de las lenguas, era la emoción de la certeza àbsoluta, la cual fue mi reacción interior a aquel mensaje y a su interpretación. No dudé

más en cuanto a que ésas eran palabras de Dios para mí, como no dudo de que ahora hay una máquina de escribir enfrente de mí.

Más tarde, por supuesto, pensé en todos los otros significados que podrían haber tenido esas palabras. Pero en ese momento no podía desconectarlo de mis propios sentimientos. Aquí, pues, noté algo que no había leído en las cartas de Pablo y que no lo podría haber conjeturado: que Dios puede acompañar los mensajes con una convicción corroborada en el oyente.

No me esforcé mucho por descartar ese argumento; un mensaje de Dios para uno mismo es una cosa maravillosa. Pero se me estaba acercando demasiado. Cuando me dispuse descubrir si las lenguas tenían valor práctico quería decir, por supuesto, valor para otras personas.

Capítulo IX

HISTORIA DE DETECTIVES

Una de las personas más encantadoras que conozco es un corpulento y cordial judío llamado Jacobo Rabinowitz. Tib y yo estábamos almorzando con él un día en un restaurante de Nueva York, cuando nos dijo inesperadamente: —¿Alguna vez oyeron hablar de un judío ortodoxo? ¿O de un judío reformado?

Asentimos, y él continuó: —¿Pero alguna vez oyeron de un judío completo?

Cuando admitimos que no, Jacobo nos contó su propia experiencia. Era rabino, hijo de rabino, nieto de rabino y así hasta diecisiete generaciones atrás; por centenares de años los Rabinowitz habían sido rabinos de su fe. Cuando Jacobo, algunos años antes

había comenzado a ser persuadido de la verdad del cristianismo, se sintió traidor a esa larga herencia.

—Estaba a punto de ser un "judío convertido" —nos contaba—. Qué horrible sonaba eso. Como alguien que daba la espalda al judaísmo. Pero yo estaba orgulloso de ser judío. Y ahora sé que no hay ningún conflicto. No soy judío convertido, soy judío completo, como Pedro y como Pablo.

Después, Jacobo nos contó del hecho que le llevó a sentirse así. Como nos manifestara, había llegado a ser un cristiano convencido, pero inconscientemente culpable de un profundo desgarramiento interior. Fue entonces que en una muy calurosa noche de julio de 1960, un amigo le invitó a visitar la primera Iglesia de Dios en Pasadena (Texas), donde se estaban desarrollando unas reuniones especiales. Sin muchas ganas ya que no le gustaba mucho el emocionalismo, aceptó ir.

La reunión fue típicamente Pentecostal. Hubo cantos, testimonios y palmoteo, y al final, un sermón. Al terminar el predicador invitó a cualquier presente que tuviera un problema personal a que pasara al frente, a fin de que la congregación pudiera orar por él.

De pronto, Jacobo sintió un deseo enorme de dejar la inconsecuente vida que había llevado por tanto tiempo, y resolver de una vez por todas el conflicto que tenía. Pasó adelante y se arrodilló con algunas otras personas frente a la plataforma. Pero cuando el predicador le preguntó cuál era su necesidad especial, permaneció en silencio.

—Está bien —le dijo el orador—. Dios conoce cuáles son sus necesidades mejor que usted mismo —y volviéndose a la congregación pidió oraciones en el Espíritu por Jacobo.

Enseguida varios hombres dejaron sus asientos y se pararon alrededor del rabino arrodillado. Algunos

a un costado y otros detrás de él. Unos pocos pusieron sus manos sobre su cabeza y hombros, otros simplemente inclinaron sus rostros. Luego comenzaron a orar simultáneamente, unos en inglés, otros en lenguas. De pronto, Jacobo alzó su cabeza y se dio vuelta a mirar atrás, sus mejillas estaban enrojecidas y mojadas por las lágrimas.

—Eso fue hermoso —dijo—. ¿Cuál de ustedes es judío?

Ninguno contestó.

—¿Cuál de ustedes me conoce? Tendrá que perdonarme que yo no lo reconozca . . .

No hubo respuesta. Toda la Iglesia quedó en silencio.

—Vino precisamente de aquí, detrás de mí —dijo Jacobo—, exactamente de donde usted está parado —le dijo a uno de los hombres—. ¿Es usted judío?

—¿Yo? —el hombre sonrió—. Me llamo Juan Gruver. Soy irlandés . . .

—¡Esa es la voz! ¡Esa es la voz! —dijo el rabino con entusiasmo—. Pero usted . . . usted ¿habla hebreo?

—Ni una palabra —contestó Gruver.

Jacobo se paró. —¡Se equivoca! —le dijo— porque usted acaba de hablar en hebreo . . .

Mientras Jacobo nos contaba su historia, su voz se llenó de emoción.— ¿Pueden imaginarse a ese irlandés grandote hablando detrás mío el hebreo más hermoso que jamás he oído? ¿Puede imaginarse siquiera remotamente a un irlandés hablando hebreo? ¿Y cómo sabía él el nombre de mi padre? Nadie en Texas conocía a mi familia, pero esto es lo que él dijo: "Yo he soñado que tú irás a lugares importantes y populosos, donde vas a predicar. Los que no han escuchado van a entender, porque tú, Jacobo, hijo del rabino Ezequiel, entras en la plenitud del Evangelio de Jesucristo."

El rabino nos miró: —¿Qué me dice de eso?

Se sacó la servilleta del cuello y empujó la silla hacia atrás. —Dios estaba hablándome como a un judío y como a un cristiano también. No había diferencia. En Jesucristo toda diferencia desaparece.

Para mí, aquello fue concluyente.

Durante meses he estado tratando de resolver una evidente discrepancia en las historias acerca de las lenguas. En algunos informes se destaca el hecho de que las lenguas no eran reconocidas por nadie sino que aparecían como un montón de sonidos sin significado. Este era el tipo de lenguas con las que San Pablo estaba familiarizado. "Porque el que habla en lenguas no habla a los hombres, sino a Dios; pues nadie le entiende".[1]

"Lenguas desconocidas" es el nombre dado frecuentemente en la Biblia a este fenómeno y es aún la clase que se encuentra más fácilmente hoy en día.

También ha habido ejemplos, en tiempos bíblicos y después, cuando una lengua que no tiene ningún significado para el que la habla ha sido reconocida por algún otro, y donde el hecho de ser reconocida ha sido una parte esencial para su efectividad. El mismo Pentecostés, como se registra en el libro de los Hechos, es un ejemplo: la muchedumbre en las calles de Jerusalén quedó impresionada al oír a los adeptos de Jesús hablar en idiomas reales que no podían haber aprendido por medios naturales. Para Pacomio, una comprensión mística del idioma griego tuvo que haber sido de gran valor en su trato con extraños, pues éste era el único lenguaje en común. El judío que sin proponerse fue a la reunión que se celebraba en la calle Azusa se convierte porque Catalina Scott le habla en hebreo.

No podía seguir ignorando estas historias. Estaban apareciendo demasiado seguido entre gente que nosotros conocíamos personalmente: Harald Bredesen dijo que él había hablado en polaco y en árabe. Jacobo Rabinowitz oyó a un irlandés hablar en hebreo; y precisamente esa semana había recibido una carta de Dennis Bennett, escrita desde Seattle en una excelente mecanografía, lo que hacía presumir que la pequeña iglesia misionera tenía ahora una secretaria, diciendo que un chofer de camiones de su capilla había recibido el bautismo y que un chino reconoció el idioma en que habló, pues se trataba del dialecto mandarín.

—¿Tú crees esas historias? —le pregunté a Tib cuando volvíamos a casa en auto después de nuestro almuerzo con Jacobo.

Ella pensó un momento: —Yo le creo a la gente que cuenta las historias —me contestó.

Comprendí lo que quería decirme. Era imposible pensar en Jacobo, Harald y Dennis mintiendo deliberadamente para convencerme de algo, después de oírles y verles tan convencidos de lo que decían. Sus vidas habían sido transformadas por sus experiencias, difícilmente podrían actuar de mala fe.

Evidentemente, lo que ellos manifestaban y creían, eran milagros. En este punto me empecinaba. Seguramente había explicaciones naturales y lógicas para estas cosas. Revisé mi correspondencia de personas que hablaban en lenguas, seleccionando todas las cartas en las cuales hubiera algún indicio de que el Espíritu puso un lenguaje conocido en los labios de alguien. Las acomodé en mi escritorio y formaban una pila impresionante. El trabajo que me propuse encarar fue el de hallar una explicación que satisficiera la lógica y los hechos que el remitente exponía.

Por ejemplo, ¿no era posible que estos "milagros" no fueran nada más que un truco de la memoria subconsciente? El que hablaba en lenguas podía haber oído el idioma mucho tiempo atrás, quizá cuando niño, y retuvo frases en su subconsciente, aún cuando su mente consciente no tenía algún contacto con él.

Primero pensé que estaba en lo cierto. Porque en

muchas cartas encontré palabras tales como "fragmentos de" o "frases de" o "palabras que sonaban como" idiomas conocidos. Estos me parecían que eran fáciles de explicar con la teoría de los recuerdos subyacentes.

Más difíciles de explicar con esta misma teoría eran los casos en que alguien hablaba no una frase o dos en un idioma extranjero, sino que pronunciaba un discurso largo e hilvanado. El señor Roy H. Wead, de South Bend, Indiana, me había escrito este relato de un evento que ocurrió en 1934. El "Hermano Richardson" en la historia es el señor L. B. Richardson, de Jacksonville, Florida, quien en 1934 estaba asistiendo al mismo Seminario Pentecostal que Roy H. Wead.

"El hermano Richardson, en ese entonces", escribe el señor Wead, "estaba pasando por una gran prueba, con dudas considerables relacionadas con el Bautismo del Espíritu Santo. El tenía dudas, incluso de la experiencia en la cual había recibido el Espíritu Sànto, ya hacía algunos años, siendo aún niño.

"Comenzó a buscar al Señor en su habitación en el Seminario y siguió allí orando casi todo el día. Mi habitación estaba frente a la de él y podía oírle orar cuando me dirigía a las clases. Por la tarde, después de algunas horas de oración, era evidente que había obtenido una victoria maravillosa y estaba regocijándose en el Señor, alabándole en lenguas desconocidas, movido por el Espíritu.

"Todavía más tarde, al bajar al hall hacia mi habitación, vi a un joven chino, Samuel Ko, que se dirigía a la escuela, parado en el hall, al lado de la habitación del hermano Richardson, escuchándole hablar en lenguas desconocidas. El hermano Ko, muy entusiasmado, me empezó a contar que el hermano Richardson estaba hablando en chino y que él podía entender lo que estaba diciendo. Después dijo que el hermano Richardson estaba hablando acerca de cosas en China,

con las que el hermano Ko estaba familiarizado. El hermano Richardson había estado hablando en chino por algunos minutos, por lo menos media hora, o quizá mucho más."

La carta seguía diciendo que Richardson no recordaba haber tenido alguna vez contacto con el chino. La experiencia lo animó grandemente; su período de pruebas ya había pasado.

"Muy bien", me dije, "suponiendo siempre para el bien de esta investigación que el señor Wead es sincero y tiene una memoria bastante buena: Richardson habló en chino por media hora ¿no es factible, aunque difícil de imaginar pero no imposible de que ocurra, que Richardson no sólo oyó chino en su infancia, siendo muy pequeño, demasiado pequeño como para acordarse de ello, sino que aún lo habló con soltura?"

Supongamos que haya tenido un compañero de juegos chino o una niñera china que habla en voz alta acerca de las cosas en China las cuales Ko reconoció. Nosotros sabemos que Richardson estaba en un estado muy emocional cuando esto ocurrió —había estado orando por muchas horas— ¿no era éste el momento preciso cuando algún material sepultado por tanto tiempo podría ser desenterrado?

Una respuesta más convincente sería si una criatura, cuya completa historia de contactos fuera conocida, hablara un idioma realmente extranjero —y entre los Pentecostales es muy común que los chicos hablen en lenguas. El caso es que pronto encontré el relato de un evento así, en la pila de cartas de mi escritorio. Esta era de William C. Pickthorn, Palo Alto, California. Relataba algunos hechos que había registrado en su diario el sábado 30 de julio de 1932.

"Esto ocurrió en una reunión de oración en una casa, la cual de acuerdo con mi diario, era llevada a cabo a "unas dos millas de Noy Mine" no lejos de Ironwood, Michigan. Me hallaba ayudando a un pas-

tor llamado Block, que estaba tratando de establecer una iglesia en Ironwood. El Rdo. Block era pastor de Winegar, Wisconsin. El había testificado a un gran número de personas en pueblos cercanos y luego hizo llamar al equipo evangelístico del cual yo era miembro, para tratar de unirles en un cuerpo organizado de creyentes.

"En Ironwood eran llevadas a cabo reuniones públicas en una carpa. Un buen número de personalidades bien conocidas en la comunidad asistían a ellas. El diario personal registra para el 30 de julio la visita a una casa de familia llamada Erickson. Una joven que me había hablado la noche anterior estaba allí. Su madre había sido sanada por el Rdo. Block el invierno anterior, por medio de la oración. Toda la familia se había interesado en el Bautismo del Espíritu, pero tenían miedo de la experiencia porque les habían dicho que las "lenguas" eran del diablo. La madre había manifestado que le gustaría ir a una de las reuniones en la casa, pero sentía temor.

"Al final aceptó, y estuvo presente. Noté especialmente que ella estaba observando a un niño de unos 12 años de edad, que se hallaba sentado en el suelo con sus manos sobre sus rodillas. El niño estaba orando fervientemente. Mientras ella le observaba, él comenzó a hablar en un idioma que no pude entender. Luego empezó a cantar en un idioma desconocido.

"La señora Erickson se puso a llorar. Yo estaba bastante perturbado y traté de pedirle disculpas. "No", fue su respuesta, "este niño no me ha perturbado. No es por eso que lloraba. He conocido a este niño toda su vida. Estuve con su madre cuando él nació. El acaba de cantarme una canción en alabanza a Dios que no había nunca escuchado, y sé que él tampoco ha escuchado antes; y la cantó en mi idioma sueco, y no conoce mi idioma. Cuando él oraba estaba orando en sueco."

Si esta información era completa, ciertamente se constituía en un argumento contra la teoría de la memoria subconsciente. ¿Pero era completa? La señora Erickson no podría haber estado con el niño continuamente a pesar de lo bien que ella creía conocerlo. Y él vivía en una parte del mundo donde los inmigrantes suecos se habían establecido en grandes cantidades.

Luego encontré una historia que no podía ubicar de ninguna manera dentro de mi hipótesis de "recuerdos subyacentes".

Un día un joven de Nueva Jersey, Clifford Tonnensen, había ido a un campamento Pentecostal en Michigan. En el transcurso de la reunión, Clifford recibió el Bautismo en el Espíritu Santo y comenzó a hablar en lenguas. Una señora parada cerca se entusiasmó extremadamente. Clifford estaba hablando en alemán, dijo ella. Un alemán distinguido, fluido y hermoso.

Pero no fue sólo eso lo que conmovió a la señora, sino también el hecho de saber que él no podía estar hablando aquel idioma por ningún medio natural. El no podía siquiera hablar su propio idioma inglés. Clifford era un sordomudo que no había oído nada desde que una enfermedad había destrozado su oído a la edad de dos meses!

Unidos a relatos como éste, tuve que admitirlo, había otro factor que surgía contra el atribuir a la memoria el origen de algunos de éstos que parecían milagros. Algunas veces el que hablaba en una lengua extranjera, mencionaba hechos o sucesos que sólo el oyente sabía. John Gruver habló del padre de Jacobo Rabinowitz por su nombre. Kathleen Scott le dijo al visitante de la calle Azusa el porqué había ido él a Los Angeles y cuál era su ocupación. Aunque esta gente conociera naturalmente el idioma ¿cómo conocía los hechos?

Empujé mi silla hacia atrás, puse mis pies sobre el escritorio, y revisé el estado de mi investigación. Sin duda que algunos de los casos de trucos de la memoria pueden haber existido, pero me daba cuenta de que había muchos relatos que no podían ser explicados en esta forma. "Debo emplear otra táctica", le dije al fichero.

Y esta vez volví mi atención a la Biblia. Hay un solo ejemplo en las Escrituras sobre las lenguas que mencione que éstas fueron reconocidas como idiomas reales, y esto es en el mismo Pentecostés. Leí el pasaje otra vez y al hacerlo, tres versículos me llamaron la atención. Cada uno repetía la misma idea; una, dos, tres veces.

La oración que precedía a la idea expresada tres veces era con la que ahora estaba tan familiarizado: "Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen." Pero luego seguían estos versículos.

"Y hecho este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno les oía hablar en su propia lengua". Y como para hacer resaltar el punto, "... les oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios".[2]

¿No sugería esto que el foco de atención debería estar no en el orador pero sí en el oyente? En la multitud "todos los hombres les oían hablar en sus propias lenguas". Y como para hacer resaltar el punto, "les oíamos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua" y "... les oíamos hablar en nuestra lengua".

¿Podría ser que el milagro no fuera tanto un fenómeno de los labios como de los oídos? Muchas cosas se aclararían de inmediato con esta interpretación.

Explicaría, por ejemplo, cómo pudo haber sido escuchado L. B. Richardson hablando en chino por media hora. Sílabas sin significado eran empapadas de significado por la atención ansiosa que Samuel Ko

dio a las palabras. Como los oyentes en Pentecostés; él oyó a Richardson hablar en su propio idioma.

Explicaría cómo una criatura cuyas limitaciones en cuanto a idiomas eran conocidas, pudo haber sido oída por la señora Erickson hablando en sueco. Y cómo un muchacho sordo, que no podía hablar ni siquiera su propio idioma, pudo haber sido escuchado hablando alemán. Hasta explicaría todos esos casos en que el mensaje en lenguas contenía alusiones sólo conocidas por el oyente.

Pero no podría explicar adecuadamente los casos donde no una sino varias personas oyeron lo mismo. Para referirse a eso como un fenómeno del oído, tendría que admitir que un proceso interior idéntico obró simultáneamente en la mente de cada oyente, lo que en sí hubiera sido un milagro.

El doctor T. D. McCrossan de Minneapólis, cuenta la historia de nueve marineros norteamericanos quienes en sábado por la noche entraron a una pequeña Iglesia Pentecostal en Seattle, Washington, atraídos por la música, y luego escucharon, con sorpresa creciente, a una señora norteamericana conocida de ellos que se levantó y dio un mensaje en lenguas. Los nueve marineros eran de descendencia filipina, y los nueve reconocieron un oscuro dialecto filipino y estuvieron de acuerdo en el sentido de lo que habían oído. Ellos sabían que la señora no podía hablar filipino en forma natural; mucho menos este dialecto raro de una región poco visitada por occidentales.

Una experiencia más o menos similar ocurrió el domingo de Pascua, 1950, en una pequeña iglesia pentecostal en Gary, Indiana. Un miembro de la congregación, Paul Goodwin, se paró e hizo una exhortación en lenguas. Mientras hablaba hubo una agitación en un grupo de italianos de la congregación, y cuando terminó un joven llamado Leo Pella se levantó y dijo: "Nosotros conocemos a Paul Goodwin, y él no habla nuestro idioma. Pero acaba de

hablar en un italiano perfecto, como si se hubiera graduado en un colegio de Italia."

Pero la historia más sorprendente de mi colección tenía que ver con un grupo de personas que reconoció su propio idioma no en tierra extranjera sino en su casa; en este caso, quien habló fue un extranjero. El hecho ocurrió en el corazón de Africa en el año 1922.

En ese año el Rdo. H. B. Garlock y su esposa, de Toms River, Nueva Jersey, se ofrecieron como voluntarios para una misión peligrosa: Irían al Africa como misioneros entre los Pahns, una pequeña tribu en el interior de Liberia. Ningún misionero había trabajado nunca antes con los Pahns. La razón era simple: los Pahns eran caníbales. Los Garlock llegaron a Liberia y acamparon con un grupo de cristianos africanos de una tribu lindante con la de los Pahns. Casi inmediatamente la señora Garlock contrajo malaria. Su escaso botiquín pronto se vació y todavía la fiebre subía. Garlock tuvo bastantes dificultades para persuadir a los nativos a fin de que tomaran la ruta más corta de la costa para conseguir más medicina, porque ese camino atravesaba el territorio de los Pahns.

Al final, sin embargo, Garlock convenció al Jefe de que era posible bordear las áreas peligrosas, y que si la medicina no llegaba pronto, la señora Garlick podía morir. Una mañana, a la madrugada, un grupo de hombres dejó el campamento y salió lleno de temores, para traer los medicamentos necesarios.

Cerca del mediodía, el mensajero principal apareció de repente en la entrada de la choza de barro donde yacía la señora Garlock. Estaban sin aliento. Con la respiración entrecortada, sin ninguna ilación, contó lo que había pasado. Uno de sus hombres había sido capturado por los caníbales. El africano aseguró a los misioneros que si el hombre no era rescatado, se lo comerían.

El Rdo. Garlock se dio cuenta de que él era el responsable. Providencialmente, la fiebre de su esposa había empezado a bajar esa misma mañana una hora después de que la partida de abastecimiento se había ido. Sin titubear, Garlock fue hacia el territorio de los Pahns, llevando unos guerreros seleccionados; iba a tratar de sacar al hombre.

Poco antes de que oscureciera el pequeño grupo llegó a la villa donde estaba el mensajero. Había un cerco de madera alrededor del grupo de chozas pero nadie montaba guardia. Garlock se asomó con cuidado y vio que una de las chozas tenía centinelas a la puerta. Dos hombres con lanzas estaban sentados afuera, en el suelo, con sus piernas cruzadas. Sus cabellos estaban trenzados en colas largas y sus dientes afilados en punta.

Garlock estimó que esa sería la prisión. Se dio vuelta hacia sus hombres. "Voy a entrar", susurró. "Si hay problemas hagan todo el ruido que puedan. Yo trataré de salir en la confusión."

Garlock contaba con dos factores que lo ayudarían. Uno sería la probabilidad de que los Pahns no hubieran visto nunca un hombre blanco. Esperaba que esto le diera la ventaja de la sorpresa. El otro era que él creía en las historias milagrosas de la Biblia, las cuales decían que una ayuda sobrenatural llegaba cuando más se necesitaba. Garlock entró al campamento de los caníbales orando. Oraba para que Dios le mostrara paso a paso, lo que debía hacer.

Caminando lo más erguido que podía, se dirigió a grandes pasos directamente hacia la choza que servía de prisión. Los guardias estaban demasiado sorprendidos como para pararlo. Pasó entre ellos y se metió dentro de la choza. Oyó que afuera los guardias empezaron a gritar y escuchó el golpear de los pies contra la tierra de otros que se les unían. En el oscuro interior se arrastró hasta que sus manos tocaron una figura atada al palo central de la choza.

Sacó un cuchillo del bolsillo y cortó las ataduras. El mensajero le habló. Pero parecía imposibilitado de hacer esfuerzo alguno. Arrastró al aterrorizado hombre hasta afuera, a través de la puerta. Sólo hasta allí pudo llegar. A la salida había una amenazadora multitud de africanos gritando, armados con cuchillos, lanzas y hachas.

Garlock esperó oír el ruido hecho por sus propios hombres para llamar la atención. Pero afuera del campamento todo estaba en silencio. Garlock se dio cuenta de que había sido abandonado. No quedaba nada excepto probar una treta. Con gran parsimonia, puso al prisionero parado contra la choza, luego se sentó sobre el cráneo de un elefante que había al lado de la puerta. Todo este tiempo estaba orando. La multitud conservó la distancia gritando y golpeando, pero sin acercarse.

Salió la luna. Garlock permanecía sentado y en silencio en el cráneo del elefante. Finalmente la gente se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, en un gran semicírculo, de frente a la choza. En el centro de este semicírculo, Garlock creyó haber descubierto al jefe y al lado de él, al médico hechicero.

De pronto, este hombre se paró. Corrió unos pocos pasos hacia Garlock, después paró. Sacó una vara de caña, la sacudió ante Garlock, luego empezó a andar majestuosamente hacia atrás y hacia adelante entre el misionero y el jefe, hablando en voz alta y haciendo, ocasionalmente, gestos hacia el primero. Garlock no podía entender ni una palabra de lo que decía, pero le era evidente que estaba en un juicio.

El brujo habló durante una hora, y después, súbitamente, se calló. Vino por primera vez directamente hasta Garlock y lo miró a la cara. Echó su cuello hacia adelante y luego hacia atrás, en medio de los vivas de los que miraban. Después, con gran ostentación, puso la vara en el suelo a los pies de Garlock y retrocedió, esperando.

Hubo silencio en la tribu. Garlock entendió que era el momento para hacer su propia defensa.

¡Pero cómo! No sabía ni una palabra del idioma Pahns. La multitud comenzó a inquietarse. Para ganar tiempo, se paró y recogió la vara. Instantáneamente, los nativos se quedaron en silencio. Y mientras ellos esperaban, Garlock oró.

"Señor, muéstrame qué debo hacer. Manda tu Espíritu para que me ayude."

De repente, empezó a sacudirse violentamente. Esto lo asustó porque no quería que los otros vieran que tenía miedo. Pero junto con el temblor tuvo la sensación de la cercanía del Espíritu Santo. Las palabras de Jesús vinieron a su mente: " . . . os preocupéis por lo que habéis de decir, ni lo penséis, sino que lo que os fuere dado en aquella hora, eso hablad; porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo."[3]

Sintió un extraño valor. Respiró hondo y empezó a hablar. De sus labios salió una corriente de palabras que él no entendía.

Garlock vio a los nativos echarse hacia adelante, subyugados. Se dio cuenta de que las palabras tenían un efecto emocionante en los que escuchaban. El sabía, sin duda, que estaba hablando a los Pahns en su propio idioma.

Habló a los Pahns durante veinte minutos. Luego, tan súbitamente como vino, el poder del habla se desvaneció, y Garlock se dio cuenta de que había llegado al final de su discurso. Y se sentó.

Hubo un momento de espera mientras el Jefe y el hechicero hicieron consulta. Luego, enderezándose, el hechicero dio una orden y un gallo blanco fue traído al frente. En un instante el brujo le retorció el cuello. Salpicó con un poco de sangre la frente de Garlock y del prisionero. Garlock entendió esto como que el gallo había tomado su lugar; la sangre tenía que ser derramada, pero algo que dijo mientras ha-

blaba en el Espíritu había convencido a esta gente de que él y el preso tenían que ser puestos en libertad.

Unos minutos después caminaban a través de la jungla, de regreso hacia el campamento misionero. Aún más, el jefe les había dado dos de sus hombres para guiarlos en la primera parte del trayecto. Con el tiempo, los Pahns abandonaron el canibalismo y se convirtieron al cristianismo. Garlock está seguro de que la conversión comenzó con la semilla sembrada cuando él se paró, a la luz esplendente de una luna llena y dio un discurso del que no entendió ni una sola palabra.

Habiendo llegado a una pausa en mi trabajo, traté de mirar objetivamente el estado de mi investigación. ¿Estaba algo más cerca que antes de saber si se hablaba un idioma real? Había muchas historias de casos disponibles que sugerían varias respuestas. ¿Pero no había allí un defecto inherente en el mismo planteo de los casos?

¿Cuál sería, me preguntaba, la fuente de todas estas historia? Las había recogido de cartas que me habían sido escritas por personas que hablaban en lenguas, de artículos publicados por gente que hablaba en lenguas, y de entrevistas con gente que hablaban en lenguas. En otras palabras, estaba dependiendo de testigos interesados. Necesariamente, todas las historias que había coleccionado venían de personas que no eran observadores objetivos sino precisamente lo contrario: participantes implicados profundamente que arriesgaban una opinión personal en las conclusiones.

Durante meses estuve haciendo grabaciones de gente que hablaba en lenguas. Pensé que si las pudiera pasar ante un grupo imparcial de expertos en idiomas, y uno de ellos reconociera alguno de esos idiomas, la posición sería diferente. Podría luego hacer un estudio del fondo lingüístico del orador, sintiendo que el interrogatorio estaría basándose en algo sólido.

Unas tres semanas más tarde, me encontré con David Scott, editor de libros religiosos en McGraw-Hill, y seis lingüistas en un comedor privado en el Club de Profesores de la Universidad de Columbia. Tres de los lingüistas pertenecían al personal de Columbia; dos eran profesores del Seminario Teológico de la Unión, y uno del Seminario Teológico General. Había dos especialistas en idiomas modernos, tres en idiomas antiguos y un experto en el estudio de las estructuras del lenguaje.

Me hallaba interesado por ver sus reacciones ante nuestro experimento. Estaban muy atentos; dubitativos pero no hostiles. Al poner la primera grabación todos se inclinaron hacia adelante, esforzándose por captar cada sílaba. Varios tomaron apuntes. Pero no vi en ningún momento algún rostro que se iluminara por identificar algo. Puse otra grabación y luego otra. Durante una hora o más, escuchamos una oración tras otra hecha "en el Espíritu" y cuando llegamos al fin, miré alrededor y pregunté:

—¿Bien, señores?

Las seis cabezas se movieron negativamente. Ni siquiera uno había oído un idioma que pudiese identificar.

Sin embargo, hubo durante la prueba algunas observaciones interesantes. Uno de los lingüistas dijo que aunque no identificó palabras sintió que una de las grabaciones había sido estructurada en una forma muy similar a un poema moderno.

—La poesía moderna depende de sonidos tanto como del significado verbal para comunicar su mensaje —dijo—. En esa oración, yo sentí que aunque no entendía el significado literal de las palabras, capté el contenido emocional de lo que decía. Era un himno de amor, hermoso.

Fue de interés, también, que aunque no fue captado ningún idioma que estos hombres conocieran, ellos habían identificado frecuentemente, estructuras

en las grabaciones. La forma de un idioma real; la variedad de las combinaciones de sonidos; y la no repetición es literalmente imposible, dijeron, de reproducir mediante un esfuerzo deliberado. Recordando la parodia de Dina Donohue del hablar en lenguas, había deslizado en las grabaciones dos casos de jerigonza puramente inventado, uno por nuestro hijo Scott, y uno por Tib. Habían tratado de imitar lo más acorde posible con el resto de la grabación, pero los lingüistas inmediatamente localizaron el fraude.

—Eso no es un idioma —dijo uno—. Esto es tan sólo ruido.

Al levantarse para retirarse, otro profesor dijo que de acuerdo con el último censo levantado por la Academia Francesa, hay al presente cerca de 2.800 idiomas conocidos y dialectos hablados corrientemente en el mundo —sin contar todos los idiomas que han surgido en la tierra y que luego desaparecieron.

La Academia llamó incompleta, inclusive, la lista de idiomas corrientes —dijo—. Entre nosotros, aquí en esta habitación, hablamos sólo una pequeña fracción de éstos. Si hubiera idiomas reales en esas grabaciones, los obstáculos para que los identifiquemos son enormes.

Aunque no dijimos esto a dichos eruditos, sabíamos que desde el punto de vista de los pentecostales los idiomas corrientes y anticuados de la tierra eran sólo el principio. Operando más allá del mundo mortal, el Pentecostal cree que su idioma puede tener origen en esferas espirituales. Siempre había leído las palabras del capítulo 13 de Primera Conrintios de San Pablo, "si yo hablase lenguas humanas y angélicas", en un sentido poético. Pero visto en el contexto de los capítulos anteriores y posteriores, no tengo ahora ninguna duda de que Pablo estaba hablando en lenguas en el específico sentido pentecostal, y de lenguas angélicas como una variedad de éstas.

Los resultados netos del experimento, no obstante, fuero negativos. Habíamos presentado unos 40 ejemplos de lenguas a expertos de idiomas y ninguna había resultado reconocible. Mi intento de descubrir si se hablaba o no un idioma real, no parecía haberme llevado a una decisiva conclusión; entonces decidí volver mi atención hacia otros cauces.

De manera extraña, el argumento más fuerte en favor de hacer eso venía de la gente que hablaba en lenguas. Un día estaba hablando con el doctor Howar Erwin, un pastor Bautista en Atlantic Highlands, Nueva Jersey, y creyente ferviente en el valor de las lenguas, acerca de mi intento de identificar algún idioma en ellas.

—¿Está seguro de que no está cometiendo un error fundamental? —me preguntó el doctor Erwin.

—Debo estar cometiéndolo, pues no veo que me esté acercando a una respuesta.

—Creo que la equivocación es el separar las lenguas del todo esencial, del cual son una parte —dijo, y agregó—: Permítame que le cuente una pequeña historia. Sucede que a mí me gusta mucho la arquitectura cristiana. Un día, iba manejando el coche y encontré una pequeña capilla gótica exquisita. Paré, y bajé a admirarla. Pero esa pequeña iglesia tenía en su entrada una puerta roja brillante. Mis ojos hubieran querido seguir hacia arriba las líneas arrogantes del edificio, como obliga la arquitectura gótica, pero mi mirada se desviaba continuamente hacia esa puerta roja. Era tan llamativa que no me dejaba ver el cuadro entero. Las lenguas, Juan, son como las puertas. Mientras está afuera uno, la atención se va a fijar allí y no a poder ver nada más. No obstante, una vez que la atraviesa, se verá rodeado por las mil maravillas de luz, sonido y forma que realizó el arquitecto. Estando adentro usted mira a su alrededor, y esa puerta no es ni siquiera roja. Está allí. Está para ser usada. Pero ha tomado el lugar que le correspondía en el diseño de toda la Iglesia.

Eso es todo lo que yo he deseado para usted, Juan. Creo que es tiempo que usted cruce esa puerta. Si quiere realmente descubrir en qué consiste la experiencia pentecostal, no se concentre en las lenguas, sino atraviese la puerta y encuentre al Espíritu Santo."

CAPÍTULO X

EL BAUTISMO EN EL ESPIRITU SANTO

El domingo le conté en la Iglesia a un amigo lo
126 de la puerta roja del Dr. Ervin. Se sonrió pensativo.

—Bueno, cuando usted encuentre al Espíritu Santo —dijo— por favor preséntemelo. Nunca tuve una idea muy clara de él.

Y no fue el único. Recuerdo un domingo, cuando aún era niño en Louisville, Kentucky, haber escuchado un mensaje acerca del Espíritu Santo. Fue la primera y única vez que oí no sólo mencionar al Espíritu Santo sino aún hablar de él en forma directa desde nuestro púlpito, y todo lo que recuerdo de la ocasión es que mi hermana y yo hacíamos garabatos en el margen del boletín de la iglesia y fuimos reprendidos con la mirada por un ujier.

Pero en realidad, me hallaba hoy mejor informado. ¿No era aún el Espíritu Santo una sombra para mí? Un aspecto de Dios, la Tercera Persona de la Trinidad, un concepto que uno aprende todos los domingos en el credo, pero un espíritu al fin, como si fuera el remanente sin forma de alguien que en una época de la vida de la Iglesia había sido muy real, pero que

ahora no era más que un recuerdo.

Yo sabía que el uso del pronombre personal era correcto al referirse a él. Sin embargo no actuaban como si lo creyera. Cerca del hospital, en nuestra ciudad vecina de Mount Kisco, hay una luz de tránsito. Si necesitara cruzar la calle y llegar al hospital en un apuro, podía rogar fervientemente a la luz de tránsito, pero no lograría cambiar su ciclo por un solo segundo. Cruzaría, sí, pero sólo cuando el mecanismo hubiera cumplido un ciclo completo. Ocasionalmente, no obstante, un policía podría apagar la luz mecánica y dirigir el tránsito él mismo en esa esquina. Si él estuviera allí al hacer yo mi pedido urgente vería sin duda el curso normal del tránsito interrumpido, el ciclo alterado, y hecha una excepción. En mis oraciones, cuando el nombre del Espíritu Santo era mencionado e invocado, noté que él llenaba más la función de la luz de tránsito que la del oficial.

El Dr. Ervin había sugerido que atravesara la 127
puerta roja y encontraría al Espíritu Santo. Antes que pudiera considerar el hacerlo, quería conseguir más información sobre esta entidad que me invitaba a conocer. Entonces, una vez más, armado de Concordancia y Biblia, me lancé a buscarla.

Hace unos años tuve una entrevista con Roberto Frost. El poeta trazó una imagen que resaltó en mi mente con particular vividez al lanzarme en la búsqueda.

Si deseas interpretar lo que un hombre siente hacia Dios —dijo— no le pidas un credo, sino observa su vida. Es como si una moneda estuviera escondida debajo de un trozo de papel. No la puedes ver directamente, pero puedes descubrir su identidad frotando un lápiz sobre el papel. De todas sus alturas y valles individuales, surgía la respuesta.

Deseaba utilizar esta respuesta con el Espíritu Santo. Quería descubrir quién era, no leyendo varios credos sino observando su accionar en la Biblia. Qui-

zá examinando alturas y valles, obtendría un retrato de él.

Pensé que las referencias al Espíritu Santo estarían todas en el Nuevo Testamento; para mi sorpresa descubrí que no era así. Es verdad que las palabras precisas "Espíritu Santo", aparecen sólo tres veces en el Antiguo Testamento, pero el concepto del Espíritu se desarrolla desde mucho más atrás: del Génesis.

Una de las primeras cosas que noté fue que la confusión sobre si el Espíritu es "una fuerza" inanimada o una persona, data del comienzo del pensamiento bíblico sobre el tema. La palabra raíz para el Espíritu en Hebreo es RUAH; y esta palabra tiene dos significados distintos. Uno es "VIENTO"; y el otro es "RESPIRACION". Uno es una fuerza impersonal; el otro es más íntimo, como teniendo conciencia, porque no se puede tener "respiración" sin alguien que respire.

La cualidad básica de ambos era, no obstante, de movimiento. RUAH estaba siempre en acción. Se movía. Llegaría a afectar a cualquier cosa que se pusiera en contacto con él.

Otro concepto interesante en el uso antiguo de la palabra, era creatividad. RUAH estaba íntimamente asociado al concepto de nacimiento. Era el Espíritu de Dios que se movía sobre la superficie de las aguas en la creación. Era la respiración o hálito que fue soplado en la nariz del hombre y que le convirtió en un alma viviente.

En libros más recientes del Antiguo Testamento, el Espíritu es descripto como desempeñando un papel principal en las vidas de cientos de individuos. La llegada del Espíritu a un ser humano era casi siempre acompañada de un cambio abrupto en su personalidad. Samuel le dijo a Saúl que el Espíritu de Jehová descendería con poder sobre él; y que después cambiaría tanto que parecería otro hombre. Y realmente, el joven Saúl de "la más humilde de todas las

familias de la menor de las tribus de Israel" fue convertido en uno de los grandes líderes del Antiguo Testamento.

El Espíritu, habitualmente hacía héroes de hombres comunes. Fue el Espíritu de Jehová que le dio su fuerza a Sansón. El Espíritu de Dios descendió sobre Josué antes de que sonara la trompeta señalando la caída de Jericó. David consideraba que era el Espíritu de Dios que hablaba a través de él. La lista de hombres que fueron tocados por el Espíritu es el registro de los gigantes del Antiguo Testamento:

José	Oseas
Moisés	Amós
Josué	Abdías
Jefté	Jonás
Nathán	Miqueas
Gad	Nahum
Ezequiel	Habacuc
Daniel	Hageo
Joel	Malaquías

Pero había otro aspecto del Espíritu de Dios, descendiendo sobre un hombre. En los Salmos 51 y 139 el Espíritu llega al poeta no como una fuente de fuerza para actos poderosos, sino como una Presencia íntima, comparativamente sutil; un guía, no de ejércitos, sino del alma del hombre:

"Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, Y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me eches de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu."[1]

"Oh Jehová, tú me has examinado y conocido.

Detrás y delante me rodeaste, y sobre mí pusiste tu mano.

¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?"[2]

En estas líneas hay un sentido de la cercanía de

Dios, bastante diferente de la adoración llena de miedo al distante e inabordable Jehová.

El paralelismo con el pensamiento cristiano es ineludible, y naturalmente fue ésta la siguiente observación que hice. En estos pasajes del Antiguo Testamento en los cuales los cristianos ven la representación de Cristo, el Espíritu figura prominentemente. La más notable de estas profecías aparece en Isaías (11:1-2).

"Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces.

"Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová . . ."[3]

"He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones."[4]

Si esto era verdad, yo debería esperar encontrar una serie de referencias al Espíritu en la época del nacimiento de Jesús. Y, en efecto, allí estaban. Jesús mismo fue concebido por el Espíritu Santo. El Espíritu le prometió a Simeón que él, antes de morir, vería al Mesías. Juan el Bautista, el principal actor en el drama de reconocimiento que tuvo lugar con la venida de Cristo, estaba asociado al Espíritu Santo desde el principio. La madre de Juan fue llena del Espíritu al ser saludada por María. Su padre recibió el Espíritu el día que le pusieron nombre al hijo. El mismo Juan fue lleno del Espíritu Santo desde el momento de su nacimiento. Además, iba a haber un signo específico por el que Juan reconocería a Cristo al verlo: sobre quien viera descender el Espíritu, esa persona era el Hijo de Dios.

El ministerio terrenal de Cristo no empezó hasta después de que le fue dado el Espíritu en su Bautismo. Fue mediante el poder del Espíritu que Jesús obró

sus milagros, y que a través de este poder también los hombres entrarían al Reino que él predicaba.

" . . . El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios."[5]

Al aproximarse su muerte, Jesús empezó a preparar a los discípulos para la venida de este poder, diciéndoles que era conveniente para ellos que él se fuera, porque de no ser así, el Espíritu no vendría. Pero cuando el Espíritu hubiere venido, se quedaría con ellos para siempre. Los guiaría, enseñaría y fortalecería, y en su poder iban a hacer obras aún mayores que las que había hecho Cristo.

Después de su muerte, Jesús recordó esta promesa a sus discípulos y les mandó permanecer en Jerusalén hasta que el Espíritu descendiera sobre ellos. Aquí hice una pausa en mi lectura y traté de resumir lo que había descubierto acerca de este Espíritu que estaba viniendo:

Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, se habla del Espíritu en términos de acción. Palabras que sugieren movimiento, fuego, viento, respiración, lluvia, paloma — son usadas para referirse a él. El Espíritu es dinámico: es Dios en acción.

En el Antiguo Testamento hay sugerencias de que el Espíritu es personal; en el Nuevo Testamento este punto es recalcado. Cristo está constantemente, dando nombres al Espíritu, que describen su ministerio, su cuidado, su naturaleza protectora. Llama al Espíritu Guía, Consejero, Consolador, Protector.

Tanto en el Nuevo como en el Antiguo Testamento, el concepto de poder y Espíritu están estrechamente aliados. En el Antiguo Testamento el poder opera principalmente a través de grandes reyes y profetas que dirigen la nación. En el Nuevo Testamento el poder está para ser conferido a la gente común que sigue a Cristo.

En ambos Testamentos, cuando el Espíritu toca la

vida humana, la personalidad se transforma.

Este fue entonces el retrato que surgió de seguir las "alturas y valles" de la actividad del Espíritu Santo. Los discípulos esperaron en Jerusalén el arribo de este Espíritu. Y cuando en Pentecostés, él vino, transformó al tímido grupo de discípulos en apóstoles (que significa "enviados").

Los hombres y mujeres que esperaban en el Aposento Alto emprendieron inmediatamente, una serie asombrosa de actos llenos de poder. Ese mismo día, Pedro —el mismo Pedro que había escapado por salvar su vida la noche del arresto de Jesús unas pocas semanas antes— se paró valientemente ante las autoridades y predicó tan elocuente y convincentemente que 3.000 personas se convirtieron al momento. ¡Y esto de un pescador del poco estimado distrito de detrás de la costa de Galilea! No era sorprendente que después de esto, los apóstoles insistieran en que sus nuevos conversos recibieran este poder también. Era

la herramienta necesaria sin la cual no podían desarrollar la tremenda tarea que Cristo les había dado.

¿Qué se sentía al recibir al Espíritu Santo? No hay descripciones completas en la Biblia, pero de lo que se dice podemos completar el cuadro siguiente:

En primer lugar, si el Espíritu Santo es Dios en su aspecto dinámico, para conocerlo tendrá que mediar, necesariamente, una experiencia. Más aún, debiera ser una experiencia con una personalidad; con una personalidad que se interesa profundamente. Sería una experiencia de comunión. Una comunión creadora, transformadora, en algunas ocasiones delicada como una paloma, en otras ardientes como el fuego; como todas las buenas amistades, intangible y misteriosa.

"Bautismo" es sólo una de las palabras usadas en la Biblia para describir el momento en que un hombre llega a un contacto pleno en esta comunión. Los otros términos también sustentan la idea de que el Espíritu

Santo es Dios en acción. Algunas veces el Espíritu "caía" sobre los hombres, o eran "llenos con el Espíritu". En otras "recibían" al Espíritu. Se dice que el Espíritu "procedía de Dios".

Una característica de la experiencia era que producía dos resultados. En primer lugar había lenguas; y además, en Pentecostés por lo menos, se pusieron un poco tumultuosos, lo suficiente como para que la gente se preguntara si estaban borrachos.

Me impresionó el curioso contraste entre los sobrios púlpitos de hoy, aquel primer sermón cristiano que comenzó con una negación vigorosa hecha por el predicador, de que él y sus amigos no estaban borrachos "porque", dijo, "son solamente las nueve de la mañana", ¿cómo podría alguno estar borracho?

Y en los tiempos del Nuevo Testamento ¿cómo se iniciaba la gente en esta experiencia? Parecían existir varios caminos: en Pentecostés, los discípulos,

simplemente se reunieron y aguardaron expectantes. Pero Cornelio, sus amigos y parientes, escuchando predicar a Pedro acerca de Cristo no esperaban nada cuando el Espíritu descendió sobre ellos. En algunos casos, un cristiano lleno del Espíritu lo pasaba a otros por medio de la imposición de manos.

Cerré la Biblia, sintiendo que lo que había estado leyendo tenía un sentido extrañamente contemporáneo. Sabía de dónde provenía ese sentimiento. Las cartas en mi archivo, las entrevistas con gente llena del Espíritu, todo mostraba que las cosas habían cambiado poco en lo concerniente al Espíritu desde que fue escrito el Nuevo Testamento. Hasta había semejanzas en cuanto a la forma en que él descendió sobre los cristianos del siglo I.

Recordé un ejemplo reciente donde un grupo de personas escuchando la voz de Dios, como lo hizo la familia de Cornelio, y sin esperar el Espíritu más que aquellos, fueron repentinamente sobrecogidos de

la misma manera. En 1954, un predicador menonita, Gerald Derstine, estaba conduciendo un Seminario de estudio bíblico de una semana en el norte de Minnesota. Un día, de repente, un joven se arrodilló en la clase y se puso a llorar.

"Esta clase de emoción era muy poco usual en la iglesia menonita", dice Derstine, "y al principio tratamos de hacerlo callar. Pero antes de que pudiéramos, otro estudiante estaba llorando. Y luego otro. Tratamos de sacarlos de la clase, pero ni bien sacamos uno, dos o tres más se pusieron a llorar.

"Y luego notamos algo sorprendente: sonidos extraños salían de las bocas de algunos de estos jóvenes. ¿Eran estos los "labios tartamudos" de que habíamos leído en la Biblia?

"Nunca antes, que yo sepa, había ocurrido algo semejante en nuestra iglesia. Los menonitas no enseñan que estas manifestaciones son para hoy: nosotros considerábamos que pertenecían a unos 1.900 años atrás. Y, sin embargo, allí, delante de nuestros ojos, de repente, nuestros estudiantes estaban hablando en lenguas, igual que en Pentecostés."

Una amiga de nosotros, Lila Ginter, fue llena del Espíritu siendo niña, sin siquiera saber que existía una experiencia religiosa semejante. Lila estaba un día en el huerto de su padre en Ohío mirando hacia arriba, a través de nubes blancas de manzanos en flor, el cielo azul, cuando tuvo, de pronto, una sensación abrumadora de la presencia de Dios. Trató de decirle algo, en la forma inconsciente en que a veces hablan los niños y los sonidos que salieron de su boca no eran en inglés y aunque habló con soltura por un buen rato, sus labios no formaron ninguna palabra comprensible. "Nunca conté esta experiencia a nadie", me dijo Lila, "pensé que yo era el único ser viviente a quien le ha ocurrido algo semejante. Sucedió 40 años antes de que descubriera que había grupos enteros de gente para quienes este fenómeno era normal."

Más común, hoy día es que la experiencia venga porque alguien está buscándola consciente y activamente. Pero hay mucha variedad en cuanto a la forma de buscarla, como la hay también en la Biblia. Algunos se basan en el mandamiento de Cristo a sus discípulos. "He aquí yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder de lo alto."[6]

La palabra que ellos recalcan es "quedaos". Sienten que deben esperar, algunas veces por días, orando y alabando a Dios hasta que venga el Bautismo. Otros sienten que no hay ninguna necesidad de quedarse. Señalan otras ocasiones en el Nuevo Testamento cuando el Espíritu fue dado ni bien el creyente lo pedía. Algunos sienten que la persona debe hallarse en un estado de profunda oración antes de que pueda recibir este Bautismo. Pero otros adoptan el punto de vista opuesto: sienten que el Bautismo no es una experiencia espectacular, sino un paso común, casi rutinario en la vida de un creyente.

¿Y qué decir acerca de la emoción que acompaña a esta experiencia? Algunos dicen que junto con las lenguas tendría que venir un "testigo" interior: "una sensación" de que el propio espíritu de uno y el Espíritu Santo están en comunión. Otros creen que el Bautismo ocurre en un plano enteramente separado de la emoción; y que es más digno de crédito cuando no está acompañado ni por el más leve signo de los sentimientos.

Una cosa distintiva en esta experiencia del bautismo del Espíritu Santo parece ser la ausencia de criterios absolutos. "Me preocuparía si fuera de cualquier otra forma", dijo Tib una noche cuando estábamos discutiendo esto. "Si el Espíritu es como el viento, soplando donde quiere, las reglas fijas serían sospechosas. Sería como salir de un tornado y encender un ventilador eléctrico".

Pero aunque este viento del Espíritu "sopla de don-

de quiere"[7] es también innegable que ciertos individuos, hoy como en tiempos apostólicos, tienen un ministerio especial para transmitirlo. Al principio del avivamiento Pentecostal, J. E. Stiles acostumbraba viajar alrededor del mundo, reuniéndose con pequeños grupos de cristianos, orando para que ellos recibieran el Espíritu. Literalmente, miles se iniciaron en la experiencia de estas reuniones. David du Plessis tiene este ministerio especial. Así también el reverendo Richard Winkler, rector de Trinity Episcopal Church, Wheaton, Illinois.

Una de las personas más activas que conocemos en este campo es una mujer: Jean Stone es una ama de casa y madre, en un suburbio de Van Nuys, California. Era miembro de la Iglesia Episcopal San Marcos en Van Nuys, en la época del revuelo que produjo el sermón de Dennis Bennett. Jean sintió que el malentendido nunca hubiese ocurrido si la gente hubiera estado más informada sobre la obra del Espíritu en los tiempos modernos. Una tarde, le anunció a su esposo que había decidido empezar una revista que llenaría esta función en otras parroquias.

—Sonreí compasivamente —dijo el esposo de Jean—. Jean no tenía sentido de los negocios como para suscribirse. Ella carece por completo del sentido de lo práctico. Tiene una vaga noción de lo que podría ser una publicación trimestral lujosa, sofisticada y ambiciosa destinada a intelectuales, a la que piensa llamar "Trinidad".

Donald sonrió un tanto melancólico al tiempo que sacaba de su portafolios una lujosa, sofisticada, y ambiciosa revista cuatrimestral llamada "Trinidad".

Además de publicar la revista, Jean viaja por todo el país hablando acerca del Bautismo en el Espíritu Santo y, cuando le piden, orando con aquellos que desean recibirlo. Tiene un modo especial de tratar con la gente para quienes su revista es editada; los

bien educados y conservadores miembros de las iglesias denominacionales.

—Estas personas no se abocan a otras esferas de su vida demostrativa o excitadamente —dice ella— y no veo por qué el Espíritu Santo deba serles presentado bajo esta característica.

Nosotros la hemos oído dirigiéndose a algunos grupos y notamos que su presentación es muy sana y reposada. "Los apóstoles daban por sentado que los cristianos recibirían el Bautismo", dice a su auditorio. "¿Han recibido ustedes el Espíritu Santo ahora que son creyentes?" les preguntaban a los nuevos conversos. Y si la respuesta era negativa rogaban a Dios que les diera el Espíritu Santo al momento, confiando en que el Señor no privaría a ningún creyente de este poder imprescindible.

"A mí me gusta realizar este ministerio particular" dice a menudo. "Es el único donde uno puede esperar un ciento por ciento de éxito. El Bautismo es para la Iglesia entera. Para todo cristiano."

Ella no espera una gran emoción en el momento del Bautismo. "La nueva lengua es, generalmente, tranquila y hermosa", manifiesta, "gozosa pero no frenética." Para Jean recibir el Bautismo, más que una experiencia emocional, es tomar las herramientas para hacer un trabajo. Es una transacción entre el Arquitecto y sus obreros. "¿Trabajarás en este edificio mío? Aquí está el equipo que necesitarías." Y nos da poder de sanar, poder de profecía, inteligencia, lenguas, cualquier cosa que podamos necesitar para hacer nuestra parte en la construcción".

Pero el Bautismo de ningún modo es siempre tan tranquilo. El doctor Juan F. Barton, un dentista en West Hartford, Connecticut, me contó que en su Bautismo sintió como si recibiera una sacudida de electricidad, no dolorosa pero sí estimulante. Algunas veces estas sacudidas de poder producen manifestaciones físicas. Los músculos de una persona pueden

reaccionar, flexionarse y relajarse hasta que todo el cuerpo empieza a sacudirse. O puede empezar a llorar, o a cantar. O si no, quedar literalmente postrada: los *Holly Rollers* (santos que se revuelcan), que son en su mayor parte gente de color, pentecostales, toman su nombre de esta manifestación desusada.

Las reacciones físicas tienen defensores en sectores inesperados. Me sorprendió leer esto en el diario de Juan Wesley:

El peligro (escribió Wesley, hablando de gritos desaforados, convulsiones, danzas, visiones, trances y demás) era tenerlos en menos; condenarlos por completo; imaginarse que no había en ellos nada de Dios, y que significaban un obstáculo a su trabajo. Mientras que la verdad es:

1) Dios repentinamente y poderosamente convenció a muchos de que eran pecadores perdidos, las consecuencias naturales de lo cual eran gritos repentinos y fuertes convulsiones del cuerpo;

2) Para fortalecer y animar a aquellos que creen, y, para hacer su trabajo más evidente, él favoreció a varios de ellos con sueños divinos, a otros con trances y visiones;

3) En algunos de estos casos, después de un tiempo, la naturaleza se mezcló con la gracia;

4) Satanás, en forma semejante, remedó este trabajo de Dios para desacreditar toda la obra; y a pesar de esto no es más sabio desistir de esta parte que renunciar al todo. Al principio, sin duda, era enteramente de Dios. Y en parte, así es hoy; y él nos permitirá discernir hasta dónde, en todos los casos, el trabajo es puro, y dónde se mezcla y desvirtúa. La sombra no es ningún descrédito de la substancia, ni la falsificación, del diamante real.

Las manifestaciones físicas no son la única respuesta posible al Bautismo. Hay también reacciones emo-

cionales fuertes. En mi correspondencia había referencias constantes a una sensación de bienestar. Aquí hay ejemplos:

"Era como ser inundado de gozo".

"Empecé a alabar a Dios en el nuevo lenguaje que me había sido dado. Al mismo tiempo, sentía que mi espíritu tenía alas; me elevaban hacia el cielo en un poema."

"Me empecé a reír. Era una cosa extraña el hacerlo pero solamente quería reír y reír en la forma que uno lo hace cuando se siente tan bien, que no lo puede expresar en palabras. Me desternillé de risa. Dejé de reír por un rato y empecé de nuevo. Riendo y riendo."

"Descubrí, por primera vez, por qué los discípulos fueron acusados de estar borrachos en Pentecostés. Así me sentí yo en mi propio Pentecostés: en el mejor de los espíritus. Concretamente, borracho de alegría."

"En mí había paz. Solamente una paz maravillosa, callada, quieta y profunda."

Bastante a menudo, junto con esa sensación de bienestar, se veía alguna forma de sanidad. Una de las personas que encontramos en el "Grupo del Sábado" en el Hotel Benjamín Franklin, en Filadelfia, era la esposa de un pastor bautista que había tenido una experiencia asombrosa. Esta señora había nacido con una pierna de cinco centímetros más corta que la otra y toda su vida había usado un zapato especial en ese pie. La noche en que ella recibió su Bautismo sintió una sensación de quemazón en esa pierna, pero no le prestó atención por el intenso gozo del momento. El gozo era su reacción espontánea al Bautismo; se sentó durante horas en un sofá, con lágrimas de felicidad rodando por sus mejillas. Pero cuando al final se paró para ir a su casa, tropezó. El paso siguiente fue igual. Después de haber recorrido toda la habitación tropezando y cojeando, se dio cuenta de lo que ocurría: Su pierna corta había crecido cinco centímetros; el zapa-

to especial estaba haciendo desiguales a las piernas. La curación, agregó ella ese sábado mirando hacia abajo a sus dos zapatos normales, fue permanente.

Al Rdo. David C. Wilcox de Milwaukee (Wisconsin), su doctor le había aconsejado tomar una onza de brandy en agua caliente tres veces al día para aliviar su tensión nerviosa. Seis años más tarde el señor Wilcox estaba tomando un litro de vodka por día, y tragando caja tras caja de pastillas, luchando por guardar su alcoholismo en secreto. Probó con la oración, psiquiatría, hipnoterapia, Alcohólicos Anónimos, nada lo ayudaba. Por fin una noche se quedó dormido sobre sus rodillas después de una oración larga e intensa. Cuando se despertó, sabía que algo muy importante estaba ocurriendo. Sintió que el Espíritu Santo lo estaba llenando con poder. Supo, específicamente, que desde ese instante había superado su problema con el alcohol.

140 "Dios, maravillosa y milagrosamente, me libró del demonio del alcoholismo", dice Wilcox hoy, cinco años después de su Bautismo. "Esta liberación vino tan silenciosamente como el rocío de la mañana y sin embargo con una fuerza de impacto tan tremendo que cambió mi vida completamente."

Otra clase de sanidad consignada frecuentemente, es la cura del espíritu. Marianne Brown de Parkesburg (Pennsylvania), es hoy una persona verdaderamente feliz. Tiene una sonrisa maravillosa, contagiosa; pero las arrugas que se ven alrededor de sus ojos no son de sonreír, sino de los años que Marianne pasó en un estado de ansiedad continua.

Marianne vivía en una mansión de once habitaciones, construida en los días en que la servidumbre era barata y fácil de conseguir. No era así cuando los Brown se mudaron a dicha casa ubicada al lado de la vieja Iglesia Presbiteriana. Marianne estaba constantemente atrasada en sus quehaceres: o cuidaba la casa, sus cinco chicos y su marido ministro, descuidando las necesidades de la parroquia, o si no ayudaba en el trabajo de la parroquia y su casa sufría. Siempre tarde, siempre corriendo, siempre presionada, Marianne se fue desesperando cada vez más. Su solución era simple: cuando las cosas le iban muy mal se metía en la cama.

"Esas enfermedades", me contó un día, cuando Tib y yo la fuimos a visitar en Parkesburg, "trajeron una recompensa doble: obtuve mucha compasión y estaba libre de responsabilidades. Pero no sabía que ésta no era forma de vivir. Sabía que Dios no quería que yo fuera una semi-inválida, pero no tenía fuerzas para cambiar la situación."

Fue entonces que Marianne recibió el Bautismo del Espíritu. "La nueva lengua que me fue dada", dijo ella, "estaba entremezclada con olas de regocijo en la que todo temor parecía desvanecerse. Era una lengua de risa. Y cuando hube terminado de reír sentí que nunca más tendría que pasar otro día postrada en 141
cama." Durante 8 años este testimonio demostró ser verdadero. "El me prodigó fuerza y gozo, de manera que pude hacer en horas lo que antes me había tomado días."

De toda la variedad de experiencias con el Espíritu Santo, todos los casos tenían una cosa en común: Así el Bautismo viniera silenciosamente o con estrépito; inesperadamente o después de larga búsqueda, el resultado último era acercar el individuo a Cristo. Jesús dejaba de ser un personaje en las hojas de un libro de historia; o el recuerdo de alguna experiencia personal culminante. Su Espíritu estaba con el creyente bautizado en el momento presente, minuto a minuto, mostrándole en cada instante la naturaleza y personalidad de Cristo.

Y súbitamente me di cuenta que yo mismo había completado un ciclo. Toda esta investigación había empezado en el vacío que siguió a mi experiencia culminante en el hospital. Estaba siguiendo (quizás

todos los cristianos lo sigan) el sendero que tomaron los discípulos: Primero, un encuentro directo y personal con Cristo. Luego; luego parece que se retira. Después un deseo de que vuelva, un sentido de impotencia porque nada de lo que hacemos parece ayudar a ese retorno.

¿No era la lección que había aprendido en la Biblia, y de la gente que ha tenido la experiencia hoy día, que para verlo nuevamente necesitamos la mediación del Espíritu Santo? "Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí."[8]

CAPÍTULO XI

HABITACION 405

Parece haber una extraña relación entre dar un paso aparentemente imprudente —que Dios requiere específicamente— y recibir poder espiritual. A la orden de Jehová, Moisés extendió su vara sobre el agua y el mar Rojo se dividió. La viuda pobre fue instruida por medio de Eliseo, para que juntara muchas tinajas y empezara a echar en ellas el aceite de su pequeña vasija; cuando hubo terminado, había juntado aceite suficiente como para pagar todas sus deudas. Eliseo tuvo que golpear el agua con su capa antes de que se dividieran.

Una vez tuve la ocasión de hablar sobre este fenómeno con Billy Graham. El hacía años que lo había notado y era de la opinión de que el secreto consistía en vencer la timidez y la voluntad propia, lo suficiente como para efectuar la tarea. El había notado que

para mucha gente era extremadamente difícil salir de sus asientos y pasar al frente en una de sus reuniones. Pero también se daba cuenta que ese gesto aparentemente imprudente tenía poder en sí.

Para mucha gente el hablar en lenguas entra en la misma categoría. Les parece algo sin sentido y embarazoso. En estas personas sin duda el propósito final de las lenguas es producir en ellos una profunda experiencia religiosa. Pero éste no era el punto de donde venía mi propia resistencia. Podía ver ahora algo de lógica detrás de las lenguas; hasta podía imaginarme a mí mismo alabando a Dios en lenguas; u orando por alguien en lenguas si no pudiera hacerlo con mi entendimiento. Por aquel entonces, en efecto, estaba cada vez más ansioso de recibir el Bautismo del Espíritu Santo y me parecía muy natural que las lenguas fueran parte de él.

No, mi punto de resistencia se basaba en otra cosa. Había algo que muchos de los Pentecostales hacían y que yo *no* iba a hacer. Se paraban, levantaban las dos manos hacia el cielo, y gritaban: "¡Gloria a Dios!"

Yo sabía que la costumbre era una muy antigua en la tradición judeo-cristiana:

"Porque mejor es tu misericordia que la vida; mis labios te alabarán. Así te bendeciré en mi vida; en tu nombre alzaré mis manos. Como de meollo y de grosura será saciada mi alma, y con labios de júbilo te alabará mi boca."[1]

Sabía que el "Gloria a Dios" era una frase favorita de los salmistas, y hasta era parte de la liturgia en mis propios servicios episcopales, celebrados con urbanidad.

De todos modos, la forma en que lo practicaban los Pentecostales, para mí, era censurable. Sin duda cada persona traza la línea divisoria, en algún lugar . . .

Diciembre 2, 1960. Era el día de la apertura de la Convención de los Hombres de Negocio del Evan-

gelio Completo en Atlantic City, a la que Tib y yo habíamos acordado ir en la primavera, hacía ya varios meses. Las reuniones se hacían en "El Presidente", uno de los grandes Hoteles de la costa. Nos registramos el viernes por la noche, fuimos a dar un paseo por la playa fría, a la luz de la luna y volvimos temprano.

No sé por qué me encontraba tan poco preparado para las emociones de la reunión del desayuno a la mañana siguiente. He estado en muchas reuniones Pentecostales hasta ahora, pero nunca una tan grande. Al otro día bien temprano, varios centenares de hombres y mujeres se juntaron en el gran salón de "El Presidente". Comieron rápidamente, y luego acomodaron sus sillas esperando lo que seguiría.

En la plataforma al final del salón había 24 hombres de negocio y profesionales sentados. Me contaron que algunos, habían volado a través del país para
144 asistir a las reuniones. Uno había venido en su avión particular.

Cuando estábamos terminando nuestro café, uno de estos hombres se paró y anunció en alta voz el nombre de un Himno. Todos se unieron para cantar en ese tono fuerte, potente y maravilloso que ya había oído antes entre los Pentecostales. En medio del segundo himno una mujer, en la mesa de al lado, estaba llorando. No había nada especialmente emocionante en el himno, era uno de los antiguos y clásicos himnos evangélicos: "Al contemplar la excelsa cruz." Pero el llanto parece ser tan contagioso como la risa. Pronto algunos de los hombres sobre la plataforma sacaban sus pañuelos sin timidez. ¿Qué era lo que provocaba esto? Yo sentí el impacto; y Tib, sentada a mi lado, también. Los dos evitábamos mirarnos a los ojos.

La música siguió y varios de los que estaban en las mesas se pusieron a cantar "en el Espíritu". Pronto todo el mundo estaba cantando en una armonía sin

partitura complicada, y espontánea. Era una cosa rara pero extraordinariamente hermosa. El director de canto no trataba más de dirigir aquello, sino que dejaba que las melodías surgieran solas. Sin ninguna orden previa, una parte del salón comenzaba a cantar muy fuerte, mientras que los otros lo hacían suavemente. Olas de armonías y contrapuntos se entrelazaban continuamente.

Ahora las lágrimas fluían sin restricciones en todo el salón. Un hombre de rostro curtido, cerca de nosotros, alzó sus manos callosas y cantó "¡Gloria a Dios!" Una señora mayor, dos mesas más allá, se paró y se puso a danzar. Parecía una bisabuela, vestida de negro con su cabello blanco en un rodete. Nadie le prestaba la menor atención. Excepto yo, que no podía sacarle los ojos de encima. Y mientras la miraba, ocurrió un fenómeno que aún no he podido explicar. Allí adentro hacía bastante calor; quizá unos 30 grados. Mientras la abuela danzaba vi perfectamente
sobre el fondo oscuro de las cortinas de terciopelo de 145
la habitación, suaves oleadas de "hálito" visible, que salía de su boca, como si estuviera parada afuera en el frío.

El efecto que me produjo el observar estas manifestaciones es difícil de explicar. En lugar de sentirme incómodo o como que estaba observando algo inconveniente, tenía toda la sensación de que esto era saludable y bueno; recordé entonces la observación del doctor Van Dusen "que la exuberancia Pentecostal era finalmente saludable".

Y luego, en un momento, todo había acabado. El canto terminó; el estado de ánimo de la reunión cambió. La gente sacaba sus pañuelos y se secaba los ojos. Un tambero de California llamado Demos Shakarian, presidente de la Asociación, se paró en medio de la plataforma y condujo la parte administrativa de la reunión. Terminó en cinco minutos y yo, como veterano aburrido de muchos informes de tesorería, le estaba profundamente agradecido.

Siguió una oración. La "reunión de desayuno" duró cuatro horas. Hubo predicación y más canto. Luego un período en que cualquier asistente podía contar alguna experiencia con el Espíritu Santo. Noté que varios, al presentarse, confirmaban lo que Charles Maurice nos había dicho: había otros en el salón que no eran Pentecostales sino Episcopales, Metodistas, Bautistas, Presbiterianos, Luteranos. Cuando al final en la reunión se hizo una pausa para almorzar, el doctor Guillermo Reed, cirujano y predicador laico Episcopal a quien hacía unos años que conocíamos, se acercó a Tib y a mí y nos invitó a unirnos a un grupo que iba a almorzar con sandwiches en una habitación superior. Dicha habitación se iba a convertir en algo extrañamente importante para mí: La Habitación 405.

La puerta de la habitación 405 estaba apenas abierta cuando llegamos 15 minutos más tarde, golpeé y entramos pensando a quién encontraríamos. Sentado, dando espaldas a la ventana que enmarcaba el inquieto Océano Atlántico, estaba Jim Brown, ministro Presbiteriano de Pensilvania. Bill Reed se hallaba en el sofá, hablando con una mujer, ministro metodista de Filadelfia, Olivia Henry; y en la cocina, haciendo café, había una trabajadora social Episcopal llamada Dorothy Randall, y la esposa de Jim, Marianne.

Noté que no había ningún Pentecostal. Tib se sentó al lado de Jim dando su espalda al Atlántico. La conversación giró alrededor de la reunión de la mañana; la distinta gente que había hablado; los puntos de vista expresados. Pasaron varios minutos antes de que me diera cuenta que Tib no tomaba parte.

Llegaron los sandwiches de la cafetería de abajo, y la conversación giró en torno a temas más personales: las necesidades y esperanzas que cada uno de nosotros había traído a la convención. De tanto en tanto miraba a Tib. Estaba absorta, sentada en silencio, el sandwich en su plato sin tocar. No había dicho

nada sobre sentirse mal esa mañana, pero su postura ahora demostraba cansancio, como si sostuviera sola un peso tremendo sobre sus hombros.

De repente, se paró. Dijo que debía hacer una llamada telefónica, y antes de que pudiera detenerla se fue.

Algo muy raro estaba ocurriendo. Tib y yo, semejantes en tantos aspectos, lo éramos especialmente en uno. Estábamos orgullosos de nuestra objetividad. Creíamos, y aún ahora, que objetividad y honestidad están muy relacionadas. Pensamos que si uno mira una escena con muchos ojos, es más probable que la vea entera. Pero la objetividad también nos servía para otra función: actuaba como un escudo. Por naturaleza no éramos personas inclinadas a hacernos miembros de una organización, a creer ciegamente en ella. No nos gustaba ser identificados con un grupo. Y al mismo tiempo, por profesión y por instinto estábamos realmente interesados en los estusiasmos de otra gente. Guardando alrededor nuestro un espíritu de objetividad, permaneciendo siempre como observadores interesados, pero nunca como participantes; nos defendíamos de las presiones de unirnos a los grupos sobre los cuales escribíamos.

La mayor excepción que había hecho a esta regla fue cuando me convertí a Cristo. Y, con esa experiencia, descubrí una grieta en el principio de objetividad. Antes de entregarme, miré al cristianismo desde todos los ángulos posibles, consiguiendo así una visión exacta. De lo que no me di cuenta fue de que esta misma objetividad era un obstáculo para ver el cuadro entero. Porque con eficacia anulaba un punto de vista esencial: la mirada desde el interior.
Durante muchos meses había estado mirando al Bautismo en el Espíritu Santo desde todos los ángulos posibles; todos exteriores. Había decidido con mi intelecto que ésta era una experiencia cristiana válida. Ahora, la quería explorar desde el interior. Tib había seguido la mayoría de las investigaciones y entrevis-

tas. Estaba interesada; pero sólo como observadora. Ahora pienso que cuando dejó la Habitación 405 sabía lo que hacía. Estaba deliberadamente llevándose con ella, el peso de nuestra objetividad. Estaba haciendo posible mi entrada en una experiencia, quitando las defensas.

Por supuesto, me di cuenta de todo solamente en el más subliminal de los niveles. Dudé que tuviera que hacer una llamada telefónica; sabía que algo le pesaba; sentí que ella no quería que la siguiera. De alguna forma misteriosa ella iba a jugar un papel importante en el hecho que siguió, porque se llevó consigo nuestra tan preciada mirada exterior, mientras que me dejaba libre para participar del sacudimiento y la conmoción de la experiencia.

Y aún, abandonando la habitación, no me abandonó a mí, porque estuvimos misteriosamente unidos du-
148 rante las horas siguientes. Cuando Tib dejó la habitación 405, fue a caminar por el muelle. Después de un rato, bajó a la arena donde podía caminar al borde del agua. Anduvo un rato largo, largo. El sol se ponía lentamente. De frente al sur como iba, el sol le empezó a molestar los ojos. Tib había sido siempre extremadamente sensible a la luz, eligiendo sillas que apartaban la vista de la ventana y demás. Empezó a darse vuelta para mirar hacia el norte con su espalda al sol, cuando una frase saltó a su mente con la fuerza de una orden. "No mires ni a la derecha ni a la izquierda, sólo hacia adelante".

Pero adelante estaba el sol deslumbrante. Caminó un poco más, con los ojos molestos. Se estaba haciendo tarde. Se hallaba lejos del hotel. La reunión en la Habitación 405 debía haber terminado. Pero cada vez que empezaba a darse vuelta y a retroceder sobre sus pasos, aquellas extraordinarias palabras reaparecían en su mente.

"Ni a la derecha ni a la izquierda. Sólo hacia ade-

lante." El sol estaba aún más bajo. Brillaba sobre las olas y la deslumbraba; sin embargo, seguía caminando en la luz enceguecedora . . .

En la 405 había cierto aire de expectación. Eramos seis casualmente sentados en un semicírculo alrededor de la habitación. Varias personas habían relatado experiencias del poder de la oración llena del Espíritu, y alguien sugirió que comenzáramos a orar así, por los problemas que ocupaban nuestra mente.

En un esfuerzo, en parte para vencer mi cohibición, cerré los ojos. Pronto había perdido toda la noción sobre quién estaba hablando en la habitación. Alguien empezó a orar en el Espíritu. Era una voz de mujer, pero yo no sabía de quién. En efecto, de ahí en adelante perdí contacto con los individuos. Era como si las personalidades individuales hubieran desaparecido y un solo individuo, hablando con diferentes timbres y acentos, hubiera tomado su lugar. Las mentes
parecían trabajar juntas, una persona empezaba una 149
oración y otra la terminaba.

Luego alguien empezó a orar en lenguas. Algún otro, a cantar muy suavemente en el Espíritu. Sentí un nudo en la garganta, como lo había sentido abajo durante el canto. Supongo que estaba llorando, profundamente, en silencio. De a poco empecé a perder también mi propia identidad, hasta que finalmente, la conciencia propia desapareció.

Perder la conciencia de uno mismo es toda una experiencia. Me ayudó adquirir, al mismo tiempo, la conciencia de que había otra Presencia en la habitación.

Y, súbitamente, allí estaba él de nuevo, en una luz, como lo había visto en el hospital. Pero esta vez la luz brilló a través de mis párpados cerrados, enceguecienda, aturdiendo, atemorizando. Sentí miedo de este contacto tan próximo. Traté de distraer mi mente en algo distinto de concentrarme en la sólida habita-

ción a mi alrededor y en los seres humanos que había en ella.

"No mires ni a la derecha ni a la izquierda, sólo adelante." La voz vino de atrás mío. Pensé que era la de Olivia Henry, pero nunca he estado seguro. Justo en el momento en que estaba por refugiarme en la conciencia propia, me empujó de vuelta al centro. Varias veces más, en la hora siguiente, la orden fue repetida, siempre exactamente a tiempo como para no permitir que se desviara mi atención. Nunca supe si las palabras estaban destinadas a mí o no, pero cumplieron un servicio inconmensurable. Cuidaron que no me distrajera en lo que estaba ocurriendo a mi alrededor; que no me importara lo que yo pudiera parecer, o de lo que otros pensaran de mí; me traía de vuelta frente a aquella enceguecedora luz.

Hubo una calma en la oración y en el canto. Las voces a mi alrededor se tornaron en un suave
150 murmullo.

Se oyó una voz de hombre: "Creo que Juan quiere el Bautismo en el Espíritu."

Sentí, más que vi, las cinco personas levantarse y formar un círculo a mi alrededor.

Lo que ocurrió luego, en gran parte se debe a la función que desempeñaba Tib al caminar por la playa hacia el sol. Creo eso, aunque no puedo explicarlo. Sin esta ayuda de ella, casi no hubiera corrido el extraño y nuevo peligro que entrañaba una experiencia totalmente nueva.

En ese momento, allí en la Habitación 405, nada de esto cruzaba por mi mente, sino exactamente lo contrario. La naturaleza de esa hora era de experiencia pura, con todas las posibilidades de que ocurriera lo que iba a ocurrir, y un mínimo de análisis.

El grupo se acercó más alrededor mío. Era casi como si con sus cuerpos estuvieran formando un tubo en el cual se hallaba concentrado el fluir del Espíritu

que estaba moviéndose en la habitación. Fluyó en mí mientras estaba sentado allí escuchando el cantar en el Espíritu alrededor mío. Las lenguas llegaron a un "crescendo", musical y hermoso. Abrí mi boca para ver si yo también podía unirme a ellos, pero no pasó nada.

Sentí entorpecimiento en mis labios y opresión en mi garganta. Y, súbitamente, tuve la impresión de que para hablar en lenguas sólo tenía que mirar hacia arriba. Pero éste era un gesto demasiado gozoso. Toda mi instrucción y tendencia me indicaba que al acercarme a Dios debía hacerlo con la cabeza inclinada.

Es extraño que un gesto tan simple como es el levantar la cabeza, se pueda convertir en un campo de batalla. Y en seguida —quizá porque no obedecí lo suficientemente rápido— vino claramente, otra orden: no sólo debía yo levantar mi cabeza sino mis manos también, y debía dar con todas mis fuerzas,
un gran grito de alabanza a Dios. Me inundó un calu- 151
roso rubor de enojo. Era aquello que, por sobre todas las cosas, no quería hacer.

Quizá porque el hecho era tan repugnante para mí, el requisito era a propósito, como un acto de simple obediencia.

¿Qué otro significado posible podía tener el levantar mis manos en alto y decir algunas palabras de alabanza? Pero aquello era lo que tenía que hacer, y yo lo sabía; tonto como parecía; quizá porque parecía tonto. Oí a E. Stanley Jones decir, "tuve que convertirme en el tonto de Dios".

Con un súbito golpe de voluntad arrojé mis manos al aire, levanté mi cara, y lo más fuerte que pude grité: "¡Gloria a Dios!"

Fue como abrir una compuerta. Desde muy hondo dentro de mí, más de lo que hubiera imaginado que la voz pudiera llegar, vino un torrente de sonidos gozosos. No era hermoso como las lenguas alrededor

mío. Tenía la impresión de que era feo: explosivo y gutural. No me importaba. Fue curación, fue perdón, fue amor demasiado profundo para las palabras, y brotó de mí en sonidos sin palabras. Después de ese frágil esfuerzo de voluntad, mi voluntad fue liberada, libre para elevarse en unión con él. No se me requería ningún otro esfuerzo consciente, ni siquiera el elegir las sílabas con las cuales expresar mi gozo. Las sílabas estaban todas allí, ya formadas para mi uso, más abundantes que lo que pudieran formar mis labios y lengua terrenales.

No era que me sintiera fuera de control de la situación; nunca me había sentido tan realmente dueño de mí mismo, más integrado y en paz con facciones opuestas dentro de mí. Podía parar las lenguas en cualquier momento, ¿pero quién lo haría? Quería que no cesaran jamás y fue así que seguí orando, riéndome y libre mientras que el sol poniente se filtraba por la ventana y salían las estrellas.

CAPÍTULO XII

A TRAVES DE LA PUERTA ROJA

Los tres meses siguientes fueron de una larga sonrisa, un gran optimismo, un gran salto fuera de la cama cada mañana para enfrentar el día. Nunca había conocido un período tal, de tan prolongado bienestar. Mi trabajo iba bien. Vislumbré lo que podía ser un padre creador: cuando los chicos irrumpían en mi oficina dejaba de trabajar, realmente contento de verlos, y cuando se iban volvía al trabajo interrumpido sin perder un momento. Si uno de los chicos entraba furtivamente a mi oficina interrumpiendo mi actividad, le gritaba que se fuera, por supuesto, pero en mi molestia no había ninguna repulsión hacia él.

Muchas argucias psicológicas arraigadas profundamente, que había usado durante la mayor parte de mi vida para mantener a la gente a una distancia prudencial, desaparecieron por completo durante estos meses. Llegué a conocer a viejos amigos en un nivel completamente diferente e hice nuevos sin la timidez que me caracterizaba.

La lectura de la Biblia cambió a una nueva dimensión. Descubrí algo interesante: uno encuentra en la Biblia aquellas Personas de la Divinidad con quienes ha tenido un encuentro. Durante años "vi" solamente al Padre en las Escrituras. Luego, después de la experiencia en el hospital, encontré al Hijo. Y ahora, al Espíritu Santo. Era una aventura fantástica, leer palabras sobre las que yo había enfocado mis ojos toda la vida y que, no obstante, nunca había alcanzado. Por primera vez me acerqué a los Evangelios y a los Hechos como a una escritura descriptiva más que poética. Leí las historias de milagros, demonios, curaciones, espíritus, con ojos completamente nuevos.

La iglesia también adquirió un nuevo significado. Por primera vez, entendí lo que el salmista quiso decir al expresar: "Yo me alegré con los que me decían: a la casa de Jehová iremos".[1] Me gustaba estar en la Iglesia; el edificio mismo, la congregación, el servicio. Recuerdo que la comunión de Navidad fue extrañamente breve para mí. Se lo comenté a Tib, al salir. Me miró de manera extraña. "Hemos estado aquí adentro dos horas", dijo ella. Y yo, que he sido siempre la personificación del hombre inquieto, me podía haber sentado allí otras dos horas.

Usé mi nueva lengua también, durante este período. Había dos clases de ocasiones en que parecían venir naturalmente. Una era en respuesta a la belleza. Recuerdo una mañana de enero, en particular, cuando

hasta la más pequeña ramita de cada árbol estaba cubierta de hielo. Miré hacia afuera a través de la ventana de mi dormitorio ese mundo brillante y pareció la cosa más natural del mundo expresar lo indescriptible en sonido solamente.

Esta experiencia empezó a ocurrir con bastante frecuencia. Si algo conmovedor ocurría, algo que antes podría haber causado un escalofrío en mi columna, en su lugar ahora traía la respuesta de lenguas. Reconocía el fenómeno como una especie de alabanza no terrenal. Era alabanza que, en alguna forma misteriosa, me permitía participar de la belleza, o de la plenitud o de la majestad de lo que había percibido. Descubrí que la misma respuesta me hacía más sensible a la situación que la había provocado, y podía imaginar lo que sería una persona más experimentada que yo, teniendo una docena de situaciones como esas todos los días, provocándole cada una, una respuesta en lenguas.

Las otras veces que las usaba era en la intercesión. Recuerdo haber orado en lenguas una noche por un hombre de nuestra Iglesia, cuya esposa nos había dicho que él no dormía de noche. Eso fue todo lo que ella dijo y como casi no conocía al hombre era inútil tratar de ofrecer oraciones "con entendimiento" por él.

A las tres de la mañana me desperté, completamente desvelado, con la convicción de que el problema del hombre era un antiguo resentimiento con una persona donde él trabajaba, a quien nunca había perdonado una antigua afrenta, y más aún, que yo debía ir y enfrentarlo por tal motivo. No pude dormir otra vez hasta que decidí hacerlo.

A la luz del razonamiento frío, al día siguiente, éste parecía un procedimiento impetuoso y presuntuoso. ¿Qué posible excusa podía dar por entrometerme en la vida de un hombre con una pregunta tal?

Traté de satisfacer mi promesa (¿hecha a quién?) de la noche anterior, llamando a su secretaria para concertar una entrevista, "en algún momento que a Bill le conviniera". No resultó. Este hombre tan ocupado, tenía una hora libre esa misma tarde, y a las tres en punto me encontré sentado en su oficina y sospechando de mi salud mental.

—Bill —le dije—, me tendrás que perdonar si estoy equivocado, pero he tenido el presentimiento más raro —y luego le expliqué la idea que me había despertado.

Cuando terminé, Bill estaba sentado mirando fijamente sus manos. Podía oír a su secretaria escribiendo a máquina en la oficina contigua. La campanilla del final de renglón de su máquina sonó cuatro veces antes de que Bill hablara.

—¿Cómo podrías haberlo sabido tú? —dijo él.

Durante los dos meses siguientes, Bill y yo nos encontramos una vez más por semana para almorzar. Yo no hablaba mucho. En realidad hice poco más que escuchar. Pero poco a poco el problema que Bill había estado enfrentando empezó a desenredarse, y en el proceso llegó a obtener una nueva visión del Espíritu Santo, porque, es claro, tuve que contarle cómo fue que lo llamé en primer lugar.

Un problema más desesperante ocupó mi atención justo en el medio de esto cuando Tib entró corriendo a mi estudio una tarde a decirme que la hija adolescente de un amigo íntimo había tratado de suicidarse. Se hallaba grave en el hospital. Tib y yo queríamos ir a orar pero no teníamos casi información, ni siquiera de cómo había tratado ella de quitarse la vida.

Otra vez usé las lenguas, y me encontré recordando algunas palabras de Pablo: "Porque si yo oro en lengua desconocida, mi espíritu ora, pero mi entendimiento queda sin fruto. ¿Qué pues? Oraré con el espíritu, pero oraré también con el entendimiento;

cantaré con el espíritu, pero cantaré también con el entendimiento."[2]

Pablo no consideraba esto un gran misterio. Quien oraba era otra parte de su ser. Sabía que en parte era hombre racional y como tal debía orar con lógica. Pero también actuaba en un nivel diferente; un nivel que tenía poco que ver con la razón. Pablo llamó a esto su espíritu; hoy lo podemos llamar el inconsciente o el subconsciente. Pablo completó su vida de oración permitiendo al lado profundo, no verbal de su personalidad, orar también.

Cuando llegamos al hospital ya había pasado la gravedad de su estado. Llevamos en el auto a su madre hasta la casa y nos quedamos con ella unas tres horas. Pudimos ver que el restablecimiento físico era apenas una parte de la oración que nosotros podíamos hacer por esta familia. Cuanto más escuchábamos acerca del problema, tanto más complejo lo

veíamos. Otra vez, como había sido con Bill, nuestra parte no era de consejeros; no hubiéramos sabido qué hacer o decir. Nuestra parte era mantener el problema constantemente en el marco de la oración, y en esto encontré a las lenguas de inestimable valor. Eran como una pantalla protectora alrededor de mi propia falibilidad, impidiendo que, guiado por mis propias opiniones, cometiera algún error en esta situación de vida o muerte. Mientras nuestra amiga hablaba, mantuve una petición en lenguas silenciosa y continua por ella, por su esposo malquistado, por su hija. Era oración, era un medio por el cual Dios intervenía en la situación, pero lo hacía excluyendo el medio falible de mi propia mente.

Pero junto con todos estos beneficios del Bautismo, había un contratiempo: El libro. Aquí entraba yo, dentro de lo que se suponía iba a ser una mirada objetiva del movimiento corriente de las lenguas, y yo mismo me convertí en un participante incondicional. Inevitablemente, había observado el cambio de tono del libro. Ya no quería tan sólo describir: ahora también argumentaba, trataba de persuadir. No había nada que hacer sino dejar de lado el manuscrito hasta recuperar mi sentido de equilibrio o admitir que lo había perdido para siempre.

—Todos —dice Jean Stone— tienen derecho a ser fanáticos por seis meses después de su Bautismo. Personalmente, decidí hacerlo aún más largo. Han pasado cuatro años desde aquella tarde asombrosa en Atlantic City. Creo que el tiempo, purificando y balanceando, ha hecho que mis visiones sobre este tema hayan recobrado algo de objetividad. En este período, un cambio principal ha ocurrido en mi actitud hacia el Bautismo en el Espíritu Santo y hacia el hablar en lenguas. Cada año me he puesto menos emotivo con relación a ellas; cada año me he convencido más de su valor.

Este no era de ningún modo un resultado simple directo. Ya dije que el primer relámpago de gozo y plenitud que siguió a mi Bautismo, duró unos tres

meses. No estoy seguro del período exacto, pero después de más o menos ese lapso de tiempo, tuve una súbita y violenta reacción. Se centró principalmente en las lenguas: empecé a sospechar que yo estaba generando todo aquel asunto. En realidad a menudo emitía sílabas sin sentido en un esfuerzo por empezar la corriente de oración en lenguas. Pero a veces la corriente fácil y fluida no llegaba nunca. Me quedaba escuchando el sonido de mi propia tontería. Era evidente que el Espíritu Santo no tenía nada que ver con esos ruidos; me daba cuenta de lo ridículo que era aquello y de allí no pasó mucho hasta que empezara a preguntarme si el Espíritu Santo había tenido parte alguna vez con las lenguas.

Los Pentecostales llegaron a ser, para mí, una piedra de escándalo en este tiempo. Su exuberancia no me había molestado seriamente mientras los estuve mirando desde afuera. Pero ahora estaba adentro, y ¿qué pensarían otros si me veían con estas clases raras de personas?

Recuerdo haber asistido a una "reunión desayuno" de los Pentecostales una mañana, donde había un fotógrafo sacando fotos para el artículo de una revista. Tuve una comida muy activa tratando de mantenerme fuera del foco de su cámara.

Por fortuna había sido advertido acerca de estas reacciones. El aviso había venido de Lydia. Le había escrito acerca de mi Bautismo y en su viaje siguiente a Nueva York nos encontramos para almorzar.

¿Se acuerda, Juan —dijo ella, después de haber escuchado mi historia—, qué fue lo primero que hizo después de recibir el Espíritu Santo?

—Fue al desierto, ¿verdad? —dije.

—Más aún. Ni bien fue visitado por el Espíritu Santo, fue tentado por el diablo. ¿Le ha ocurrido eso ya?

Dejé el tenedor, interesado.

—Quizá, siga.

—Descubrirá —dijo Lydia— que una vez que encuentre al Espíritu, encuentra también al diablo. Es un hecho definitivo, cierto que este ataque va a venir. Le ocurrió a Jesús, y el modelo todavía está en vigencia. Lo único que puede hacer es estar preparado para ello.

—La tentación —dijo Lydia— casi siempre toma la forma de duda, quizá duda de que el Espíritu haya venido realmente. O quizá se muestre como una reafirmación de la voluntad y la conciencia del yo.

—Esta tentación no es un accidente —dijo Lydia— yo creo que el Espíritu Santo permite a propósito que esto ocurra. Quiere que usted lo use. El quiere que usted arroje una mirada fría, racional, sobre su experiencia. Luego cuando usted ha pasado por ella, el Bautismo es suyo, no sólo como un regalo, sino también como un premio por la victoria.

Tuve sí que batallar contra la duda y el orgullo, y otros agresores de aquel recién hallado bienestar, pero

pronto descubrí que los enemigos más feroces del Espíritu no son estos pecados activos sino los pasivos: los pecados de omisión, indiferencia, inercia. No hacía mucho que conocía íntimamente al Espíritu Santo cuando me di cuenta que su presencia no nos hace autómatas. El se quedará con nosotros mientras nosotros lo deseemos activamente, trabajemos por él, anhelemos su compañía.

Una de las indicaciones más claras de que el Espíritu Santo es una Persona, y no alguna clase vaga de fuerza automática, es el hecho de que él puede realmente ser contristado. "No contristéis al Espíritu Santo de Dios"[3] dijo Pablo. Descubrí que hay por lo menos dos formas de contristar al Espíritu Santo. Una es no siendo en nuestra vida interior, una buena compañía para él. El simplemente se irá por un tiempo si no le gustan los pensamientos que albergamos en el corazón. Y la segunda es por negligencia. La relación con él es como una amistad que debe ser cultivada, ejercitada, gozada, si es que deseamos verla durar y crecer.

Yo contristé al Espíritu en las dos formas y él se retiró. Pero en el proceso aprendí que no quería estar sin él, y empecé a buscar formas para invitarlo a volver.

Durante este período, di gracias a Dios por la Iglesia organizada. Allí estaba, una institución que actuaba quizá un poco mecánicamente, pero independientemente de las subidas y bajadas de los miembros individuales de la congregación. Ibamos cada domingo a la Iglesia y sabíamos que había una cualidad firme y consecuente en los servicios que era importante. Nuestra Iglesia particularmente no estaba haciendo muchos experimentos de innovación, pero tampoco tenía que pasar por los períodos de vaivenes de gente que experimentaba. La iglesia estaba allí: sólida, grave, formal, maravillosa.

Descubrí, también, que era importante orar con regularidad, en privado, durante la semana. Nuestro amigo David Wilkerson, dedica la décima parte del día a la oración. Veinticuatro horas en el día. David ora durante dos horas y media cada día. Lo probé. Repartí el tiempo en cinco unidades, a la maña bien temprano; a media mañana; al mediodía; a la tarde temprano y a la noche, media hora cada vez. Esta disciplina es más de lo que puedo sostener, pero por la experiencia sé que hay gran poder en la idea monástica de reforzar el día con períodos regulares de oración. Fue durante el tiempo de este experimento en que sentí más consistentemente la presencia y el poder del Espíritu Santo.

No me sorprendía tampoco, recordando mi experiencia al tiempo del Bautismo, que la obediencia tuviera una parte importante en el hecho de la presencia estable del Espíritu Santo. Aquí también he vislumbrado algo más grande de lo que aún puedo alcanzar: ¿Cómo sería vivir un día entero completamente obediente a la voluntad del Espíritu? El silbo apacible y delicado, ¿se manifestaría con más claridad al pasar el tiempo? Yo debo trabajar para cultivar el hábito de escucharlo.

Lo que estos cuatro años me han dado, no obstante, es un mejor entendimiento de lo que realmente ocurrió en la Habitación 405.

En el momento del Bautismo en el Espíritu Santo tuve la impresión sobrecogedora de que era bañado en amor rodeado y lavado por él.

No sé por qué no había sido hecho más énfasis en esto en las cosas que había leído sobre el tema. Quizá porque estamos tan envueltos en el aspecto del poder del Espíritu Santo. Pero estoy convencido de que la naturaleza de ese poder es el amor. Fue algo similar al amor lo que experimenté cuando encontré a Cristo en la habitación del hospital; sólo que éste era activo, dinámico, compulsándome a responder, mientras que

el amor que encontré en el hospital era de una presencia tranquila, que no me demandaba nada.

Una vez que descubrí esto, tuve la respuesta a un enigma que me había desconcertado: a través del Nuevo Testamento los vocablos "Espíritu Santo", "Espíritu de Cristo", y "Espíritu de Dios" son usados casi indistintamente.

La gente que conocía a Cristo y que conocía al Espíritu Santo obviamente equiparaban a ambos. "Y atravesando Frigia y la provincia de Galacia, les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia; y cuando llegaron a Misia, intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu no se lo permitió."[4]

"Mas vosotros, no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él."[5]

La razón para este intercambio de personas me resultó claro una vez que encontré al Espíritu Santo. Era parecido a encontrar a Cristo. Y el común denominador era el amor. La gente que había encontrado a Cristo había tenido la experiencia de encontrar el amor, y cuando esta misma gente encontraba al Espíritu Santo, sentía que habían tenido otro encuentro con el amor. Cuando hablaban acerca del Espíritu de Cristo y del Espíritu Santo, lo hacían instintivamente; luego harían lo mismo los teólogos lógicamente, afirmando que éstos eran uno y el mismo Dios. La única diferencia era el enfoque.

Había un segundo interrogante que fue contestado por este descubrimiento. Hay una vieja relación en el pensamiento cristiano entre el Espíritu Santo y "santificación". Pablo habla de Dios "... quien me santifica, y a todo el pueblo de Dios".[6] El perfeccionismo wesleyano y sus hijos espirituales, los varios movimientos de Santidad de fines del 1800, pusieron énfasis en lo que era llamada la "segunda bendición",

o el Bautismo en el Espíritu Santo, como una experiencia que santificaba a los hombres.

Lo cierto es que una idea muy antigua considera que el Espíritu Santo está funcionando en nuestras vidas no sólo para darnos poder como cristianos, sino también para limpiar nuestras vidas y guiarnos hacia la santidad. Tendré que admitir que cierta clase de cristianos santos siempre me han repugnado. Nunca he podido decir si es porque me hacen sentir incómodo, sabiendo cuán lejos estoy de ser santo; o si realmente están en un gran error suponiéndose ellos ser santos cuando en realidad son simples santurrones.

Tendré también que admitir, no obstante, que he encontrado unos pocos cristianos que no hacen ningún alarde de santidad y que siento aun que viven en un plano diferente del mío. Esta gente posee una cualidad que me impresiona como el corazón de la verdadera santidad: no me hacen notar tanto su bondad como su esperanza. No señalan mi insuficiencia en contraste con su santidad; señalan mi potencial.

Pienso que Jesús debe de haber poseído esta clase de santidad. Si no, nunca hubiera atraído a gente como el rudo Pedro y el terreno Mateo. Llegué a pensar que el ingrediente de santidad transformadora era el amor. Cuando entré en contacto con el amor como una experiencia abrumadora en el Bautismo en el Espíritu Santo, encontré que mi vida había sido limpiada, edificada y sanada. Conocí una clase de integración que nunca había soñado. Este es el tipo de santificación que viene del contacto con el amor como de Cristo, del Espíritu Santo.

Hay otro resultado de este contacto. E. Stanley Jones, cuando recibió el Bautismo del Espíritu Santo en la Universidad de Asbury cambió de estudiante a maestro del cristianismo.

—Fue entonces que aprendí la diferencia entre un discípulo y un apóstol —me dijo—. Uno es pasivo, el otro activo. Un discípulo es un hombre que se sienta

a los pies de Cristo. Un apóstol es un hombre que sale al mundo para Cristo: misionero, si así quiere llamarle; aunque un misionero que quizá no tiene que ir más allá de la casa de al lado. El punto es que esta experiencia del Bautismo en el Espíritu Santo traduce lo pasivo en activo.

Debe ser así. Lo vi en mi propia experiencia. El episodio con Bill —ir a verlo por sus problemas, hasta cuidando lo bastante de orar por él en primer lugar— era completamente extraño para la clase de persona que yo había sido siempre. Y éste es uno de los muchos ejemplos similares. Yo, egocéntrico, introvertido, preocupado por mis propios problemas, me encontré de repente saliendo de mi camino para conocer a otras personas, realmente interesándome por ellas, realmente queriendo ayudar. Y ni bien uno hace eso, es claro, las posibilidades de ser usadas son interminables. A los dos años de la experiencia en Atlantic City, Tib y yo nos encontramos en Africa con nuestros tres chicos en una labor de un año, enseñando, viviendo, trabajando con una tribu de gente que nunca habíamos oído nombrar.

La experiencia del doctor Frank Laubach con el Espíritu Santo lo hizo cambiar de rumbo y lo convirtió en el más grande maestro alfabetizador del mundo. Así es como él relata el fenómeno.

"Cuando Cristo estaba aquí en la tierra —dice el Dr. Laubach— se hallaba limitado a llevar a cabo su ministerio en un lugar y en un tiempo. El era un hombre, caminando a orillas de un mar en un pequeño rincón de la tierra. Curaba a todo el que tocaba, pero su toque estaba necesariamente limitado por el tiempo y espacio.

Ahora, ¿tiene sentido que el Padre haya mandado a su Hijo para este ministerio limitado? No creo que eso sea sostenible. El hizo provisiones para seguir el trabajo a través del Espíritu Santo: nosotros debemos completar su misión. Nosotros somos sus manos

multiplicadas, sus pies, su voz y corazón compasivo. Imperfectos y parciales seguramente, pero su mismo cuerpo curativo. Y es a través del Espíritu Santo (el amor de Cristo que está en todas partes al mismo tiempo), que nosotros recibimos poder para seguir este trabajo de apóstoles. Es un pensamiento desafiante y serio: cuando recibimos el Espíritu Santo en nuestra vida, recibimos la misma urgente y vivificante fuerza que guió a nuestro Maestro.

Parece ser un hecho psicológico de la naturaleza humana que para dar debemos recibir primero. "Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero",[7] dice Juan. Pero es también verdad que una vez que hemos recibido este amor hay una necesidad igualmente fuerte de darlo. En realidad nosotros sentimos instintivamente que ésta es la única forma de mantenerlo.

El Bautismo en el Espíritu Santo es un don de
164 amor tal como nosotros no hemos conocido nunca. El segundo efecto natural es ser empujados hacia adelante al mundo, por el poder de este amor desbordante, buscando oportunidades para compartir lo que nos ha venido.

EPÍLOGO

UNIENDO LO ANTIGUO A LO NUEVO

¿Pero cómo vamos a compartir esto, en la ciudad donde vivimos actualmente y la iglesia a que asistimos?

En mi caso —y pienso que es típico— me parecía que había tres posibilidades:

1) Quedar en mi iglesia, predicando la experiencia Pentecostal.

2) Dejar mi iglesia y unirme a un grupo Pentecostal.

3) Quedarme en mi iglesia, no decir nada acerca de esta otra experiencia y mantener la compañía con los Pentecostales en secreto.

La elección no era simple. Mi pequeña iglesia episcopal, establecida en uno de los suburbios bastante conservadores de Nueva York, era un ejemplo típico de esa mayoría donde muy pocos miembros habían oído algo acerca del Bautismo en el Espíritu Santo. Había oído mucho acerca de las lenguas. Por los titulares de los artículos de revistas, sabían que en todos los Estados Unidos estos hechos extraños estaban perturbando las cosas. Y probablemente muchos de ellos se estarían diciendo: "Espero que no ocurra 165
acá."

Con frecuencia había observado las tensiones que eran creadas cuando uno de los miembros de alguna iglesia tradicional recibía el Bautismo y luego volvía a su iglesia. ¡Aquí venía él, andando a saltos, deseoso de compartir esto maravilloso que le había ocurrido! Se olvidaba, quizá, que él mismo había pasado por una lenta evolución sobre la experiencia Pentecostal, desde el excepticismo a la creencia ciega. Muy a menudo, en su entusiasmo, olvidaba la estrategia básica, y en lugar de comunicarse, se veía trabado en su capacidad para alcanzar a otros por su misma intrepidez.

Aún en otro aspecto los efectos del Bautismo pueden crear problemas. El Bautismo en el Espíritu Santo es una experiencia religiosa enormemente vigorizante: llena a la persona de energía. Si esta energía no puede ser canalizada por áreas constructivas es probable que se gaste en un correr frenético dando

vueltas y más vueltas. He conocido gente llena del Espíritu que constantemente tomaba aviones para volar a través del país en varias misiones para el Espíritu Santo. Esta clase de superactividad no controlada, siempre me impresionó como heroica y triste; heroica porque el individuo da realmente su tiempo y dinero, el viajar en avión sale caro, y triste porque el gasto termina siendo, de alguna manera, egocéntrico.

Luego surgía un curioso problema que se creaba por el hecho de que el Pentecostal es realmente un cristiano eficaz, y mientras que su entusiasmo asusta a algunos, atrae a otros, y pronto hay una división dentro de la iglesia entre aquellos que son pro-pentecostales y los que no lo son.

Al final elegí el tercer camino: volví a mi iglesia en silencio, hablaba de mi experiencia sólo cuando la oportunidad aparecía naturalmente, y mantuve la compañía de mis amigos pentecostales en cualquier otro lugar.

Pero ésta no es tampoco una buena solución. Si yo creo en la importancia del Bautismo en el Espíritu Santo, como en realidad creo, ¿no tengo la obligación de hablar de él dónde y cuándo pueda?

Este es el problema que enfrentan hoy muchos miles de norteamericanos al ir extendiéndose el movimiento pentecostal. Como están las cosas, el asunto es insoluble; como están las cosas, la experiencia pentecostal no se adapta fácilmente a la vida de las iglesias tradicionales.

¿Pero no es posible cambiar las cosas?

Las sugerencias que estoy haciendo presuponen que es posible. Es de esperar el día en que este conflicto aparente, se pueda convertir en un diálogo inmensamente más rico y constructivo entre libertad y orden, juventud y madurez, beneficiándose cada uno inmensamente. Para que este día llegue, hay cosas que todos nosotros podemos hacer.

Para aquellos de nosotros que hemos recibido el

Bautismo del Espíritu:

Miremos con cuidado —hasta con agradecimiento— las críticas que nos hacen. Pueden ser de inmenso valor para ayudarnos a usar correctamente este don sobrecogedor de Dios.

Prestemos especial atención al asunto del tiempo oportuno. Creo que tenemos una tendencia a ser impacientes —como si el curso del Pentecostés dependiera de nosotros y no de Cristo—. El Bautismo es dado por él, y cualquier esfuerzo o apresuramiento de nuestra parte sólo puede venir de una falta de perspectiva, o falta de fe. O inclusive falta de humildad, si alguna vez somos tentados a arrogarnos algo de la gloria.

Recordemos que los dones del Espíritu fueron dados "para edificación de la iglesia",[1] y no para el uso privado de los individuos. Todo lo que nos es dado debe ser aceptado con el tácito acuerdo de que vamos a evitar el fomentar grupos exclusivistas o élites, los cuales se verán a sí mismos, separados del resto de la iglesia. Las debilidades y las fuerzas de la Iglesia son las nuestras y las nuestras son las suyas.

Observemos nuestro uso de las lenguas del mismo modo. En favor de la práctica, es interesante notar que la lista de los que auspiciaron las lenguas incluye: a la madre de Jesús, Pedro, Jacobo, Juan, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Pablo.

Y sin embargo el mismo Pablo veía claramente los peligros del uso indisciplinado de las lenguas. Dio instrucciones explícitas sobre cómo debían ser usadas, dónde, por quién y para qué, instrucciones que todos los que usamos las lenguas haríamos bien en releer de vez en cuando.

Hagamos que nos concierna más "el fruto del Espíritu" en nuestras vidas. Este fruto, como está detallado en Gálatas 5, es: "Amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y domi-

nio propio." ¿Qué clase de personalidad producirá esta combinación de cualidades? Un hombre que no piensa sólo en sí mismo, serenamente fuerte, humilde, que sabe escuchar, que tiene confianza en sí y a la vez es comprensivo, lleno de gozo, ¿es esta una descripción del Pentecostal? A menudo, sí. Y cuando lo es, se constituye en una propaganda abierta de la experiencia. Pero no es una descripción de mí mismo, lo que me dice que el Bautismo en el Espíritu Santo es la puerta abierta a una nueva vida; pero no a una nueva vida definitivamente desarrollada.

Miremos otra vez a la función de la estructura en la religión. Para muchos de nosotros, el descubrimiento de la espontaneidad en la adoración fue una revelación vivificadora y nos impacientamos cuando alguien quiere imponer una orden pre-establecida en las reuniones de oración llenas del Espíritu. ¿Pero nos estamos olvidando que las normas son esenciales en todo verdadero crecimiento? Si las cosas que crecen tuvieran sólo energía sin plan, no veríamos nunca productos terminados tales como un roble o un ser humano o una vida enteramente espiritual.

Y ahora algunas sugerencias para los que asisten a la iglesia que no han tenido esta experiencia.

Ninguno de nosotros quiere ser parte de una manía pasajera, así como no queremos quedarnos de lado mientras un gran movimiento de Dios está ocurriendo. Supongo con Gamaliel, que una actitud ideal sería "... Porque si este consejo o esta obra es de los hombres, se desvanecerá; mas si es de Dios, no la podréis destruir; no seáis tal vez hallados luchando contra Dios".[2]

¿Quiénes tienen razón; aquellos que dicen que los Pentecostales están en el extremo más remoto de la religión o aquellos que como el doctor Van Dusen del Seminario de la Unión, sienten que son parte del empuje central de nuestros tiempos? La pregunta es tan importante que las iglesias están gastando cada vez más tiempo y dinero en exhaustivos estudios de la actividad Pentecostal en sus áreas.

En cuanto a los efectos cismáticos de esta actividad en una congregación, diremos que las cualidades que traen la ruptura son aquéllas por las que muchas Iglesias oran. El Pentecostal nos importuna con su mensaje; ¿pero quién no ha sentido que su propio testimonio es un poco tibio? El hombre lleno del Espíritu puede ser demasiado ferviente para nosotros pero, ¿quién no se ha preguntado con cierta melancolía si no debería ser más gozosa la experiencia del creyente? El pentecostal nos agota con su energía; ¿pero quién no ha querido saber qué fue de aquel vigor de los primeros cristianos?

Si éstas son todas cualidades que cualquier iglesia querría, ¿de dónde surge el problema?

Ante todo, creo, por el hecho de que el Espíritu Santo en muchas de las tradiciones de la Iglesia, se ha convertido en algo fantasmal e indefinido, de modo que no estamos genuinamente preparados para que tome la iniciativa. Hemos hecho una abstracción de la Persona más poderosa de la tierra y el encuentro con la realidad va a ser un impacto.

Luego está el hecho de que todo ministro quiere y debería ser el líder de su propia comunidad cristiana. Y he aquí que desde afuera llega una experiencia de la cual sus feligreses le dicen que es el punto religioso básico de sus vidas. Pero en estos días ecuménicos la solución no está lejos de nuestro alcance: descansa en el vernos a nosotros mismos como miembros de una iglesia mayor, así como de nuestra congregación o denominación. Lo que en una escala es una experiencia que viene de afuera, en otra escala es simplemente la experiencia compartida de la Iglesia.

Y luego, es claro, allí está la piedra de tropiezo de las lenguas, tan anormal, tan a menudo lo primero que salta a la vista.

Puede ayudar, saber que el noventa por ciento de la aversión que siente la gente hacia ellas es a menudo simple falta de costumbre. Durante nuestra estadía en Africa, Tib y yo teníamos la oportunidad poco común de encontrar hombres y mujeres que pueden recordar cuando oyeron la historia cristiana por primera vez. ¡Qué golpe fue para ellos la idea de un Dios clavado en una cruz, o naciendo en un pesebre, o sufriendo hambre! Extraño, inapropiado, poco seductor; —todos los adjetivos que nosotros mismos hemos aplicado a las lenguas,—ellos los usaban para este extraño Evangelio. Y es ciertamente verdadero que las lenguas, una vez que la extrañeza que nos causa ha sido superada, no resulta desagradable escucharlas, en realidad son a menudo extremadamente hermosas.

Si la experiencia Pentecostal ocurre en su Iglesia, mientras usted está decidiendo qué hacer, ¿por qué no la pone en acción? ¿Necesitan los pisos ser fregados? ¿Ha sido reparada la vereda rota? Conozco a muchos Pentecostales que están haciendo precisamente esos trabajos en sus iglesias y los encuentran como una válvula de escape para su energía desbordante.

Los Pentecostales dicen poseer un nuevo poder en las oraciones. ¿Por qué no hacer algunos experimentos para descubrirlo? Deles a los Pentecostales que le rodean un trabajo específico de oración. Cuando recientemente una iglesia en Nueva York organizó un esfuerzo especial de la membresía, los Pentecostales de la congregación se turnaron en una cadena de oración. ¿Puede haber tenido esto algo que ver con el éxito espectacular del esfuerzo?

Y también en el testimonio. Cristo unió esto con el Bautismo: "... recibiréis poder después de que el Espíritu Santo haya descendido sobre vosotros: y me seréis testigos ..." ¿Por qué no dejar a sus Pentecostales tomar una parte en el trabajo de testimonio

en la Iglesia? Y no me estoy refiriendo a dar testimonio acerca de la experiencia Pentecostal. Cristo, no dijo "... seréis testigos del Bautismo en el Espíritu Santo". No es nunca la función del Espíritu tornar la atención hacia sí mismo. El Bautismo no es nada más que un medio para alcanzar el fin; ¡y el fin es siempre Cristo!

¿Y qué diremos de los enfermos en la Iglesia? Constantemente me impresiona la íntima relación entre el Bautismo y el poder de sanidad. Conozco a dos mujeres de Massachusetts, Judy Sorrenson y Kay Anderson, que son frecuentemente llamadas por el pastor Episcopal para ministrar los dones de sanidad que les fueron dados con el Bautismo. En Chicago un pastor Bautista lleno del Espíritu es conocido por los capellanes de varios hospitales como un hombre cuyas oraciones traen resultados. Quizá un poder así esté disponible en su iglesia.

Todo esto es para sugerir que los Pentecostales pueden ser incluidos en la labor y programa de cualquier iglesia. Y muchos Pentecostales realizan esta labor —cuando es bien recibida, necesaria, encauzada— silenciosa y atinadamente.

Esto no quiere decir que tal servicio en una iglesia tradicional satisfará todas sus necesidades.

El Pentecostal ha descubierto en su adoración libre, dirigida por el Espíritu, algo de valor infinito. Toda la gente llena del Espíritu que ha permanecido en sus antiguas denominaciones que yo conozco, también asiste regularmente, los miércoles por la noche o los sábados a la mañana o solamente una vez al mes — a esta otra clase de cultos. En ellos renuevan sus energías.

Mi insinuación es que esta necesidad de los Pentecostales es en realidad la necesidad de todos; proviene de la misma naturaleza humana que requiere ambos elementos: orden y libertad. Muchos de nosotros ma-

nejamos estos dos aspectos de nuestras necesidades manteniendo orden en nuestra vida religiosa y procedemos con libertad en los partidos de fútbol y reuniones políticas. Pero aquí tenemos la descripción de una reunión en el Templo de Jerusalén: "Alabad a Dios en su santuario; alabadle en la magnificencia de su firmamento. Alabadle por sus proezas; alabadle conforme a la muchedumbre de su grandeza. Alabadle a son de bocina; alabadle con salterio y arpa. Alabadle con pandero y danza; alabadle con cuerdas y flautas. Alabadle con címbalos resonantes; alabadle con címbalos de júbilo. Todo lo que respira alabe a Jah. Aleluya."[3]

Antes de la era moderna en casi todas las religiones esta exuberancia era una parte integral del culto. Estando en Africa, fuimos a la apertura de la Catedral Anglicana en Mbale, Uganda. Después de una reunión formalista e imponente, dentro del nuevo edificio, algunos de la misma congregación salieron. Trajeron los tambores de la tribu y se precipitaron a un baile de agradecimiento y triunfo que era indiscutiblemente una alabanza, y que resultaba imposible escuchar sin marcar el ritmo con los pies y con las manos. Este aspecto de nuestra personalidad va a surgir en alguna parte; es una pérdida para la religión si siempre lo confiamos a lo secular.

Y continuamente me admiro de cómo es apreciada la libertad en la alabanza entre la gente que considero conservadora. Nosotros llevamos recientemente a uno de nuestros vecinos más antiguos a una reunión Pentecostal de entre semana. Hubo una buena dosis de simplemente ruido: aplausos, exclamaciones, canto fuerte. Miré un poco de soslayo, procurando saber cómo reaccionaba mi vecino. Para mi sorpresa él estaba aplaudiendo como el que más. Se dio cuenta que lo miraba y me dijo por sobre las cabezas que nos separaban. ¿Por qué no? Realmente, ¿por qué no? Necesitamos libertad y necesitamos estructura. Las Iglesias tradicionales han recalcado lo uno, los Pentecostales lo otro. ¿Hay alguna forma de combinar los dos?

En Parkesburg, Pensilvania, una comunidad de granjeros cerca de Lancaster, hay una iglesia Presbiteriana antigua, preciosa, donde el equilibrio ha sido logrado, de manera que bien puede convertirse en un modelo para muchas iglesias.

Todos los sábados a la noche la iglesia tiene una reunión de oración y alabanza. Una orquesta dirigida por el hijo del pastor provee la música. Hay oraciones espontáneas, intercesiones y acciones de gracias de la congregación.

Presbiterianos, Metodistas, Bautistas, Episcopales, vienen hasta desde la ciudad de Washington, para asistir a una reunión que dura hasta bien entrada la noche.

Luego, llega el domingo. El servicio de las once es todo lo que una hermosa tradición puede hacer. Por decoro, no podría uno pedir más de ningún otro servicio Presbiteriano. Excepción hecha, quizá, de que la gente se sienta más apretada en los bancos, del canto, que es más espiritual; y de la predicación, extraordinariamente inspirada.

Aquí hay una iglesia donde el orden y la libertad han sido bienvenidos, y fortificados. No hace mucho hablé con el doctor Juan Alejandro Mackay, presidente emérito del Seminario de Princeton y uno de los teólogos más destacados del país.

"Si es una elección", me dijo, "entre la vida rústica de los Pentecostales y la muerte estética de las iglesias más viejas, yo elijo la vida rústica."

¿Pero, y si no es necesario que exista esta elección? ¿Por qué no puede haber una síntesis en un plano más alto que cualquiera de esas dos alternativas, de manera que en nuestras iglesias tengamos forma y vida creciente hacia Dios juntas? ¿Qué será si el Pentecostés viene a la Iglesia hoy?

CAPITULO UNO

1.—Juan 3:2
2.—Juan 3:3

CAPITULO DOS

1.—1a. Corintios 14:26-28; 39-40.

CAPITULO TRES

1.—Revista Life — Junio 6-1950

CAPITULO CUATRO

1.—Marcos 1:7,8
2.—Hechos 1:4,5
3.—Hechos 2:1-4
4.—Hechos 2:4
5.—Hechos 8:14-19
6.—Hechos 9:17,18
7.—Hechos 10:44-47

8.—Hechos 19:1-6
9.—1a. Corintios 14:18
10.—Cincinnati *Inquirer,* Enero 27, 1904, Galena, Kansas

CAPITULO CINCO

1.—Dominio del Mundo; Abril, 1932, citado por Donald Gee en El Movimiento Pentecostal (Compañía Publicitaria Elim Ltda., Londres, 1941).
2.—Como un Ejército Poderoso, por Carlos W. Conn (Casa de Publicaciones de la Iglesia de Dios, Cleveland, Tenn, 1955).
3.—Idem.

CAPITULO SEIS

1.—Extractos abreviados de una editorial de la Iglesia Viviente, Julio 17, 1960.
2.—De El Episcopal, Mayo 15, 1963.
3.—En ocasión de la apertura del año seminarista 1961-62. En Princeton.
4.—De la Regla de Dios por G. Ernesto Wright (Doubleday & Co., Inc., Nueva York, 1960).
5.—De un mensaje al ministerio de Sacramento, California, como es reportado en la edición de "La Voz" de los Hombres de Negocios, Enero, 1961.
6.—El Dr. Philip E. Hughes en un editorial en el Religioso, Septiembre, 1962.
7.—El Mensajero Católico, Davenport, Iowa, Noviembre 7, 1963.
8.—Reimpreso con permiso de "América", revista semanal católica nacional, 920 Broadway, Nueva York, N.Y., 10010.

CAPITULO SIETE

1.—Marcos 16:17
2.—Hechos 10:45,46
3.—Hechos 2:4
4.—Hechos 11:15
5.—1a. Corintios 12:7,8,10
6.—1a. Corintios 12:28
7.—1a. Corintios 12:8-10
8.—1a. Corintios 12:7
9.—1a. Corintios 14:4
10.—1a. Corintios 14:26
11.—1a. Corintios 12:28
12.—1a. Corintios 14:14
13.—1a. Corintios 14:16
14.—Romanos 8:26,27
15.—1a. Corintios 14:18
16.—1a. Corintios 14:15
17.—1a. Corintios 14:2
18.—1a. Corintios 12:30
19.—1a. Corintios 14:5
20.—1a. Corintios 14:39

CAPITULO OCHO

1.—Revista "Trinidad", Vol. III, No. 1
2.—Revista "Trinidad", Vol. II, No. 2
3.—1a. Corintios 14:4
4.—Romanos 8:26,27
5.—Romanos 8:26,27

CAPITULO NUEVE

1.—1a. Corintios 14:2
2.—Hechos 2:4; 6-8, 11
3.—Marcos 13:11

CAPITULO DIEZ

1.—Salmo 51:10,11
2.—Salmo 139:1,5,7
3.—Isaías 11:1,2
4.—Isaías 42:1
5.—Juan 3:5
6.—Lucas 24:49
7.—Juan 3:8
8.—Juan 15:26

CAPITULO ONCE

1.—Salmo 63:3-5

CAPITULO DOCE

1.—Salmo 122:1
2.—1a. Corintios 14:14,15
3.—Efesios 4:30
4.—Hechos 16:6 y 7
5.—Romanos 8:9
6.—2a. Tesalonicenses 2:13
7.—1a. Juan 4:19

EPILOGO

1.—1a. Corintios 14:27
2.—Hechos 5:38.39
3.—Salmo 150



Juan L. Sherrill, de afiliación episcopal, enfoca en este libro en forma amena, entretenida y novedosa este tema de actualidad.

Escritor de nota, ha colaborado en revistas como el Reader's Digest, Better Homes and Gardens, Family Circle, Ladies' Home Journal y otras. Su estilo lúcido y ágil es conocido ya por los lectores latinoamericanos a través de su colaboración en La Cruz y el Puñal.

El autor es una persona ampliamente preparada, habiendo cursado estudios en el Davidson College y en la Universidad de Louisville (EE.UU.) Desciende de padres creyentes, pues es hijo de Lewis J. Sherrill (fallecido) profesor que fuera del Seminario Teológico Unión de Nueva York.

En Hablan en Otras Lenguas, Juan L. Sherrill narra con pluma maestra y lujo de detalles su experiencia pentecostal.

Lo acompaña en esta fotografía su esposa Elizabeth, también escritora.